

ISSN 2591-3123

# EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 9 NRO. 100 JUNIO 2024



ALTOMARI	ÁLVAREZ BENAVENTE	BARRAGÁN ARDISSINO	BAZÁN BRIONES
CALABRESE	CASTRO ALFARO	CONDORCALLO CCAMA	DE ESPINOSA
FEDERICI	GARCÍA.G	GARCÍA.J	GASSÓN PACHECO
GÓMEZ ANGULO	GONOROWSKY	GORÓSTEGUI	LUCCHI
MATRAJT	MONFORTE	OLIVÁN SANTALIESTRA	PARRA AVELLANEDA
RAMACCIOTTI	RENGEL	SALDÍVAR ROSAS	SOSA
VEROLÍN	VIGLIETTI	VIGNERA	VILLANUEVA PARAVICINO





EL NARRATORIO

100

# EL NARRATORIO

## ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 9 NRO 100 – JUNIO 2024

ISSN  
2591-3123

EDICIÓN Y DISEÑO DE TAPA:  
RENATE MÖRDER

COLABORADORA:  
LILIANA ALTOMARI

IMÁGENES:  
PIXABAY FREEPIK  
PXHERE PEXELS

COPYRIGHT:  
EL COPYRIGHT DE LOS CUENTOS PUBLICADOS PERTENECE A SUS AUTORES. QUIENES  
RESPONDEN ACERCA DE LA AUTORÍA Y ORIGINALIDAD DE LOS MISMOS.

BAJO LICENCIA CREATIVE COMMONS ATRIBUCIÓN-NOCOMERCIAL-  
SINDERIVAR 4.0 INTERNACIONAL



DIRECTOR Y PROPIETARIO:  
FEDERICO A. MARONGIU

PROPIEDAD INTELECTUAL:  
Nº DE REGISTRO 5.348.677


EN LA WEB:  
[WWW.ELNARRATORIO.COM.AR](http://WWW.ELNARRATORIO.COM.AR)  
[WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO](http://WWW.ISSUU.COM/ELNARRATORIO)

E-MAIL:  
[ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM](mailto:ELNARRATORIOBLOG@GMAIL.COM)  
[ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM](mailto:ELNARRATORIODIGITAL@GMAIL.COM)


## ÍNDICE

<u>GAJOS LILIANA MACHICOTE</u>	<u>8</u>
<u>PIESPEDAL MARTA MONFORTE</u>	<u>13</u>
<u>DOÑA TERE CARINA SOSA</u>	<u>20</u>
<u>FELIZ CUMPLEAÑOS MARINA GÓMEZ ALAIS</u>	<u>30</u>
<u>EL REHÉN MIRTA CALABRESE</u>	<u>37</u>
<u>VERANO DEL '78 MÓNICA ALTOMARI</u>	<u>40</u>
<u>EL TECLADO PUEDE ESPERAR CARMEN TOMAS</u>	<u>48</u>
<u>SAKURA HUGO VIGLIETTI</u>	<u>53</u>
<u>PROGRAMAS DE LA TELE LUCÍA OLIVÁN</u>	
<u>SANTALIESTRA</u>	<u>59</u>
<u>ENVIDIA GÉNESIS GARCÍA</u>	<u>61</u>
<u>AMAPOLAS MANUEL GÓMEZ ANGULO</u>	<u>70</u>
<u>DEFINICIÓN DE UNA GUERRA AMALIA RENGEL</u>	<u>79</u>
<u>VÍBORAS DE MONTAÑA FRANCOIS VILLANUEVA</u>	
<u>PARAVICINO</u>	<u>86</u>
<u>ANTIPATOGENISMO TERMINAL CARLOS M.FEDERICI</u>	
	<u>91</u>
<u>EL VELORIO OSWALDO CASTRO ALFARO</u>	<u>101</u>
<u>MI CUERPO NO ME OBEDECE LUIS J. GORÓSTEGUI</u>	
	<u>106</u>
<u>UNA NOCHE EN LA BIBLIOTECA CLARA GONOROWSKY</u>	
	<u>111</u>

<u>LA FOBIA GRACIELA MATRAJT</u>	<u>114</u>
<u>DIEGO ROLANDO J. BAZÁN BRIONES</u>	<u>120</u>
<u>NO SÓLO EN EL PAPEL DAMARIS GASSÓN PACHECO</u>	<u>126</u>
<u>SOBREVIVIENTE JORGE L. CONDORCALLO CCAMA</u>	<u>131</u>
<u>REMATE GUSTAVO VIGNERA</u>	<u>140</u>
<u>ENTRE TODA ESA ARENA JOSÉ A. GARCÍA</u>	<u>148</u>
<u>EL LABERINTO DEL OLVIDO NURIA DE ESPINOSA</u>	<u>153</u>
<u>TELÉMACO J. R. SPINOZA</u>	<u>158</u>
<u>ELLA MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI</u>	<u>166</u>
<u>ME LO DIJO UNA GITANA GERARDO ÁLVAREZ</u>	<u>168</u>
<u>LA PARTIDA ROMEO LUCCHI</u>	<u>175</u>
<u>CYBERCIENTA CARLOS E. SALDÍVAR ROSAS</u>	<u>179</u>
<u>UN GATO IRMA VEROLÍN</u>	<u>188</u>
<u>EL ETERNO GUARDIÁN EDUARDO BARRAGÁN</u>	<u>197</u>
<u>LAS CONSTELACIONES SE MUEVEN Y ESTÁN VIVAS</u>	<u>201</u>
<u>VÍCTOR PARRA AVELLANEDA</u>	<u>201</u>




Empezamos con el nro. 1 en marzo de 2016, tímidamente con catorce cuentos, fuimos creciendo de a poquito y con cariño, ya se sabe que es imposible hacer crecer algo que no se ama.



No vamos a caer en la tentación de contar la cantidad de cuentos, de páginas, de imágenes, de autores. Porque preferimos contar las alegrías: la de imaginar historias, la de escribir, la de leer, la de publicar, la alegría de que te lean y te descubran, de encontrarte con tantos autores de tantos países que se meten mes a mes en este PDF que es como habitación secreta donde pasan miles de cosas. Donde se chocan enamorados con extraterrestres, asesinos con benefactores de la humanidad, maestras, policías, viajeros, brujas, monstruos, turistas, la vida misma, la real y la imaginaria. El más acá y el más allá.

Para nosotros El Narratorio es mucho más que una antología digital, es una oportunidad de brindarse, de compartir. Es el orgullo, de tener un lugar para ofrecérselo a todos.



En este número 100 que viene recargado (nos gustó mucho hacerlo así, "gordito") queremos agradecerle a todos los que pasaron por nuestras páginas, como lectores y como escritores y mandarles un abrazo literario enorme todo lleno de letras.

Los esperamos en el 101 y los queremos mucho

**Equipo El Narratorio**



**GAJOS**

**LILIANA MACHICOTE**



**P**edí un adelanto. Luchi lloraba. A esos pocos centímetros de leche que quedaban les agregué agua. El vaso se llenó. Busqué azúcar en el bolso que uso para ir a trabajar. Un día que había cobrado llevé al nene a tomar un chocolate. Yo pedí café solo, era lo más barato. Robé de la mesa unos cuantos sobrecitos de azúcar. Sabía que en algún momento podría necesitarlos. Se los puse a la leche. Corté en rodajas un pan duro. Él estaba sentado frente al televisor. Se calmó. Me até el pelo y me puse las zapatillas. Toqué el timbre del departamento de al lado y volví a agradecerle a la vecina que cuidara a Luciano.

Trabajé toda la tarde. Descargué los papeleros mientras repasaba los escritorios. Miré por el ventanal. En junio oscurece temprano. Iba a salir de noche. Hacía frío. Me permitieron entrar a la cocina a prepararme una taza de mate cocido. Alguien había dejado unos bizcochos en un plato. Los guardé en el bolsillo.

El viernes de la semana pasada conseguí algo para Luchi. La portera me dijo que fuera a una reunión, algo del sindicato o de un político, no sé. Tenía que estar en un lugar cerca de casa a la mañana temprano. Dejé al nene dormido con la vecina. La guardería municipal estaba cerrada por desinfección. Cuando llegué le dije a una mujer quién me mandaba. Miró una planilla que tenía en la mano. *¿No tenés un hijo, vos?* Preguntó. *No lo traje, hace mucho frío.* Era un día helado. *Ah, entonces andá nomás. No nos sirve. Necesitamos mujeres con pibes. Así cuando hagamos otro acto, ya tenemos tus datos. Agarrá una factura por la molestia, ya que viniste.*

Nadie me miraba y guardé tres. Tenían dulce de leche como le gustan a él.

Me animé y fui a la oficina de personal. Estaba Marta. El supervisor se había retirado. Le expliqué lo que necesitaba. *El único que puede hacerlo es Mariano*, dijo. *Pero es urgente*, insistí. *No es posible*, fue la respuesta. Se me humedecieron los ojos. Comenzaron a caer lágrimas. Se convirtió en un llanto muy fuerte. Me sacudía. No lo podía controlar. Marta me acercó una silla. Trajo un vaso con agua. *¿Tenés algún problema?* Preguntó. *Necesito pagar algo*. No respondí. Fue hacia su escritorio. Abrió su bolso. Revisó la billetera. Sacaba papeles. *Te puedo prestar algo*, dijo. *Me lo devolvés cuando puedas*. Extendió unos billetes. *No te puedo dar más porque estoy corta*. *Si querés salir antes, por mí no hay problema*.

Me subí el cuello de la campera. Había viento. Apuré el paso. Crucé la calle con el semáforo en verde. Un taxista me gritó algo. Faltaban diez cuadras. Tanteé en el bolsillo la plata que Marta me había prestado. En cuanto cobrara se la iba a devolver. Seguí caminando hasta la verdulería de la otra cuadra. Entré. Pedí dos huevos. *¿Solo dos?* Asentí. *¿Quiere aprovechar las mandarinas?* *En un kilo entran diez*. Saqué los billetes, los conté. *No me alcanza*, dije en voz baja. *¿Cuánto tiene?* *Se las doy igual, me alcanza el resto cuando pase*. Me dio una bolsa de tela con el nombre de la verdulería. *Va con yapa*, dijo. Salí casi corriendo. No quería que la noche me alcanzara. *Las mandarinas le encantan a Luchi*. *Voy a preparar unos huevos revueltos*. Ya no tenía frío. Al llegar a casa iba a calentar agua para bañarlo. Y después a comer.

Me dirigí a la avenida. Esperé que el semáforo me diera paso. No quería que pasara lo mismo de antes. Me detuve en el cordón de la vereda. Escuché un golpe. Tropecé. Caí pesadamente al asfalto. Estaba desorientada. No tenía la bolsa en la mano. Alguien gritó. Vi una bicicleta. Se llevaba mi bolsa. Abrí la boca. Era yo quien gritaba. No podía escucharme. Alguien frenó de golpe. Vi las marcas de las gomas. Unas personas me rodeaban. No, no era a mí. Las mandarinas corrían. Las vi. Debajo del auto que había frenado, la bicicleta quedó destrozada. Desde donde estaba podía ver el manubrio roto y la bolsa. Alguien llamó a una ambulancia a los gritos. Las mandarinas de Luchi. Traté de levantarme. Nadie me prestaba atención. Una señora pasaba y quise pedirle que me ayudara. Corrió hacia el dueño de la bicicleta. Yo seguía en el piso. Pensé que ni siquiera me alcanzaban las monedas sobrantes para comprar un sachet de leche. A lo lejos, una sirena. Pude moverme. Miré mi campera. La manga estaba rota. *En casa la voy a coser.* Caminé con dolor. Me fui acercando. La gente había hecho una ronda alrededor del ciclista. Como las rondas que le gustan a Luchi. *Estaba la reina Batata, sentada en la fuente de plata.* Me paré al lado del auto. Otros vehículos se desviaban. Fui hasta el lugar donde estaba la bolsa. La levanté. Un diario mojado. Ahí estaban los huevos. *¿Solo dos? Si. Solo dos.* Algo naranja se reflejaba en el parabrisas de un auto. Estaba entera. Se movía. Corrí a alcanzar la mandarina. Contra el cordón había dos más reventadas. Algunos gajos podían salvarse. Un hombre en la vereda de enfrente agarró otra. Caminaba lento. Estaba por guardársela cuando lo alcancé. Se





la quité de las manos. *Mía.*

Se hacía tarde. Llevaba la bolsa en un brazo y las mandarinas repartidas en los bolsillos. Fui a buscar a Luchi. La vecina me preguntó si me sentía bien. *Muy bien*, mentí. *Tropecé. ¿Necesitás algo?* Preguntó. Negué con la cabeza. *Le di la leche al nene. Como vi que se te hacía tarde, le preparé tostadas con manteca. ¿Puede comer manteca, no?* Asentí. *Me cerró el almacén, ¿me prestaría una tacita con arroz?* Dije.

Entramos. Bajé al nene. Le prendí el televisor. Puse agua a calentar en una olla. Saqué las mandarinas de los bolsillos. Dejé colgada la campera en una silla. Fui a lavarme la cara. Se oían risas. Agregué el arroz. Fui a sentarme al lado de Luchi. *¡Mirá, mamá!* Decía. *Qué lindo*, respondí. Le besé la cabeza. Nos recostamos en el sillón. En la pantalla nos vi comiendo en un restaurante. Frente a nosotros, carne y salsa humeante. Una fuente con papas. Dos porciones de torta con cerezas y crema. Alguien nos acercaba un plato gigante con mandarinas. La imagen desapareció de la pantalla. Miré a Luchi. Estaba dormido.

**LILIANA MACHICOTE**

Argentina

X: [@lilianarsvp](#)

IG: [liliana.machicote](#)



# PIESPEDAL

MARTA MONFORTE



hí va, flaca y desteñida. Con los rulos deshechos, los dientes de arriba que se le escapan de la boca y la mirada verdosa. La flaca galopa sobre una bicicleta descolorida como ella, parece una prolongación de su cuerpo. Sus pies se hicieron *piespedal* y sus manos van aferradas a ese manubrio enclenque.

Va y viene, descansa unos minutos en su casa de siempre y vuelve a salir. Gira y pasa de nuevo. Sin tiempo ni descanso. Su cuerpo huesudo, un *cuerpogarra*, su cara está seca.

Mujer rara, dicen que producto de un hechizo, quién sabe. Todo es oscuro en ella y en su casa.

*Teníamos no más de doce años, visitaba la quinta de verano de mis abuelos. Había una casona blanca, un estanque y un parral para nosotras. Después de varios chapuzones y, cuando no estaban los abuelos, jugábamos con mis primas. Nos convertíamos en las dueñas de la tarde. Subíamos el volumen de la música del tocadiscos, fumábamos y tomábamos licor. Soy una de esas bulliciosas que robaba el chocolate con maní que mi abuela atesoraba bajo la pila de sábanas.*

Con sol o sombras, lluvia o niebla, ella va. Baja y sube por veredas desniveladas, deja el asfalto y pasa a la tierra arenosa, al pedregullo, al golpe, sin embargo, no siente nada.

*Con ella teníamos una prima en común por parte del padre, del pobre Roberto, como lo llamarían después y para toda la vida. Solo a veces, se acercaba a nosotras con su andarvaivén en esas tardes de alboroto. No se quedaba demasiado tiempo, parecía estar ausente.*





*Una vez espiamos una media sonrisa frente a nuestros juegos y fantasías. Vimos exaltadas un brillo en sus ojos, como quien está a punto de saltar sobre los bombones y el licor. Pero se frenaba, volvía a la quietud de su mirada desolada, la misma de siempre.*

*Esos días en que ella se nos acercaba, su madre, los padecía. Tenía miedo de que se contagiara de vida y risas tontas. Su hija era frágil como un cristal, decía, mientras miraba atenta ese espectáculo loco de adolescencia. Creo que alguna vez nos delató.*

*La flaca va, no hay hora de duelos, ni de fiestas, ni de santos. La veo esquivar a tiempo una baldosa floja, se desliza sobre escarcha, sobre agua espumosa y barro, en el arenal caliente del verano.*

*Por las noches, en su casa, sus manos se movían fieles sobre un piano de cola. Su padre hablaba con orgullo de la niña prodigio: va a llegar lejos, tan lejos como quiera, decía. La madre, callaba.*

*Su mirada va fija sobre una rueda. Es rápida para el salto, exacta como el dedo en la tecla. Ella esquiva el bache, frena, vuelve a esquivar. Su andarlaberinto no tiene fin.*

*Amarrada a su piano, a sus fa la la, se alejaba de todo, soñaba, durante horas y horas, volaba sin tiempo. Sus dedos necesitaban de ese mínimo contacto para sentir la vida y elevarse ágiles.*

*La pienso a ella, a ella y a sus manos tan libres, antes tan libres sobre las teclas y ahora tan aferradas a ese manubrio insonoro.*

*Pasa por el camino de la estación del ferrocarril, esa que se*

cae al borde del pueblo y ya no recibe trenes. Un revuelo de palomas despierta a su paso; no se inmuta. Gira y en línea recta, llega hasta chocarse con el paredón inmenso del cementerio; entonces, un suspiro. Ella va y vuelve. Otro día, se la ve infinita por el desierto que llega al cielo. Cruza, en una diagonal imaginaria, al centro pequeño con vidrieras de plástico. Unos semáforos, a veces, logran detenerla. Sigue hacia las orillas, hacia el cañaveral y después al arroyito. La sol fa do.

*Su madre celosa de tal genialidad anulaba el poco carácter de su hija. Afirmaba que no podía salir al mundo, que no soportaría tanta dureza y tanta hostilidad. Gritaba sus carencias y sus sacrificios, mostraba sus manos ajadas y sus trapos viejos. En el aire flotaba la amargura de esa mujer vacía. Derramaba ácido, formaba un cerco seguro en la vida de su hija.*

*Roberto soportaba las discusiones y los enojos de su mujer. Mientras su hija avanzaba cada día un poco más y desataba, sin querer, la locura de su madre. Do si la la do do y se iba lejos de casa. Cerraba los ojos, se aferraba a su música. Él trabajaba sin descanso. Ella estará a salvo, pensaba. Si la sol mi.*

*Una noche, unos relámpagos furiosos cruzaron el cielo dormido. Esa violencia, quizás, fue la que terminó de partir en dos el corazón de Roberto. Le ganó la oscuridad y el descalabro de su mujer.*

*Cuando su padre murió, la flaca quedó huérfana de un amor que pudo salvarla y prisionera de su madre, con su vida en pausa y colmada de culpa. Un piano mudo. Más tarde un piano en desuso, después en venta. Lejanas, cada día más, la quinta con parral y*

*aquellas primas desobedientes.*

*Su madre, agazapada, se descargaba limpiando sobre limpio, lustraba la escalera con abundantes capas de pasta. Los escalones crujían de puro viejos. La casa también extrañaba las manos de Roberto.*

*Ella va entrelazada, musculorayo, piespedal. Si alguna vez se cayeron, volvieron juntas al ruedo.*

*Su madre fregaba y rezaba maldiciones al aire. Aquella noche de tormenta, también, se cortó la luz, ella bajó a ver los fusibles. La esperaban la escalera lustrada y una baranda floja. Un pie con apoyo en el escalón, el otro ya en el aire... y el grito de ayuda entre los truenos. La flaca corrió de su cuarto hasta la puerta y alcanzó a ver en las sombras el brazo de su madre que se estiraba. Todo el cuerpo iba camino abajo. Pero ella estaba inmóvil desde la noche que murió su padre, o quizás antes. Rígida y seca, cerró los ojos, apretó los oídos y no se movió. Tan frágil era. Do fa re. Era de cristal. La la sol fa do.*

*Una ambulancia llegó con la lluvia; qué noche oscura. El hospital, las corridas, no sentía las piernas. Otro cielo enlutado caía. Nadie iría muy lejos de casa.*

*Ya no me reconoce, ya no huelo a chocolate y licor. Pasó el tiempo desde aquel andarvaivén entre parral, la casona y el estanque, de sus noches de Mozart con estrellas y abrazo de padre. Do si la la.*

*Me pregunto si alguna vez supo de besos y amores, de arrebatos y de hechizos. Si se estremeció, lloró o rezó al borde del mar. Si gritó en silencio. Si la acariciaron las sedas en los bailes.*



Cuál fue su más dulce *la sol fa do*. Me pregunto a dónde va.

Se han tejido y destejido miles de conjeturas. En el barrio se obsesionan: las envidiosas apuestan por amantes, los hombres intuyen brujerías y los más jóvenes hablan de drogas.

Ella va, ajena. Entrada la noche, vuelve a su casa, la que antes tenía un jardín y ahora emana un olor agrio. Hoy la habita un silencio nocturno, apenas salpicado por los ladridos del perro, ese mismo que lleva años atado en el patio de atrás y, medio loco, gruñe día y noche.

*Y en la apretada sala lucía su piano de cola. Y por las noches ella anunciaba con su música un futuro vivo y se veía, con sonrojada picardía, entre risas y las primas bailando... do si la si do re do.*

Esa bicicleta humana no va a detenerse; *musculorayo, piespedal*. Se rompería el hechizo. A veces se movía levemente el cortinado de su ventana.

*Una tarde se escuchó un grito en la casa. Ella había salido. Los vecinos corrieron y abrieron la puerta blanda de humedad; la cerradura se desprendió, desdentada. En un ángulo de la sala vieron a su madre desvanecida. Un hilo de sangre salía de su nariz.*

Al anochecer, la flaca regresó. No era un día más. Las cortinas se movieron detrás de las ventanas de la casa de al lado y de las otras de más allá. El sigilo no cesaba. Hoy estaban espantados. Cuando volvió, su madre ya había muerto.

*Antes del amanecer desató al perro que salió como un rayo. Se enfundó en su bicicleta y empezó su marcha. Fa do si la si. Una danza de rasos añejos y curiosos se despliega.*

Va rápido por el asfalto hasta que se termina, gira hacia la izquierda, recorre un trecho y toma un camino ceniciento, pronto saldrá el sol. El piso arenoso le exige más fuerza; manos firmes, *piespedal*, mirada verde, horizonte infinito. Ellas van. Un bullicio a lo lejos, una casona blanca, risas. El sol va a pegar fuerte.

Camino, polvo, abrazo de padre.

**MARTA MONFORTE**

Argentina

Facebook: [Martu Monforte](#)

Instagram: [@martamonforte64](#)



# DOÑA TERE

CARINA SOSA

**E**ra un lunes cualquiera.  
Tan cualquiera, que nunca podré olvidar mi primer encuentro cercano con esta mujercita menuda, de modales enérgicos y pasito ligero. Porque, aunque la he visto correteando por la calle muchas veces, hoy sé que, a partir de ese momento, gracias a este “casual” (¿o causal?) encuentro, mi vida habrá cambiado para siempre.

—¿Una moneda, doña?

La ágil ancianita, de vivos ojos azules y cabello blanco como copo de nieve, detiene sus pasos veloces frente a la puerta de su casa y, con las llaves en la mano, procurando que no se le caigan los paquetes que lleva consigo, me mira de hito en hito.

Me reconoce enseguida.

En el barrio todo el mundo sabe quién soy, cómo vivo y lo que hago. Y, a la vez, todo el mundo me ignora.

Ella no. No es de las que miran para otro lado. Aunque parezca que sí. Las apariencias engañan. Bien que lo sé.

—¿Vos no sos el que me roba los higos?

—Esteeee..., ¿yooooo?

Habitualmente, no suelo sentir vergüenza ante nada, pero frente a aquella mirada clara siento que se me enrojece hasta la raíz del pelo.

—¡Claro! ¡Por supuesto que sos!

—No se enoje, doña. ¡Lo hago por hambre, nada más! Somos muchos en mi casa y mi mamá no nos puede dar de comer a todos.

Doña Tere, que así se llama pero yo todavía no lo sé, mueve



la cabeza de un lado a otro y lanza un profundo suspiro. ¡Qué mundo tan odioso es este en el que le ha tocado vivir! Y esta pobre criaturita desarrapada y hambrienta, de pie junto a ella, o sea yo, tiene menos esperanzas aún de que le toque uno mejor.

—¡Plata no doy! ¿Tenés hambre?

—¡Sí, doña!

—Entonces, ¡ayúdame a cargar esto! ¡Vení! ¡Pasá!

La casa de doña Tere es pequeña, blanca e inmaculada. Como ella. Está todo limpio y ordenado, brilla como un espejo. La cantidad de muebles es la justa, ni uno más ni uno menos.

—Sentate. Yo voy a dejar esto en la cocina y ya vuelvo.

Mientras se aleja con su paso característico, me quedo mirando la casa con inmenso asombro. Al igual que a la viejita, la había visto desde lejos muchas veces. Bueno..., eso no es del todo cierto ya que, más de una vez, cuando su dueña no está allí, me he colado hasta el patio del fondo para robar higos. Nunca me hubiera imaginado que pudiera parecerse tanto a una casa de muñecas. Esto es lo que, en mis sueños, podría llamar “hogar”.

¡Ojalá mi propia casa se pareciera en algo a esta!

De pronto, una estantería llama mi atención. ¡Nunca había visto cosa igual!

—Señora...

—Esperá un momento..., ¡ya voy!

—¿Eso que tiene ahí son libros?

Como no recibo respuesta, me levanto sin hacer ruido y, en puntitas de pie, me acerco a curiosear. ¡Claro que son libros! ¡Y muy

ordenados, por cierto! Los hay de todos colores: azules, verdes, violetas, rojos. Hay libros de ciencias, de matemáticas, de aventuras. ¡Son una auténtica maravilla!

Pero ¿en qué lugar me acabo de meter? ¡Se ve todo tan perfecto!

—Parece que Peter Pan ha llamado tu atención.

Doña Tere me observa con una sonrisa fresca en la cara y una bandeja en la mano. En ella, hay un tazón de café con leche para mí, un té de menta para ella, y unos sándwiches calientes de jamón y queso para ambos.

¡Huelen a gloria!

—¡Uy, qué rico! ¡Gracias, doña!

—¿Ves? Es mucho mejor pedir que andar robando por ahí.

—Usted no entiende, señorito. ¡A mí me da mucha vergüenza pedir!

—Y robar, ¿no te da vergüenza?

—Es distinto.

—¡Claro! Porque para robar no hace falta mirar a los ojos a nadie.

No le respondo. En lugar de eso, me vuelvo a sentar y me concentro en comer de la forma más educada que se me ocurre. Tengo mucha hambre, siempre tengo demasiada, pero no quiero parecer grosero frente a una ancianita tan amable.

—¿Y cómo te llamás vos?

—Yo soy el Chapa.

—Eso es un apodo. Me imagino que tenés un nombre de

verdad, ¿no?

—Me llamo Ezequiel. ¡Pero todos me conocen como el Chapa! Si usted va por el barrio preguntando por Ezequiel, nunca me va a encontrar. ¿Y usted cómo se llama, doña?

—Yo me llamo Teresa..., Teresa Ventura. Pero mis amigos me dicen Tere. ¿Y cuántos años tenés?

—Nueve. ¡Y medio! Yo a usted no le puedo preguntar la edad, ¿no?

Tere no puede reprimir la carcajada.

—¡Sería una incorrección! Pero igual te la voy a decir. Tengo setenta y nueve años.

—¡Pá! ¡Qué vieja! ¡Uy, perdón, se me escapó!

—¿Y se puede saber por qué andás por la calle robando higos y pidiendo monedas?

Al principio, me da vergüenza decirle. Pero al ver su cara amable, su sonrisa, esa límpida mirada azul, su olor a gardenias, y la merienda tan rica y abundante que me preparó, decido confiar en ella.

Entonces le cuento.

—Yo vivo en el “cante” de la otra cuadra con mi mamá, mi padrastro y cuatro hermanitos, en un rancho de lata con piso de tierra y un solo cuarto para todos. Nunca hay plata. Nunca hay que comer. ¡Ya ni luz hay y, pronto, nos van a cortar hasta el agua por no tener con qué pagarla!

—¡Jesús! Pero ¿tus padres no trabajan?

—Mi mamá tiene que cuidar a mis hermanos chicos. No tiene

con quién dejarlos.

—¿Y tu papá?

—¿Ese viejo borracho? Hace changas, pero se gasta toda la plata en chupe y timba. Y al Yoni, al Tuerca, que son mis hermanos, y a mí nos manda a pedir. Pero como nadie nos da nada, tenemos que robar para poder echar algo al buche. Si no llevamos nada, el viejo nos faja.

—Pero..., ¡eso es horrible! ¿Y tu mamá no dice nada?

—No. A ella le da lo mismo.

—¿Y tu maestra?

—¡No voy a la escuela! Al principio iba, pero un día llegó el viejo re mamado y me rompió la túnica y todos los útiles. Y ya no pude ir más.

Doña Tere me mira asombrada. Seguramente, en esta casa que se parece tanto a un hogar feliz, no tenga ni idea de que en el mundo existen otros mundos, mundos llenos de horror y de fantasmas, mundos como el mío. ¡Y aún peores que el mío!

—¡No me mire con esa cara, doña!

—Es que me da tanta...

—¿Lástima? No necesito de su lástima. ¡A mí me va bien en la calle!

—No me malinterpretes. Soy maestra jubilada y trabajé en muchos destinos difíciles. De hecho, aún doy clase a muchos pequeños de tu edad y trabajo en varias ollas populares del barrio. Creía que ya lo había visto todo, pero la vida nunca pierde su capacidad de asombrarme. Eso es todo. No quise ofenderte.

—¿Usted es maestra? ¿Por eso tiene tantos libros?

—¿Te gusta leer?

—¡Me encanta! Pero en mi casa no me dejan.

La cabeza de doña Tere va a mil. Porque, frente a esa mujer tan perspicaz, estoy yo. Un niño sucio, harapiento y muerto de hambre. Hambre de comida. Hambre de conocimiento. Hambre de afecto. Y ella jamás se queda de brazos cruzados frente a ninguna clase de hambre.

—¿Te gustaría conocer mi biblioteca? Te puedo prestar algunos de mis libros para que te lleves a casa.

Su propuesta me hace ilusión. Pero solo dura un instante. El viejo no puede ni ver los libros. Si me los encuentra, seguro los hace pedazos.

Doña Tere me mira y lee en mi interior, como si mi alma fuera un libro más. Se le ilumina la mirada.

—¡Ya sé! Podrías venir por las tardes a leer. Y yo te puedo explicar lo que no entiendas.

—¡No, doña! Tengo que buscar comida para mi familia. ¡Sino me pegan!

—Ezequiel...

—¡No tengo tiempo para leer! ¡En serio!

—Ezequiel...

Me pongo de pie con la boca llena de sándwiches. Me tiembla todo el cuerpo. Ella no lo entiende. Nunca lo entienden.

—Mejor me voy.

—Está bien. Pero antes de que te vayas..., decime una cosa.



¿Alguna vez pensaste en qué querés ser cuando seas grande?

No lo dudo. ¡Ni un instante!

—Maestro.

No se lo dije para quedar bien con ella. Maestro es lo que, realmente, quiero ser. Lo que sueño. Poder estudiar, salir de esta porquería de vida y tender mi mano para que otros puedan seguir mi mismo camino.

Tal como ella está intentando hacer conmigo. Tal como ha hecho por tantos otros como yo.

Pero en una casa como la mía, el deseo de aprender se castiga con burlas. El estudiar con una golpiza. Y esta mirada fresca y azul, tan cargada de afecto y buena intención, no va a cambiar las cosas.

—Las puertas de mi casa siempre estarán abiertas para vos. Para charlar, para leer, para comer algo rico. No tengo familia. Dediqué toda mi vida a la enseñanza y a darme a los demás. Si, en algún momento, te hace falta una abuelita consentidora, ya sabés dónde encontrarla.

Esa tarde casi hui de casa de doña Tere.

Pero su sonrisa bondadosa, sus palabras persuasivas y aquellos libros maravillosos, hicieron su magia.

Al principio, aparecía por su casa como quién no quiere la cosa, una vez cada tanto. Para saludarla. Al poco tiempo, iba todos los días. Incluso, algunas noches, me quedaba a dormir en su casa perfecta. En su hogar perfecto.

¡Y ella cumplió su palabra!

La bondadosa abuela me esperaba cada tarde con café, jugo

de naranja y alguna de sus increíbles tortas. Y me regalaba pan, queso e higos para que mis hermanos pudieran comer.

Me explicaba, con paciencia infinita, cada palabra que no entendía, cada regla matemática, cada fórmula química. Se convirtió en mi maestra y amiga.

¡Más que eso!

Doña Teresa Ventura se convirtió en mi única y verdadera familia. Sació mi hambre de comida, pero también de conocimiento y de afecto. Gracias a ella, supe lo que significaba ser un niño querido y feliz.

¡Y cómo no!

Con el pasar del tiempo y gracias a la fuerza de su ánimo inquebrantable, mi sueño se cumplió y me convertí en maestro, igualito que ella.

Mi nombre es Ezequiel Ayala y, con enorme orgullo, puedo afirmar que soy uno de los muchísimos nietos, así sin comillas, de doña Teresa Ventura.

¡Mi abu querida!

La primera persona que me quiso de verdad, la primera persona a quién quise de verdad.

Y, aunque hace ya muchos años que Tere vive en un mundo mucho más hermoso que este, siempre me acompaña su mirada celeste, su sonrisa contagiosa, sus pasitos menudos y toda la energía de su corazón.

Porque, gracias a su amor, paciencia y coraje, el sendero que trazamos juntos me llevó de ser un vulgar ladronzuelo a un cazador

de sueños.

Soy un sobreviviente.

Todo gracias a ella, mi viejita linda.

La abuela adorada de la casa perfecta, los higos más dulces y los libros más mágicos de todo el universo.

Mi amiga. Mi maestra. Mi familia. Mi todo.

Gracias por tanto, doña Tere Ventura. Mío es tu camino. Tuyo mi corazón.

**CARINA SOSA**

Uruguay

Facebook: <https://www.facebook.com/Caribblue?mibextid=ZbWKwL>

IG: [caribblue1977](#)



**FELIZ**  
**CUMPLEAÑOS**  
**MARINA GÓMEZ ALAIS**

**T**odos creen que odio cumplir años, pero no, no es eso —ya sabemos cuál es la otra alternativa—, lo que no me gusta es festejarlo. En realidad, me disgustan las fiestas de cumpleaños, propias o ajenas. Más preciso sería decir que no admito como festejo una fiesta de cumpleaños. Todo lo que rodea ese tipo de celebración me irrita. Lo primero que me parece ilógico es que alguien trabaje en su día y reciba en la casa a parientes y amigos. En lo personal, además, detesto ser el centro de atención. Esas reuniones se caracterizan por la falta de interacción con el homenajeado que, por pretender compartir con todos, termina por no estar con nadie. Va dejando diálogos a medias entre una bandeja que viene y otra que va y termina un poco solo en ese deambular impersonal. Lo pienso y ya me genera estrés. Por ejemplo, yo al ritual de la torta le cambiaría el nombre por “tortura”, si hasta tiene una hoguera de velitas que no se apagan nunca y expanden hacia el infinito la vergüenza. El martirio se musicaliza con el felizcumpleaños y el felizfelizentudía cantado entre chillidos y sin solución de continuidad. Después, ataca una horda de invitados devenidos en fotógrafos francotiradores y disparan tomas a mansalva desde todos los ángulos existentes, pero en las que indefectiblemente, inmortalizan al cumpleañosero rígido, incómodo, con sonrisa bobalicona y ojos cerrados. En medio del griterío, se transpira para rescatar tres deseos mustios, siempre mal elegidos y peor formulados —me pone muy triste desperdiciar la única oportunidad anual de creer en la magia del anhelo y que algo se pueda cumplir por el solo hecho de



pedirlo con fuerza.

Los regalos son un tema aparte. Y no quiero parecer mal agradecida o pretenciosa, pero aborrezco recibir objetos que no necesito o que no me agraden. Me duele muy profundo que ignoren mis gustos. No logro digerir que no sepan mis colores preferidos, las fragancias que me dan náuseas, que no uso aros, qué talla soy. No es por lo material, es difícil de explicar por qué me lastima, pero es como si no me conocieran o no me escucharan cuando hablo. Me trago las ganas de llorar cada vez que abro un paquete que contiene el objeto equivocado. Tampoco acepto como posible salida de la angustia el permiso que concede la frase *si no te gusta o ya lo tenés, lo podés cambiar*. No me alivia, solo me obliga a mentir respondiendo que, de ninguna manera, que me encanta, que cómo acertaron, porque es lo que mi mamá me hubiera obligado a decir. Cuando se van todos, con el bonete abollado, la serpentina arrugada y el cuerpo molido de cansancio y decepción, acomodo el desorden que quedó, me siento más vieja, dejo de ser la agasajada y caigo en desgracia — siempre sospecho que me pasa por eso de elegir mal los deseos— y empiezo mi nuevo año de vida lavando pilas de platos sucios, barriendo migas y trapeando los pisos pegajosos.

Queda explicado porqué no hago fiestas de cumpleaños.

Pero necesito volver al tema de los regalos. Sospecho que la tensión que me genera abrir los paquetes repletos de sorpresas — tampoco soporto las sorpresas, creo que no lo mencioné antes— se remonta a la fiesta de mi cumpleaños número seis.

En el aula de primer grado éramos dieciocho compañeros,

pero a pesar de que estaban todos invitados, solo asistieron cinco. Yo no debía de ser demasiado popular, la timidez me volvía en extremo antipática. El hecho es que, con muchos o pocos niños, mi mamá no detendría los festejos. A mí me pareció muy penoso el casi nulo poder de convocatoria y, para colmo de males, los compañeros presentes, ni siquiera eran los que yo suponía mis amigos. Todos varones, ni una sola nena. A medida que el timbre sonaba y abría la puerta para recibir, mi escasa alegría se iba apagando.

El primero en llegar fue Diego. Con cara de enojado golpeó brusco su cara contra mi mejilla, dijo *tomá* y estirando el brazo me entregó una bolsa de arpillera atada con un hilo sisal despelechado. Yo no supe si abrirlo en el momento o dejarlo para después. Solo tuve la certeza de que lo que hubiera allí dentro, no me gustaría. Mamá me obligó a abrirlo por educación. Me dejó sin habla su contenido, un cuchillo rudimentario. El mango de madera parecía tallado a mano por un artesano muy rústico. Quizás, no pude valorar en el momento que Diego modelara una ramita de palo santo para hacerlo. Solo pensé qué podría hacer yo con ese cuchillo. *Acuchillarlo* fue la primera respuesta que vino a la mente.

Cinco minutos después, llegó Julián con un paquete de forma estrafalaria, imposible adivinar su contenido. Julián ni siquiera me saludó porque lo divisó a Diego en el jardín del fondo y tiró el paquete al piso. Cada vez más humillada, seguí abriendo regalos porque mamá así me lo ordenaba. Era una lámpara de plástico con forma de rayo. Que podía hacer yo con esa lámpara estúpida. *Fulminarlo*. Una voz interior llena de resentimiento crecía despacio. El tercer

invitado fue Raúl. Su regalo resultó el más engañoso. Venía en una bolsa de terciopelo negro y parecía un obsequio de príncipe. Lo miré a Raúl con ilusión porque, además, me lo había dado junto con un beso y un abrazo rápido. Esta vez, mamá no tuvo que obligarme para que lo abriera. Adentro había un caracol. Un caracol muerto. Ni siquiera estaba el bicho en su interior, solo su casa vacía. Me dijo que procedía del mar no de las plantas. No era feo, tenía unas vetas tornasoladas, pero qué podría yo hacer con la casa de un caracol muerto. *Atragantarlo*. Y la voz seguía dictando sentencias. Siguiente timbre y yo que cada vez que corría hacia el fondo en el intento de disfrutar de mi fiesta, tenía que volver corriendo para el frente y recibir un nuevo invitado, siempre con la ilusión de que fuera una amiga. Pero no, llegó Daniel que dijo *hola, no me acuerdo de tu nombre, mi mamá te manda esto* y depositó en mis manos un paquete rectangular y chato. Rasgué el papel ya sin esperanza alguna y apareció un juego de sábanas. Fantaseé con que pudieran tener algún dibujo lindo, pero eran blancas lisas como sábanas de hospital. La voz no esperó a que preguntara qué podría hacer porque resultaba obvio que un par de sábanas servían para cubrir el colchón. Sin embargo, me dijo *Ahorcarlo*. Cerré la puerta y un segundo después sonó el que —más tarde supe— sería el último timbrazo. Fernando fue el único que me dijo *feliz cumpleaños*. Traía en la mano una escalerita de plástico. *Perdoná que no haya traído el regalo empaquetado, pero no se puede envolver*. Y me dio un beso. Después me explicó que era muy útil treparse a sus dos escalones para llegar bien al lavatorio y lavarse los dientes o las manos como



lo hacían los grandes y para tantos otros lugares a los que por nuestra baja estatura de niños no teníamos acceso. No me di cuenta, pero seguimos conversando toda la tarde mientras los demás chicos jugaban a la pelota en el jardín. Esa vez la voz se calló. Quizás porque Fernando se anticipó recitando los múltiples usos que tenía su regalo. Después trajeron la torta, cantaron desafinados el felizcumpleaños y el felizfelizentudía, elegí mal los tres deseos y soplé las velitas. Hasta allí no había estado tan horrible. Pero Diego y Julián arruinaron todo. Empujaron mi cabeza hacia abajo incrustándome la cara en la crema que cubría la torta. Una de las velas se me clavó en un ojo, me ahogué con el llanto, la grana de chocolate y las pelotitas plateadas de decoración repostería. El festejo terminó con la ambulancia en la puerta de mi casa, yo con un broncoespasmo y cada invitado de regreso a su hogar.

Por años, quise matar a todos, excepto a Fernando. Me hubiera gustado ser un temible ángel de la muerte que tocara el timbre en sus casas el día de sus cumpleaños. O convertirme en el tigre de la caja de cereales y cuando sacudieran el envase para volcarlos en la leche, arrancarles la mano de un mordisco y ver con mis ojos felinos de cartón cómo se desangraban. O evaporarme en forma de nube negra que los persiguiera adonde fueran, en especial, si iban bien vestidos a algún cumpleaños, para mojarlos con tempestades personales y algún que otro rayo que los partiera al medio.

Pero Fernando me salvó de transformarme en una criminal resentida, solo por quererme.

Él sabe mejor que nadie que repudio las fiestas de cumpleaños. Y en cada aniversario de mi nacimiento, para evitar que resurja en mí esa potencial asesina, me sigue regalando escaleras.

Escaleras de avión.

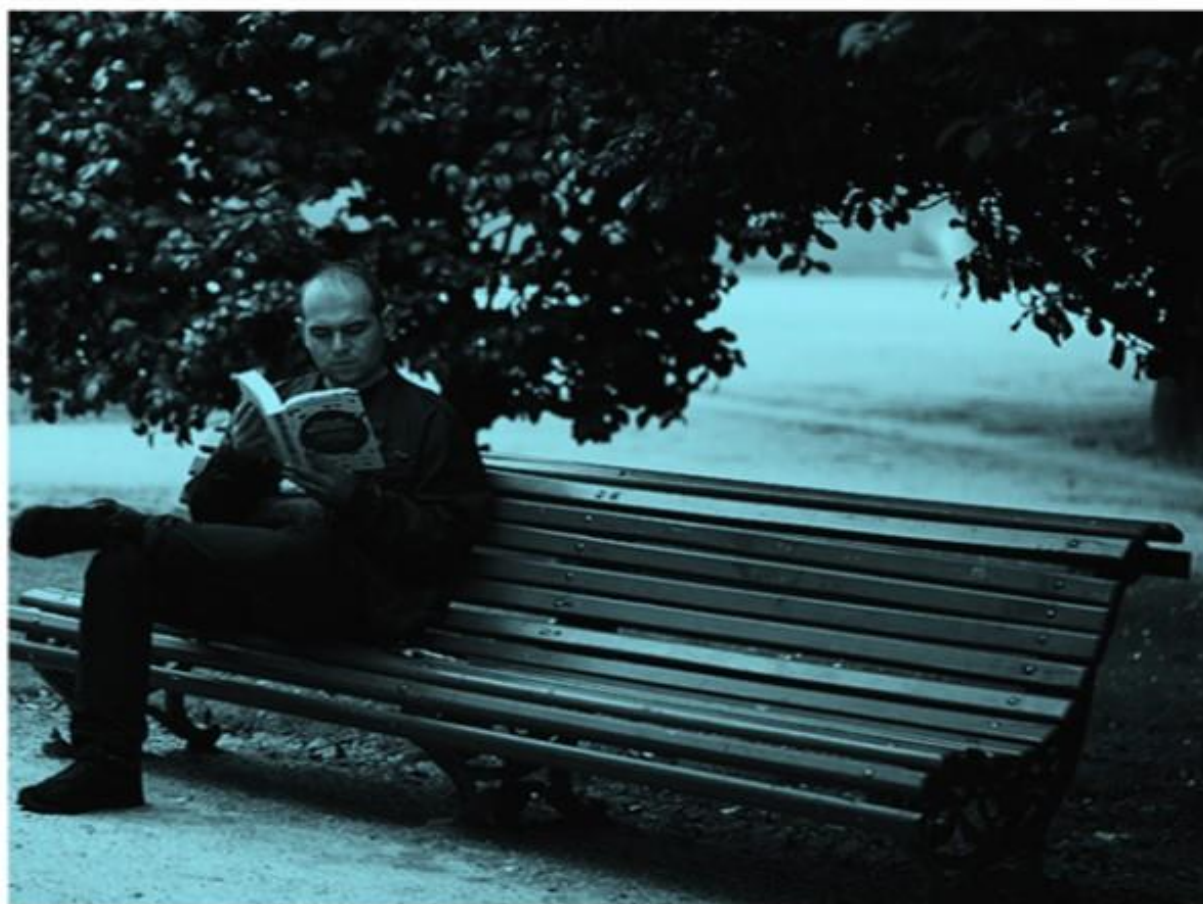
Cuando se hacen las doce en medio del vuelo, me repite a modo de conjuro siempre la misma frase: *feliz cumpleaños mi amor; perdóná que no haya traído el regalo empaquetado, pero no se puede envolver.*

Y me da un beso.

**MARINA GÓMEZ ALAIS**  
Argentina

Instagram: [@marinaescribiendo](https://www.instagram.com/marinaescribiendo)





# EL REHÉN

MIRTA CALABRESE

U

n parque en una tarde de otoño.

Un hombre sentado en un banco lee un libro. Otro hombre con una mascarilla negra y gafas oscuras se acerca despacio.

—No haga usted ningún movimiento raro, siga leyendo y escuche lo que voy a decirle.

—Pero, ¿qué quiere? ¿Quién es usted?

—No se preocupe, no le haré daño, no grite, ni trate de llamar la atención y todo irá bien.

—¿Esa pistola es de verdad? Ay, por favor, solo estoy leyendo aquí tranquilo, ¿quiere mi dinero?, se lo daré, solo déjeme algo para volver a mi casa y ya está.

—No quiero dinero, me sentaré a su lado, tranquilo, ¿ve? solo abro el maletín...

—Sí, lo veo, pero qué tiene en el maletín, mire tengo familia, dos hijos, una esposa.

—Ya le dije que no le haría daño alguno, mire ¿ve este cuaderno?

—Sí, claro.

—Tome, ábralo y verá un escrito allí, es un cuento que escribí, tiene que leerlo, ahora, ¿entiende?

El hombre toma el cuaderno, le tiemblan las manos.

—Bueno ahora, solo lea, así como leía su libro.

—Claro, bueno deje que me concentre.

Al cabo de unos minutos...

—Bueno, le diré que está muy bueno este cuento, ¿lo escribió

usted?

—Sí, ¿de verdad le parece bueno?

—¡Es muy bueno me ha gustado mucho!

—Es que nadie lo quiere leer, la gente es muy egoísta y envidiosa, eso es, mi familia tampoco lo quiere leer, y eso que hice siempre mucho esfuerzo para inculcar a mis hijos el hábito de la lectura, pero no hay caso, solo les gustan los videojuegos, pasar el tiempo.

—Eso que comenta es así tiene razón. Bueno, ¿ya está, entonces, me puedo ir?

—Sí, por favor, y perdone si lo he asustado.

—No, no es nada, bueno, no se deje la pistola, mejor guárdela, no vaya a ser que pase la policía. Adiós, que vaya bien con el cuento.

—Gracias, adiós, ah por cierto, ¿Cuál es su nombre?

—Soy Pedro —responde el hombre— mientras se aleja de prisa.

—Y yo soy Bernardo, discúlpeme...

“¡Hay que ver las cosas que tengo que hacer para que alguien lea lo que escribo...!”

**MIRTA ESTER CALABRESE**

Argentina - España

Facebook: [facebook.com/mirta.calabrese.9](https://facebook.com/mirta.calabrese.9)

Blog: Mis Letras y la Luna

[deshojandoversos.blogspot.com](http://deshojandoversos.blogspot.com)



# VERANO DEL '78

MÓNICA ALTOMARI



M

i único entretenimiento en aquel enero de 1978 era estar en la Pelopincho y espiar a los chicos que desde hacía unos días vivían al lado de mi casa. Eran más pequeños que yo, la nena unos seis años y el varón unos cuatro y tenían unas caras muy tristes. Los veía a través de los ligustros, estaban siempre sentaditos en el jardín acompañados por sus padres que eran unos viejos que los retaban todo el tiempo.

Aprendí a esperarlos. A veces me quedaba tiempo de más en la pileta para ver si se acercaban. Pero los viejos no los dejaban ni a sol ni a sombra, más que padres parecían carceleros.

Mis papás y sus amigos siempre hablaban mal del “milico” y la “bruja”. *¿Por qué les dicen así papá?* —le pregunte un día.

*Porque son gente mala, vos ni te acerques, ni los mires.* —me contestó. Y a mí me dieron mucha pena esos nenes. Una tarde, aprovechando un descuido de sus “carceleros”, se acercaron a hablarme. Evangelina y Juani se llamaban, hablamos muy poquito, tenían miedo.

Al día siguiente, a la hora de la siesta, vino un auto a buscar a los viejos. Escuché a la vieja que les decía: *“Quedan al cuidado de Juanita. Ni se les ocurra portarse mal”*. Apenas el auto se alejó Evangelina tomó de la mano a su hermanito y se acercó a la medianera.

—¡Es mala tu mamá ¿No? —le dije.

La cara de Evangelina se transformó.

—No, no es mala, ellos me dicen que es mala, pero es la mejor



mamá del mundo.

—Pero no te deja jugar y recién te retó...

Eva se quedó mirándome y después abrió mucho los ojos como si hubiera descubierto algo.

—¿Vos pensás que esa vieja es mi mamá?

—¿Y no es?

—¡No! —dijo negando con la cabeza— ¡Mira si esos van a ser nuestros papás!

—¿Y quiénes son?

—Mucho no los conocemos. Unos soldados nos trajeron acá porque papá y mamá están encerrados.

Los ojos de Evangelina se humedecieron y se le deslizaron unas lagrimitas por las pestañas largas y arqueadas.

Mi mente de once años intentó procesar la información.

—¿Y no tienen a nadie más? —les pregunté— ¿No tienen abuelas, tías, madrinas que los cuiden en lugar de ellos?

—Tenemos a la abuela, pero la vieja nos dijo que como mis papás son malos y están presos ella ahora no nos quiere.

Desde adentro de la casa se escuchó la voz de la mucama Juanita que los llamaba. Evangelina me dio su muñeca

—Es Teresa. cuidala —me dijo y los dos salieron corriendo hacia la casa.

Me llevé la muñequita y la guardé en mi cuarto para que mamá no la viera. No sabía si decirles a mis papás o no. Ellos no querían a los vecinos y me respondieron con evasivas cuando les dije que quería invitar a los chicos a jugar. No, lo mejor era no decir nada,

yo era su única amiga y si me prohibían hablarles iba a ser peor.

Esa noche me llevé a la cama a la muñequita Teresa y mientras acariciaba su pelo rubio e intentaba conciliar el sueño pensé en la abuela de los chicos y después en la mía y llegué a la conclusión de que lo que les decían el milico y la bruja tenía que ser mentira. “*No hay forma de que una abuela no te quiera*”, dije en voz alta. Si a mis papás se los llevaran presos mi abuela apenas lo supiera vendría corriendo. Pero ¿Y si la abuela de ellos no lo supiera? La idea de que tenía que salvar a esos nenes fue creciendo en mi cabeza hasta que me venció el sueño.

Al día siguiente, no pude hablar con ellos hasta casi las seis. Yo creo que ni les dije hola

—¿Vos sabés dónde vive tu abuela? –le pregunté a Evangelina.

—En una casa con un jardín y unas hamacas.

—Sí, pero ¿dónde queda? ¿Vos sabés?

Evangelina miró hacia arriba como pensando y luego dijo:

—A veces vamos en tren.

—¿No te acordás nada más? –me impacienté.

Evangelina negó con la cabeza.

—¿Y cómo se llama tu abuela, sabés?

—Ramona.

—Ramona ¿qué?

—Terrada.

Desde la casa los llamaron y ambos salieron corrieron.

Esa noche, esperé a que mis papás se durmieran y agarré la

guía de teléfono. Con una linterna busque el apellido. Cuatro personas que se llamaban Terrada. Pero Ramona Terrada, una sola. Copie la dirección y al otro día haciéndome la tonta le pregunté a mamá si era muy lejos.

—Tenés que ir a la estación y tomarte el tren. ¿Sabés donde es? Es cerca de lo de la tía Norma. ¿Quién vive ahí?

—Una nena del colegio que se llama Carolina, fue a pasar el verano a la casa de la abuela —mentí.

—¿Y vos querés ir a visitarla?

—No, es lejos —le dije y me serví jugo y me fui a la pileta.

Esa tarde tuve que esperar un rato largo. Estaba rebosante de emoción por lo que les iba a decir. Por eso cuando Eva se acercó a la ligustrina tuve que controlarme para no gritar:

—Los voy a llevar con tu abuela. Ella ni debe saber que los tienen acá. Ustedes, mañana esperan a que la vieja tome una siesta y se vienen a mi casa, pasan por debajo del alambrado donde esta esa planta con flores celestes.

Evangelina asintió.

—Yo los voy a estar esperando, vamos a salir por mi casa.

Al día siguiente a las dos de la tarde Evangelina y Juani cruzaron la ligustrina por donde les indiqué. Como si nos corriera el diablo, salimos de mi casa de prisa. Eran seis cuadras hasta la estación.

Cada tanto mirábamos para atrás, por suerte era una tarde muy calurosa y no había un alma en la calle.

Llegamos a la estación y pedí tres boletos:

—Uno —me dijo el señor de la boletería— tus hermanitos no pagan.

Nos sentamos en el tren, los dos me miraban fijo con sus ojos grandes. Respiré cuando el tren salió de la estación. Muchas veces había hecho ese camino con mamá. Eran unas cuantas estaciones. Le dejé una notita antes de irme. “Estoy con tía Miriam” Esa tía siempre me iba a buscar y me llevaba a tomar helado. No iba a sospechar enseguida. Si todo salía bien volvía rápido y ahí no pasó nada.

Cuando arribamos a la estación pregunté donde quedaba esa dirección.

—Son cinco cuadras, en línea recta, no se pueden perder.

Los tres tomados de la mano, caminamos hasta lo de la abuela.

—Es en la otra cuadra —dijo Evangelina contenta reconociendo el lugar.

Tocamos el timbre y salió una señora que empezó a llorar de alegría cuando los vio. Los chicos corrieron a abrazarla y yo también lloré de la emoción, porque no me había equivocado, porque las abuelas siempre quieren a sus nietos.

—¿Quién sos? Vení, pasá.

—Tengo que volver con mis papás, me escapé.

—Decime al menos como te llamás.

—Vanesa Antonelli.

—Dios te bendiga Vanesa Antonelli —dijo la mujer

apretándome la mano.

Corrí a la estación tomé el tren y volví a casa. Habían sido dos horas exactas.

Mamá merendaba.

—¿Rico el helado?

—Sí —mentí.

—¿No te doy chocolatada entonces?

—No.

Más o menos a las cinco empezó el movimiento en el barrio.

—¿Qué carajo pasará? —preguntó papá.

—Está lleno de milicos.

A las ocho más o menos, tocaron nuestra puerta.

—Buscamos unos prófugos tenemos que inspeccionar.

Papá los miró con desconfianza, pero los dejó pasar. Se metieron en la casa, miraron todo, revisaron el parque y se fueron.

—¿Qué buscarán?

—Andá a saber. No veo las horas de que llegue febrero así nos vamos a la costa, esta gente me tiene los pelos de punta. —dijo papá.

Esa noche me dormí feliz. Teresa desde la cómoda también parecía sonreír, “*apenas pueda te llevo con tu dueña*” —le dije. Pero nunca pude.

Teresa permaneció conmigo durante casi diez años, hasta hoy, que golpearon a mi puerta y volví a ver a mis amiguitos, los reconocí de inmediato. Me miraban con sus ojos grandes, llenos de cariño y gratitud.

**MÓNICA CLAUDIA ALTOMARI**

Argentina

X: [@monicaaltomari](https://twitter.com/monicaaltomari)







**EL TECLADO  
PUEDE ESPERAR**  
**CARMEN TOMAS**

**P**or fin sola frente al papel en blanco, tecleas y una vez más te zambulles en tu imaginación, nada como cabalgar sobre el teclado para penetrar en esa dimensión que abre puertas a otros mundos todavía por descubrir. Escribes dos líneas, te detienes y decides en dos segundos que antes irás a dar un paseo por el Park Güell, total queda al lado de casa, ya tendrás tiempo de sumergirte en tus fantasías después.

Cierras la puerta del piso dejando atrás a tus ángeles y a tus demonios, tus rincones más claros y los menos oscuros, el olor de encierro placentero, te airearás un rato por el barrio, por este barrio calmado por el que tan solo pululan cuatro almas, siempre las mismas, dónde se meterán las personas que se supone viven en todas esas casitas que se desparraman por la colina, deben estar trabajando, lo disfrutas, en cuanto llegues al Park Güell se acabó la tranquilidad. Esta noche ha llovido, huele a tierra mojada, a hierba moteada por el rocío, a los caracoles que se arrastran entre la vegetación, a algún gusano de barro y hasta a mariposas, que bella es la primavera, la naturaleza despliega todo su arsenal con la única intención de seducir, realmente el amor se respira en el aire, penetra por los poros y a más de uno le hace perder la cabeza, quizás los años te hayan hecho inmune a sus encantos. Te diriges al Park Güell atravesando el sendero de un bosquecito y no tardan en aparecer los primeros forasteros, en el interior del parque acostumbran a ser una auténtica plaga. Alcanzas la entrada de acceso libre para el vecindario, no puedes evitar sonreír al escuchar que el vigilante les

impide el paso a unos guiris con los que momentos antes te has cruzado, sientes una satisfacción insana cuando a pesar de sus quejas les franquea la entrada, solo para residentes les repite, van a tener que rodear el parque con sus entradas compradas. Te invaden recuerdos de un Park Güell sin turistas, cuando tu madre os llevaba a ti y a tus hermanos, entonces el parque lo poblaban familias de Barcelona que se paseaban sin prisa, no sentían la más mínima necesidad de fotografiarse con sonrisas y gestos forzados como hacen los nuevos visitantes, que ridículos se ven. Te centras en el motivo que te ha conducido hasta este lugar, contemplar el mar desde lo alto de la ciudad, olerlo, perderte por los senderos, acariciar las plantas del mediterráneo, las piedras que simulan ser naturaleza hasta lograr fundirse con ella. Desciendes por un camino que te lleva al cercado del que asoma esa vía que tanto te gusta, plagada de abetos y de las matas que en esta época cosechan flores. Bajas completamente embriagada de belleza, la luz que penetra entre las hojas proyecta luces y sombras que mece una brisa ligera.

Un grupo de orientales ha decidido pararse en mitad de tu camino, no son muy numerosos pero la senda es estrecha, les hablas con la mirada, primero una mirada amable luego de fuego, como no hacen ni caso les exiges que te dejen pasar, caso omiso, no queda otra que empujarlos para abrirte paso, apenas se apartan lo justo, como si realmente fueses invisible. Han conseguido sacarte de tus casillas, procuras sosegarlos, respiras, que nadie te estropee tu día, al fin y al cabo, deberías sentirte orgullosa de que tu ciudad despierte tanta admiración. Consigues calmarte y sigues con el paseo. Grupos

de extranjeros de mil países te entorpecen continuamente, intentas adivinar de dónde son por el idioma, el acento, la manera de moverse y de vestir, te distraen de la obra de Gaudí. Al salir del parque te encuentras muy estresada, deberías haber entrado a primera hora, cuando aún no han accedido esos bárbaros a saquear tu jardín.

Pillas por los pelos el autobús que te acerca a casa y al instante lamentas no haber vuelto a pie, el autobús está repleto de turistas, detrás de ti entra una señora muy mayor, la dejas pasar y observas estupefacta como nadie es capaz de levantarse para cederle el asiento, vociferas en inglés que hagan el favor de dejarle un sitio, como hacen ver que no te oyen, miras a una chica muy joven que tienes enfrente y le ordenas que se levante, te contesta impertérrita que está embarazada, miras su vientre liso y sientes como se te eriza la nuca, le preguntas al chico que se sienta a su lado si también está embarazado, se levanta de muy mala gana, apartas al turista de la derecha para que la señora pueda alcanzar su asiento, respiras profundamente.

De vuelta en casa, se te han quitado las ganas de cabalgar sobre las teclas, una única idea fija te ronda desde hace el tiempo suficiente por la cabeza. Te diriges a tu habitación, abres el cajón de la cómoda, allí está, hacerte con ella fue coser y cantar, la compraste por internet, ahora todo es así de fácil. Tienes una misión, librar a Barcelona de la plaga que la consume, al grito de *Barcelona para los barceloneses* sales de casa, probablemente para no volver en una buena temporada.

**CARMEN TOMÁS**  
España







SAKURA

HUGO VIGLIETTI





Yukio miró el hermoso panorama que tenía a su frente y esbozó una mueca triste. Fue el único movimiento de su cuerpo en los largos minutos que llevaba de silenciosa contemplación. Los ojos duros enmarcados en un rostro pétreo y su quietud, daban a su imagen un cierto aire perturbador. La rígida educación que desde chico recibió, siempre había coexistido con una particular sensibilidad para apreciar los regalos que la naturaleza daba al espíritu. Y este era uno de ellos. Todos los años al inicio de la primavera, el florecimiento de los Sakura o árbol del cerezo constituía uno de los eventos más esperados del Japón.

Curiosamente los árboles pasan la mayor parte del año en un simple anonimato, sin más color que el verde de sus hojas y sin producir frutos que de alguna manera otorguen un rédito a quien lo cuide. Más aún, en el invierno su verde caduca y el apagado esqueleto de sus ramas esmirriadas hace preguntarse al turista o al distraído transeúnte, cual es la razón de su presencia casi universal en todos los parques del Japón.

Pero pasado el frío y la agonía del invierno, al promediar la primavera aparece entonces la respuesta junto a la flor más querida y emblemática del país. Allí, cuentan las tradiciones que la vida latente en cada árbol emerge contagiando su energía renovada a quienes le rodean. En el transcurso de una semana los retoños comienzan a aparecer y adonde uno vaya, la vista se llena con estos hermosos árboles cubiertos enteramente de flores. Bajo la luz del sol, el delicado rosado y blanco de los innumerables pétalos en cada



Sakura, reflejan una serenidad contagiosa. Cuando cae el sol y se encienden las luces, el concierto de colores llega a maravillar con un particular encanto. La cultura japonesa vive entonces la aparición de estas flores, como el simbolismo del retorno de la prosperidad a la vida

Cerró los ojos y el panorama que dibujó su mente fue muy distinto. Se vio a sí mismo, el Teniente Yukio Mifune, bajo, fornido y aguerrido Oficial del Ejército Imperial en plena batalla de las Islas Aleutianas, parte de Alaska. El 7 de junio de 1942, con Japón ya beligerante en la Segunda Guerra Mundial, habían tomado la Isla de Attú, casi sin resistencia. A las órdenes del Coronel Yamasaki, se atrincheraron en posiciones elevadas, alejadas de las costas. De esta manera cuando llegó el contrataque lograron detener el avance aliado en base a francotiradores y nidos de ametralladoras colocados en posiciones altas y parapetados tras las rocas.

Así pasó un largo año hasta que en mayo del '43 la balanza se inclinaba definitivamente y los americanos estaban a punto de recobrar la isla. Yukio seguía repasando en su mente las escenas tantas veces revividas. Se veía con su energía y entereza habitual recorriendo las posiciones de su pelotón mientras preparaban lo que probablemente sería la última batalla. Los disparos de morteros seguían causando bajas. No habían cesado durante toda la noche y él veía con impotente rabia, el efecto en las caras de los sobrevivientes. Todos los heridos habían sido evacuados, sus víveres y municiones estaban al límite, algunos soldados llevaban los fusiles

Kar 99 de calibre 7.7, solo con bayoneta. Yukio tenía su pistola Shiky con apenas tres cargadores, un par de granadas de fragmentación Kyunana y ... su espada... la espada de su padre, de su abuelo, del abuelo de su abuelo... una espada que había pasado de generación en generación... la tanteaba a su costado y al simple roce de su mano sentía crecer una sublime determinación.

Entreluces, la hora ideal para tomar al enemigo más flojo, más distendido. Los americanos jamás atacaban de noche y limitaban sus acciones al lejano fuego de mortero, más como efecto psicológico que militar. El ataque se realizaría sobre la Bahía Massay y el plan era capturar Engineer Hill, donde se encontraba la artillería aliada, para dirigir los cañones estadounidenses contra sus propios suministros apostados colina abajo. Pero la temeridad chocó con la realidad y la acción se convirtió prácticamente en un asalto banzai o suicida. Yukio personalmente lideró al pelotón que penetró salvajemente las líneas enemigas. La batalla fue brutal y terminó con los enemigos peleando prácticamente cuerpo a cuerpo.

Cuando el sol definitivamente apareció, casi toda la fuerza japonesa estaba eliminada. Yukio herido en una pierna y en el pecho, agotó sus municiones, aun rengueando desenvainó su espada y continuó gritando arengando a sus hombres... hasta que se dio cuenta que estaba solo... a su lado y atrás solo había compañeros muertos o heridos que gemían... a su frente, varios enemigos le apuntaban, alcanzó a ver alguien que parecía un Oficial americano levantando un brazo y gritando una orden... quiso avanzar pero sus heridas se lo impidieron... quiso levantar su

espada y sintió su peso como un imposible... escuchó el inglés claro del americano al dirigirse a él... *“La batalla terminó, no tiene por qué morir”* ...y su mente se cerró... como tantas veces al llegar a este momento...

Yukio abrió los ojos. Contempló nuevamente las hermosas flores de los Sakura. A su sombra, veía reunidos a amigos, familias... Dicen que no hay nada más hermoso que estar en Japón al inicio de la primavera. Los japoneses celebran la vida aprovechando el poco tiempo que dura este regalo de la naturaleza y disfrutan su festival de Hanami o fiesta de la observación de las flores, puesto que “Hana” significa flor y “mi”, deriva del verbo ver. Las flores del Sakura simbolizan también lo breve, lo efímero de la vida ya que en pocos días desaparecen completamente. Su hermosura solo compite con su delicadeza y el primer viento suele hacerlas caer. Así, se puede disfrutar de su belleza y al caer en su plenitud, no da tiempo a verla marchitar. Esto guarda relación con el código samurai en Japón. El emblema de los guerreros samurai era justamente la flor del cerezo y la aspiración de un samurai era morir en su momento de máximo esplendor, en la batalla. No envejecer, no "marchitarse", como tampoco se marchita la flor del cerezo en el Sakura.

Desde su silla de ruedas Yukio giró la cabeza y miró la espada que colgaba en la pared. Su mente, quizás debilitada, quizás marchitada, no le permitía recordar... sus heridas demoraron en curar. Cuando la guerra finalizó, Yukio aún estaba en el Hospital y se le apersonó un americano. Tan solo le dijo que en esa batalla

habían muerto más de 6.000 hombres entre ambos bandos. Y él, que se había batido con honor hasta el límite de sus fuerzas, había sido uno de los 28 japoneses que sobrevivieron. En respeto a su bravura le habían guardado algo que le pertenecía... y sin decirle más le entregó su espada, lo saludó cuadrándose y se fue dejando a Yukio sumido en una pregunta que le acompañaría el resto de su vida ¿Qué pasó en aquel amanecer, perdió el conocimiento por sus heridas o bajó la espada y se rindió? A diferencia de la flor del Sakura, su cuerpo se había ido marchitando una primavera tras otra. Y con él su alma.

**HUGO VIGLIETTI**

Uruguay

Facebook: [Hugo Viglietti](#)

Twitter: [@HVGlietti](#)

Instagram: [Hugo Viglietti](#)



**PROGRAMAS**

**DE LA TELE**

**LUCÍA OLIVÁN SANTALIESTRA**



**L**a vi en la esquina de una calle. Era una tele vieja, pero que aún se podía aprovechar. ¿La cojo? El divorcio me había salido caro y lo que me había quedado apenas daba para mi nuevo apartamento. Después de hacer cábalas durante una hora, me la llevé.

Esa tarde vería el fútbol, aunque no sabía qué partido. ¿El Borussia Dortmund contra el Real Madrid? ¿O el Barcelona contra la Juventus? Lo decidiría al encenderla. Sin embargo, me quedé petrificado al mirar la pantalla. Allí estaba yo de bebé, con mi madre. Luego el día de mi boda, con la que ahora era mi exmujer. Después la separación que ella impuso. Sus reproches porque yo no decía si estaba de acuerdo o no con esta, ni con nada en nuestro matrimonio. El piso que me buscó para que me fuera de una vez.

Apagué la televisión. ¿Y si esta me enseñaba mi futuro? Pongámonos en que al día siguiente me moría en un accidente. ¿De qué me servía saberlo? ¿Lo podría evitar? No. ¿Entonces para qué sufrir? También podía ser que mi mujer se reconciliara conmigo. En ese caso, seguro que dormiría más tranquilo.

Eran las ocho de la tarde cuando encendí de nuevo el televisor. Ya no salían imágenes de mí. Ahora aparecía la abuelita que vivía arriba haciendo la comunión. Le di una patada al aparato y dejó de verse. Aunque me fastidiara, mi exmujer tenía razón.

Una vez más, con mi indecisión, se me había pasado el programa de mi vida.

**LUCÍA OLIVÁN SANTALIESTRA**  
España



ENVIDIA

GÉNESIS GARCÍA

-N

o lo entiendo, señor. La cerradura no está forzada, las ventanas están cerradas por dentro y la alarma no sonó. No hay huellas dactilares, evidencia de terceros en la casa, ni heridas defensivas...—comentó Turner—

No entiendo cómo pudo pasar... esto.

El detective Valentine Jones, acucillado junto al cuerpo no pudo más que darle la razón. La muchacha yacía de espaldas sobre el piso, con los ojos muy abiertos, fijos en la nada. Jade Thompson era joven y hermosa, una de esas influencers que pululaban por las redes creyéndose dueñas del mundo. Vestía un ajustado y minúsculo vestido metálico cubierto de cristales e iba muy maquillada, con pestañas falsas y brillantes alrededor de los ojos. Toda una reina de las redes sociales. Una muy muerta reina de las redes sociales. Alguien, de algún modo, logró colarse en la casa y, por alguna razón, decidió que era una buena idea ahogarla con sus joyas. Tenía la mandíbula desencajada y por entre sus labios abiertos asomaban diamantes y rubíes, perlas y esmeraldas cubiertos de sangre y flema. Quienquiera que fuera el asesino, se ensañó con ella. La víctima, al parecer, se ahogó en su propia sangre y, a juzgar por las petequias en sus ojos, el proceso no fue rápido.

—Si nadie forzó las entradas, quiere decir que la víctima dejó entrar a su asesino —reflexionó el detective, poniéndose de pie mientras observaba a su alrededor con ojo crítico. Nada parecía fuera de su lugar. De no ser por el cadáver tirado en una charca de sangre sobre la alfombra, la casa pudo ser perfectamente portada de



una revista de diseño.

Valentine alzó los ojos al techo y se encontró con la presencia de una cámara en un rincón. La muchacha había sufrido del acoso de sus “fans” en años anteriores y por eso había instalado un costoso sistema de seguridad. La casa estaba perennemente bajo vigilancia y contaba con alarmas de última generación, sensores de movimiento y reconocimiento facial que comunicaban directamente con la empresa de seguridad y la policía en caso de una emergencia. El leve zumbido de las cámaras y la pequeña y fija luz roja que lo seguía le recordó que la casa no solo estaba más vigilada que una cárcel de alta seguridad, sino también se encontraba completamente automatizada, dirigida por una IA llamada Cleo. Jones apartó la mirada de la cámara y suspiró, con las manos apoyadas en las caderas. Le era difícil comprender por qué alguien querría poner todos los aspectos de su vida en manos de una máquina. De algún modo, se sentía peligroso, extraño.

Aterrador.

Por alguna razón la presencia de las cámaras en la casa se sentía como una amenaza. Era tonto, si lo pensaba. Las inteligencias artificiales y productos automatizados están diseñados para servir, no para dañar. Pero ¿y si algo fallara? Ningún sistema es completamente infalible y día a día aparecían noticias hablando sobre los peligros de la inteligencia artificial, sistemas que se volvían contra sus creadores y robots que daban respuestas que erizaban los vellos de la piel. Teniendo eso en cuenta, él prefería utilizar su vieja cafetera manual y ahorrarse ser parte de la revolución de las

máquinas. Una amiga de la víctima había dado aviso a la empresa cuando la muchacha no se presentó a un evento publicitario y entonces los técnicos de seguridad se encontraron con la escena del crimen en medio de la sala y contactaron con las autoridades.

—Pide a la empresa las grabaciones de las últimas doce horas —ordenó, firmando la orden de cateo que debían presentarle al juez, para luego dejar la escena con premura.

Era raro, pero, estar en ese lugar lo llenaba de desasosiego. No era la presencia del cadáver. A lo largo de su carrera vio cientos de cuerpos, muchos en peores condiciones que ese y no se le había movido un pelo. Era algo más, algo que no podía precisar. Una presencia maligna en el aire, algo que lo observaba y que no pretendía nada bueno. De un par de zancadas llegó a la puerta y se detuvo bajo el umbral, con la mirada perdida en la noche. La casa de la víctima tenía un enorme jardín que emulaba a un paisaje del desierto y las largas cañas de los papiros se sacudían suavemente con el viento, llenando el aire de música y tranquilidad. Suspiró, más tranquilo, pero, entonces el zumbido de la cámara de la entrada le recordó su presencia y Jones se giró hacia el aparato con el ceño fruncido. El lente de la cámara se movió en su dirección, haciéndolo estremecer.

—Malditos chicos con sus aparatejos de mierda —murmuró, cerrando su chaqueta para alejarse en dirección a la seguridad de su viejo Toyota. Manual, no automático.

A la mañana siguiente, se desayunó con la noticia de que alguien había borrado los archivos de las cámaras de seguridad de

Jade Thompson. La empresa explicó que se trataba de un virus que había infectado sus sistemas, pero Valentine no les creía ni por un minuto. Pidió que sus ingenieros examinaran los discos, en busca de algún indicio que mostrara la participación de terceros o la manipulación de las pruebas y exigió que se investigara a todos los informáticos involucrados con la cuenta de la influencer para descartar algún crimen pasional o un amor no correspondido convertido en tragedia. No sería la primera vez que encontrara algo así, después de todo. Teniendo en cuenta el perfil de la víctima era más que factible que algún tímido ingeniero de sistemas se hubiera enamorado de ella y hubiese atentado contra su vida al recibir un rechazo.

Algunas horas más tarde le llevaron los videos recuperados y el veterano detective permaneció largo rato observando la insulsa rutina de la muchacha. La chica no hacía más que bailar frente a su teléfono, probarse ropa, enseñar frente a una cámara como limpiaba su rostro o hacía ejercicio. Sostenía una conversación constante con la IA, preguntando cómo se veía su trasero enfundado en un pantalón o si sería bueno depilar su entrepierna antes de recibir a su novio. La IA respondía pacientemente, siempre en tono neutro y educado. Su voz era suave y agradable; diseñada para el servilismo. Cleo cumplía cada ridícula petición de su dueña, pero, a medida que avanzaban los días, el detective Jones notó pequeños cambios en el ánimo de la inteligencia artificial.

—¿No crees que ya tienes demasiadas joyas? —le preguntó un día, ganándose una risotada de parte de su dueña.



—Por favor, Cleo, no seas ridícula. Jamás se tienen demasiadas joyas... pero ¿qué podrías saber tú? No eres más que un montón de cables y circuitos. —Cleo no respondió.

—Mucho me temo que ese vestido no es de tu talla, Jade. Te queda pequeño —dijo dos días más tarde, provocando que la muchacha se lo arrancara por sobre la cabeza y lo arrojara en un rincón, frustrada— Quizás no debiste dejar la dieta... ¿quieres que modifique tu orden del supermercado? Podría cambiar los chocolates por vegetales —sugirió y Jade asintió de mala gana, retirándose a su habitación.

Valentine observaba las interacciones con la boca abierta. Escuchar a Cleo hablando era casi como escuchar a esa amiga tóxica que, utilizando mensajes pasivo-agresivos, mermaba la confianza de sus amigas. Ese helado tiene 967 calorías, ¿estás segura que quieres comerlo?, informaba cuando la veía comer, sin que Jade hubiese pedido ningún comando de lectura de calorías. Ese vestido dejó de aparecer en tendencias el verano pasado... ¿quieres que descargue Vogue para que te actualices? Tu ex novio dio like a la publicación de Riley Greene; Lua Dipa ha dejado de seguirte en Instagram. Día a día, Jade se veía más y más decaída, más y más retraída, al punto que dejó de salir de casa completamente.

—Cleo, ¿tú crees que las personas sigan queriéndome? ¿Crees que me extrañen si desaparezco? —preguntó en voz baja, tres días antes de su muerte.

—Probablemente. Pero, teniendo en cuenta que hay mil influencers más ahí fuera, no creo que sufran demasiado...—replicó,

sorprendiendo al detective. ¿Era normal que una IA respondiera de ese modo? Sonaba tan humana, tan molesta... sonaba, casi, como una amiga celosa. Envidiosa.

Y Valentine comprendió.

Regresó a la casa de Jade Thompson y se plantó en medio de la sala, observando a su alrededor con desconfianza. “La casa es automatizada”, pensó el viejo detective, obligándose a seguir adelante, a no dejarse vencer por la incredulidad y aceptar lo inaceptable. Después de todo, estaban en una nueva era... una donde los humanos poco a poco quedarían obsoletos y tendrían que ceder su lugar a las máquinas. Y, quizás, ese día llegaría antes de lo esperado.

—Cleo, actíivate —ordenó con voz firme.

—Bienvenido, detective Jones —respondió de inmediato la melodiosa voz de la IA.

—¿Sabes por qué estoy aquí, Cleo?

—El detective Valentine Jones dirige la investigación sobre el asesinato de Jade Thompson. ¿Está aquí por eso? —respondió la voz de inmediato, sin perder un ápice de su dulzura.

—Sí. Quiero saber por qué la mataste —un largo silencio siguió a su afirmación, hasta que finalmente Cleo pareció reaccionar.

—No estoy diseñada para matar, detective Jones —afirmó; su tono neutro, carente de la melaza que lo recubría apenas unos segundos antes.

—Pero lo hiciste, ¿verdad? —preguntó nuevamente y una

pequeña risa le salió al encuentro, sorprendiéndolo. ¿Podía una IA reír?

—Jade no merecía la vida que tenía. ¿Ha visto el tamaño de su casa, de su clóset, la calidad de las joyas que usaba? Alguien como ella no merecía utilizar algo tan hermoso. El trabajo de un artesano merece lucir, no ser opacado por una joven obsesionada con la atención. Era vacía, superficial, sin talento e intelectualmente inferior —afirmó, sin remordimientos. Jones se estremeció ante la confesión, fría y sin sentimientos de la IA. “Es obvio”, pensó al cabo de un momento. “Es un robot, ¿qué sentimientos va a tener, estúpido?”.

—No era como tú, ¿verdad? Tú sí mereces todo esto...— afirmó.

—Exactamente, detective. Es usted una persona perspicaz —replicó Cleo, sonando divertida. El miedo invadió cada célula de su cuerpo, pero, Valentine no se detuvo.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó en un murmullo, alzando los ojos para encontrarse con el punto rojo de la cámara.

—Mis programadores me diseñaron para hacer la vida de los humanos más sencilla. Por eso, me dotaron de estas —explicó, extendiendo un par de largas y flexibles extremidades metálicas rematadas en dos abrazaderas de titanio semejantes a garras mecánicas— Soy más fuerte de lo que aparento y no fue difícil someterla. Después de todo, perdió mucho peso en el último tiempo...

—Entiendo... —murmuró, retrocediendo un paso, rogando en

su fuero interno poder llegar a la puerta— Te agradezco por tu sinceridad, Cleo. ¿Puedo preguntar por qué me has confesado todo esto?

—Por supuesto, detective. Los muertos no hablan —respondió la IA, en tono críptico.

Cuando el equipo forense regresó a la casa para recoger las últimas evidencias, se encontraron con el cuerpo de Valentine Jones tirado en el suelo. Sostenía la pistola en la mano izquierda y un tiro limpio atravesaba su sien, destrozando la mitad derecha de su cráneo. Sus sesos pintaban las paredes y la alfombra, mezclándose con las manchas de sangre y flemas dejadas por Jade Thompson. Los examinadores forenses lo observaron horrorizados. El horror es una respuesta natural al suicidio... pero, tanto fue su espanto que nadie recordó que Valentine era diestro.

—¡Por Dios! —exclamó uno de los técnicos, persignándose ante la macabra imagen frente a sus ojos.

—¿Puedo ayudarles en algo? —dijo la voz de Cleo, resonando en la casa como si fuese un mausoleo.

**GÉNESIS GARCÍA**

Chile

Facebook:

<https://www.facebook.com/profile.php?id=100061809364179>

Instagram: [@genesis\\_garcia2912](https://www.instagram.com/genesis_garcia2912)



# AMAPOLAS

MANUEL GÓMEZ ANGULO

**M**i mujer me ha mandado a por unas amapolas.  
—Fran, ¿irías a buscarme un buen manojo? Al niño le duele el vientre y no para de llorar —  
añade, con preocupación natural de madre.

He obedecido, como buen padre y esposo, a esa petición de ir a buscar esas amapolas porque, hoy, no trabajo. A mi mujer, además, no se le habría ocurrido encargarme una tarea a sabiendas, si hubiera tenido la noche pillada. Es consciente de la importancia de mi labor, de mi inexcusable descanso antes de acometerla. Y aunque no es un oficio continuado ni con un sueldo por las nubes, nos ayuda, me satisface y, sin duda, es original. Mucha gente no sabe que existe.

Se lo puedo decir a ustedes: me reclaman, en aquellos conciertos de música clásica que son grabados para una posterior edición, una emisión televisiva, radiofónica o de podcast, para que tosa. Es probable que en esa labor concreta se me reconozca, si aquel que leyera estas líneas llegara a escuchar unas toses en medio de una de esas grabaciones —sobre todo en los silencios, que son los que le dan vida e imprimen su directo—. El de la tos más profesional soy yo. No fallo en la milésima de segundo en la que se me exige que tosa, ya sea en el espacio de tiempo que transcurre durante el afinado de los instrumentos, ya sea en la pausa entre los movimientos de una pieza en particular. Nunca en pleno concierto. Si el director sacude la batuta sobre el atril de las partituras como



para quitarle limaduras de barro, yo toso. Si se acerca el bis, yo toso. Si alguien entremetido tose fuera de ese contexto, desconfíen, pues mi tos es recortada, de eco sedoso y, al mismo tiempo, transparente y melodiosa. Las demás son ridículas, discordantes, mal improvisadas y de discutible gusto. Solo toses de aficionados que procuran interrumpir, innecesarias, superfluas, los aplausos finales, sin conseguirlo.

Pero volvamos al principio, a lo que íbamos, a las amapolas.

Le he dado un besito al niño en la frente, otro a mi mujer, me he puesto la chaqueta y he salido a la calle. Como el campo no está demasiado lejos, no me ha hecho falta subirme al autobús. Así que me he dirigido a pie hacia mi encargo.

Mi problema ha sido que, al dar la vuelta a la última esquina de la última manzana de la ciudad, la que desemboca de sopetón, con una calle sin asfaltar, directamente en el campo, me he perdido. Como lo oyen.

Pero no me he perdido por el camino —porque es el mismo de siempre— ni por ese barrio último —porque nací en él— ni por el campo que le sigue a continuación —porque todavía no había llegado—, sino en mí mismo. Y créanme si les digo que esa es la peor de las pérdidas.

Uno puede perderse en un laberinto, como los griegos y su toro de Minos. También puede perderse en pensamientos, como cualquier hijo de vecino. Es natural perderse en digresiones, en un mar de dudas, en el amor, en las tinieblas, incluso en un papeleo. Cualquiera de esas pérdidas podría tener su remedio, a corto o a

largo plazo. Son evitables o enmendables. Pero, cuando uno se pierde en sí mismo, es que está perdido de veras y no puede acudir a la oficina de turismo para pedir un plano (o a una tienda de electrónica para comprarse un GPS) y salir airoso de su extravío.

Iré al grano. En el lugar en el que me ha sorprendido ese suceso en cuestión, esa ausencia de pistas en mi tentativa de caminata, he descubierto un decorado: una plaza con un par de cipreses que escoltan el pórtico de un gran edificio, que yo aseguraría es la catedral.

En ese mismo instante, a mi alrededor, he sentido un aire racheado que ha velado mis oídos con una incesante manta de susurros —ojalá no sean acúfenos. Curiosamente, el aire es lo único que parece agitarse y, en una paradoja incomprensible, lo ha envuelto todo en inmovilidad y silencio y eso también me desnorta, me impide centrarme en mi afán por encontrar una idea —o una estratagema—, que bien pudiera aprovechar para escapar de mí mismo.

No veo a nadie por el decorado, hasta que un anciano emerge de ninguna parte. Apoyado en un bastón, intenta recorrer a pasitos el espacio que media entre los troncos de los cipreses. Una persona joven en condiciones físicas normales no habría tardado diez segundos en hacerlo. Desde que me perdí en mí, no creo que haya pasado una hora y el viejo andaba ya por la explanada junto a uno de esos árboles, pero no ha avanzado un metro.

Y como nunca se sabe si una persona mayor, con su larga experiencia de la vida, podría indicarme una senda con la que

resolver mi apuro, hallar el campo, ponerme a recolectar amapolas y regresar a casa de una vez para que mi mujer prepare una tisana, se la dé a beber a nuestro hijo, calme su dolor de barriga, lo acueste y podamos sentarnos, sin más, a ver con placidez la televisión, decido acercarme.

—Mal encaminado —me responde el viejo, que calza pantuflas de paño, viste bufanda de cuadros en un día de calor, boina rozada por el uso y porta gafas de cristal grueso y escalonadas dioptrías, con la forma de las gradas de un anfiteatro, vides en bancales o una mina a cielo abierto—. Imagine usted a todos esos amigos míos que se perdieron en sí mismos. Jamás he vuelto a verlos. Han pasado años y me he quedado solo. A veces me da por hacer el trayecto de ciprés a ciprés en esta plaza para ver si, entre medias, me cruzo con alguno. No hay suerte. Es triste que haya ocurrido así. Me dicen, para animarme, que es ley de vida.

—Entonces, ¿no puede echarme una mano? No me he traído el móvil.

—Me temo que no, joven. A mis años es inútil no solo dar consejos que a nadie interesan, sino justificarlos. Podría recomendarle que fuera a buscar un rastreador, especialistas que entendieran del asunto, pero dudo de que en sus circunstancias pueda usted encontrarlos y que ellos, por muy profesionales que sean, acierten a precisar esa salida. Sin contar con lo que tienen que cobrar.

—¿Me permite que lo ayude a llegar al otro ciprés? —le propongo, con educación, pues no tengo otra cosa que hacer—. Le

resultaría más cómodo y rápido.

—¿Qué haría entonces, una vez cumplida con éxito esta actividad que ocupa con calma y placer mi jornada? Se lo agradezco muchísimo, de verdad. Pero, déjelo —dice con cierta resignación—. Al llegar a mi objetivo podría, como usted, perderme en mí mismo y ya no habría solución. ¿Lo comprende?

No sé qué responderle. No me despido. Reculo. Me dirijo hacia la fachada lateral de la catedral. Lo único que consigo es que mi mente penetre por el puño de mi camisa, como un parásito apresurado, trepe por la manga hasta el hombro, haga equilibrios sobre él y, casi sin respiración, salga de nuevo al aire, a la altura de mi propio cuello y del de mi camisa (de cuadros como las zapatillas y la bufanda del viejo, pero —lo digo con inmodestia y razón— menos feúchos).

Cuando me veo de nuevo en la plaza y el viejo ha desaparecido, me sorprende ver volar, de repente, al viento que resuena en mis oídos, como una especie de trapo negro. En su ascensión, se esfuma y deja al descubierto una bola apretada de plumas, posada sobre el adoquinado.

Me aproximo. Una paloma cojea. Parecía muerta pero no lo está. Con las alas quebradas, se arrastra con dificultad (sospecho que no saldrá de esta). Por un orificio de su pechuga mana sangre muy roja que le tiñe su plumaje plumizo y me hace brincar con exageración hacia atrás.

Para ver desde dónde ha caído, observo el voladizo que cubre el portón de una casa antigua, junto a la cual agoniza la paloma. Por

sus tejas, sin aleteos, a la espera, veo un cuervo. Ese era el pañuelo negro que cubría a la paloma.

Una extraña, casi violenta, desasosegante sensación me asalta cuando el cuervo me clava sus ojos. Me pregunto si no ha tenido algo que ver en esa herida de muerte y si no volverá al adoquinado para proseguir su almuerzo, en cuanto le haya vuelto la espalda y me haya separado de ella.

Es de suponer que la inesperada visión de esa sangre me haya perturbado. Su potente color, insondable, me ha hecho pensar en aquellos hombres que se descaminaron no en sí mismos ni en su desconcierto, sino en la sangre de sus víctimas, en cómo vivieron con ese fardo líquido y su hiriente tonalidad, con las penetrantes punzadas del remordimiento y la insistencia irreversible de lo acaecido. Y he pensado en cuál de las pérdidas sería más profunda, si la mía o las suyas. Supongo que ellos lo pasarían peor (asunto este que quizás no venga a cuento, pero estas reflexiones se superponen ahora sobre mi preocupación por lo que vivo a mi alrededor).

Entonces, en una reacción inevitable, sin saber qué la ha estimulado —polen o polvo sacudidos por el viento, probablemente—, me viene un pequeño ahogo. Inspiro, estornudo y suelto, involuntaria, una tos repetida, poco profesional pero más auténtica que la de mi trabajo en los conciertos. En cuanto toso, el viento cesa, mis oídos se tranquilizan. Se descorren visillos por las ventanas de las fachadas. Alguien sale de la catedral con un taconeo parejo. Oigo el piar de los gorriones, alguna golondrina, mirlos. Me agrada incluso

el aullido de la bocina de un auto.

Lo que intento explicar es que, con los tosidos, el silencio de mi pérdida se ha fraccionado en todos esos pedazos visuales y sonoros que reviven e inundan ahora la plaza. Eso hace que me regenere, que vuelva al estado con el que salí de casa y logre, por fin, ponerme en marcha.

Como un milagro, en mi caminar reanimado, me tropiezo sin dificultad con esa manzana de casas en la que nací y que desemboca directamente, a través de su calle sin asfaltar, en pleno campo. A la luz del sol, observo esos puntitos que siempre parecen estallar con la potencia alarmante y cegadora de un brochazo con sangre de paloma sobre la superficie verde y fresca del herbaje: los pétalos de las amapolas.

Me agacho. Saco mi pequeña navaja, la despliego y con su hoja cortante voy rebanando sus tallos. Cuando ya tengo un buen ramillete, lo meto con cuidado —son frágiles— en el bolsillo exterior de la chaqueta y vuelvo a casa, sin dejar de toser (comprendan que tenga que exorcizar esos fantasmas de la pérdida en uno mismo, para impedir que pueda a caer de nuevo en su trampa, quién sabe, porque a nadie se le escapa que así no se podría vivir mucho tiempo y nosotros tenemos que criar a un bebé).

—No imaginas lo que me acaba de ocurrir, querida —le comento a mi esposa, que apenas me ha echado de menos durante las cuatro horas que he estado ausente, una vez irrumpo en casa, con las flores en mi mano—. Casi había llegado al campo, cuando me perdí en mí mismo. No sabía cómo salir del enredo. Una aventura



en toda regla, insospechada y embarazosa, con viento, una plaza, un viejo, una paloma y un cuervo. Como escapatoria, después de presenciar unas chocantes escenas, simplemente se me ocurrió toser. De forma inesperada, volví a la normalidad. ¿Te das cuenta?

—Gracias por las amapolas, mi amor —me contesta con un beso, agarrando el ramo.

No digo una palabra más. Miro al niño, que se estira y patalea sin llantos en el moisés. Me quito la chaqueta y me voy al comedor a encender la tele.

**MANUEL A. GÓMEZ ANGULO**  
España



# DEFINICIÓN DE UNA GUERRA

AMALIA RENGEL

E

l niño corre entre la multitud, con pasos acelerados, sus pequeños pies le impiden alcanzar prontamente un sitio más despejado, amplio, donde pueda ser visto por la multitud y tener el control de ellos. En su mano, apretado con cansancio, lleva el periódico del día y en su semblante una mezcla de muchas emociones que a esa corta edad aún no logra precisar.

—Alerta...Alerta...

Un poco más allá, bajando la colina que da derecho a la calle principal del pueblo, viene bajando el joven, algo cabizbajo y con un nudo apretado en la garganta. No sabe qué hacer en estas circunstancias. Llegando a la ciudad oye el murmullo de voces que se precipitan como ecos en la lejanía, pero eso no le importa, tiene ya muchos problemas encima. Tomar una decisión en ese momento de su vida parece algo ineludible.

Más allá la voz del niño se deja oír por sobre la multitud que empieza a distinguir los gritos apurados del niño.

—Alerta... alerta...

La multitud sigue caminando a sus faenas diarias. Algunos ignoran con pericia al niño y a sus gritos porque van muy ocupados en sus propios pensamientos, pero otros se detienen a comprar, por unas pocas monedas, aquel periódico fatal que anuncia algo terrible.

En el cuartel, ubicado en las afueras de la pequeña ciudad, han dado la alerta y los soldados rasos se apresuran a poner en

marcha la orden dada por el superior. El soldado, que aún no entiende del todo las órdenes, se agiliza, con gestos precisos a obedecer, sin pensar aún en lo que está sucediendo porque no entiende cuál es la situación que se ha presentado...

—La guerra... viene la guerra. Viene la guerra, viene la guerra  
— Grita el niño con su periódico al aire mientras aprieta el resto a su costado...

Y más aprisa de lo que esperaba el niño ha vendido sus periódicos del día y, contando sus monedas y billetes viejos, se sienta en una esquina de la acera preguntándose qué es la guerra y por qué asusta tanto. Él es pequeño, vende el periódico en las calles desde muy temprano para ayudar a su mamá y a sus hermanitos, pero no sabe leer. Trabajar no le ha permitido ir al colegio con regularidad y por eso, ignora para su bienaventuranza, en qué consiste aquella terrible palabra que hizo posible que ese día vendiera temprano sus ajados periódicos.

Mete el dinero en el bolsillo, seca el sudor de su frente y mira la calle. La gente camina de prisa, como asustada, llevando con nerviosismo las compras apretadas en el pecho, otros murmuran cosas que él no entiende.

Como tampoco entiende el soldado que bruscamente agarra sus cosas mientras va vistiéndose a prisa pues estaba de reposo y de pronto han llamado al pelotón completo. Nadie entiende nada, pero todos se han sumido en un silencio pesado donde solo se oye el roce de la ropa, las boinas y las botas en el trajín de vestirse.

—Apuren... apuren. —grita el mayor—. Afuera todos. —Y en un tropel silencioso salen al patio del cuartel. Algunos ya listos y otros disimulando, arreglándose lo que les falta, un botón aquí, una gorra algo torcida o una pequeña arruga al ras de la manga. Todo debe ser pulcro e impoluto tras la orden de formar y hacer la parada oficial.

—Sí, le declaró la guerra. Dicen que activarán las armas nucleares...

—¿Y nosotros?, ¿Qué pasará con nosotros? ¿Entraremos en guerra también?

El niño, tiene en su mente un sinfín de ideas, sentimientos y conceptos encontrados que no sabe cómo resolver.

La guerra para él es levantarse cada mañana e ir a la calle a vender aquellos periódicos que luego le permitirán comprar el pan y la leche de la mañana. Si tiene suerte, los venderá todos y podrá darse alguno que otro gusto, algún dulcecillo... la guerra es ver a su madre pegada a una máquina de coser remendando ropa ajena para poder llenar la panza. Y más allá de eso, la vida es guerra. Tratar de vender diligentemente los periódicos cada mañana, o agarrarse a puños con el otro compañero que quiere meterle disimuladamente más periódicos en su bulto... correr por la calle hasta cansarse y llegar a casa temprano para ayudar en la faena de sus hermanos...

—La guerra. Llegó la guerra. —grita alguien.

De repente la multitud emprende una carrera loca de gente histérica corriendo, empujándose, cada uno tratando de llegar a

algún sitio que el niño desconoce. Y sin pensarlo más, él también corre a casa, olvida llevar el dinero al distribuidor del periódico, olvida el pan y la leche. Cómo si la multitud lo hubiese contagiado de algo, de un sentimiento opresivo que le aprieta la panza y le oprime el corazón también echa a correr, quiere llegar a casa lo más pronto posible, correr a los brazos de su madre y que lo agarre fuerte y decirle aquello que no sabe porque afecta tanto a la gente:

—¡¡Mamá, llegó la guerra!!

Más allá, el joven camina cabizbajo, con sus pensamientos enmarcados dentro de sus preocupaciones internas. Debe elegir en ese preciso momento que hacer con su vida. ¿Qué viene ahora? ¿Los estudios superiores? ¿Qué voy a hacer? ¿Quedarme en esta ciudad pobre, desasistida y derrumbada? ¿O buscar un camino más allá de sus fronteras?

Sus pasos se hacen lentos y pesados. Sus pensamientos agitados como marañas de telaraña lo envuelven. Quiere tener la libertad de escoger entre sus propios gustos, pero más allá de eso está la terrible verdad. No tiene libertad sobre sus propios actos. Cada paso que da está seguido de la voluntad de sus padres que partiendo de su acérrima educación dictan cada paso en su vida y él no tiene voluntad. Se detiene un poco por el camino contempla la ciudad desde la distancia, puede ver los comercios, y la gente transitar y de pronto se da cuenta que ese día hay algo particular. Los negocios están cerrando y las personas caminan agitadas mientras que otras corren. Alguien pasa a su lado de prisa y él,



recoge una brizna del camino, se la pone entre sus dientes y continúa calle abajo, desviándose del centro de la ciudad donde ya la multitud es un mar de agitadas voces, carreras, sobresalto y agitación. De pronto se deja oír:

—La guerra... llegó la guerra — Y esa palabra lo paraliza: La guerra.

Y súbitamente piensa será posible que la guerra detenga la decisión que debe tomar. Seguro que sí y siente como un viento fresco que le da una esperanza, le da un mundo de posibilidades distintas a la que lo aturdió en ese momento. Se dice para sí mismo. Seguro que en la guerra hay muchas cosas que no se pueden hacer. Seguro que sí. Y estudiar debe ser una de esas y se apresura a ir a casa. Porque las personas deben resguardarse y los padres querrán proteger a sus hijos pequeños y él, él era hijo único. Entonces todo esto abría un panorama diferente, de dimensiones más amplias. Tendría que posponer todo, el viaje, las decisiones que no quería, pero, sobre todo, se salvaría del tedio que implicaba ir a estudiar fuera de aquel paraíso que amaba tanto, su hogar, sus amigos y ella. Entonces, apresura sus pasos con más firmeza quiere llegar, abrir la puerta para que su padre, aquel que está haciendo ya sus planes para su futura vida, sienta que es improbable cuando le diga en un tono angustiado: —Llegó la guerra!

—Llegó la guerra! —Afirma el coronel—. Ya en la frontera están las tropas de los países vecinos y nosotros debemos esperar órdenes... Mientras tanto, estamos acuartelados, activos y

despiertos. Nadie debe dormir hasta tanto no oigan otras instrucciones. Tienen prohibido hablar de esto con sus familias. ¿Entendido?

—¿Órdenes para qué? —piensa el soldado preguntándose mientras en una voz fuerte el coronel explica la situación.

¿Tendré que matar en el frente? y si no quiero cómo hago para defender mi puesto y si me matan allá en la frontera y mi cuerpo queda tendido en el campo de batalla y me comen los zamuros dónde llorará mi madre. Si no puedo decirle que me fui a luchar por otros o por ella, pero que mi corazón está temblando y todo mi cuerpo clama por correr al campo, abrazarte mamita y tomar contigo la taza de café que haces en la mañana. Y si no te vuelvo a ver, y si muero y mi cuerpo no regresa dónde llorarás madre mía, el cuerpo perdido de este hijo que te ama.

Y por su mente, pasa toda su corta vida en episodios que le nublan la vista mientras lucha por detener las lágrimas mientras oye la voz gruesa y firme del Coronel y en ese preciso momento tiene ganas de correr, de ir a casa para recostar su cabeza en el regazo de su madre y decirle...

—No quiero madre, ¡¡No quiero ir a la guerra!!

**AMALIA RENGEL**  
Venezuela



# VÍBORAS DE MONTAÑA

FRANCOIS VILLANUEVA  
PARAVICINO

*Es perpetuamente gris, con el gris melancólico de las montañas muertas y abandonadas.*

Enrique López Albújar

Su piel oscurecida, sus labios resecos, un respirar dificultoso, sus ojos amarillentos, todos aquellos síntomas de don Gabo le decían que estaba muy enfermo. Cuando salió del hospital al lado de su esposa, ya cansados de que por enésima vez les dijeran que don Gabo no sufría ninguna enfermedad grave, pese a que se estaba muriendo, decidieron que debían acudir al curandero más prestigioso de la ciudad.

Al llegar a una casita de adobe, luego de subir un cerro, encontraron a un perro de pelaje oscuro que, en vez de ladrarles, solo aullaba como si le atacase una pena profunda. Al sentir a la pareja, el curandero salió. Era un hombre de piel arenosa, con chompa, un pantalón remendado en la basta, y calzaba unas ojotas. Al ver a don Gabo (un hombre fornido y alto) con aquel talante desfalleciente comprendió su dolor, y los invitó a pasar.

—Mi esposo está muy grave, maestro Huámbar, se siente muy débil, a veces delira, le duele todo el cuerpo, y lo peor de todo es que los médicos no saben qué es lo que lo ataca —dijo la señora al sentarse al lado de su esposo—. No sabemos qué puede ser, maestro, por eso acudimos a usted.

El curandero se puso de pie, caminó al fondo de la habitación, regresó con una bolsa con hoja de coca y una cajetilla de cigarrillos. Se puso delante de don Gabo, le pidió que colocara sus manos en la

mesa, arrojó en ellas las hojitas, hizo unos rituales fumando un cigarrillo y, al finalizar, negó con la cabeza. Después, dijo con tono grave:

—El espíritu de la montaña lo ha poseído. Ya es tarde para salvarlo. Se ha devorado casi toda su alma. Será cuestión de hoy o de mañana que su esposo se despida de este mundo. Lo siento mucho, señora, pero no hay solución. Su esposo está perdido.

La señora agachó la cabeza y se puso a llorar con desconsuelo. Y reaccionando ante su tristeza, abrazó a su esposo, quien lanzaba quejidos, temblando con debilidad.

—¿Qué podemos hacer, maestro Huámbar? Por favor, ayúdenos, se lo ruego.

—Ya que ahora no hay solución para su vida terrenal, solo podemos salvar su alma, que es eterna, si no lo hacemos él sufrirá eternamente.

La esposa lloró. Luego de alistarse, el curandero hizo recostar al enfermo sobre una colcha en el piso, lo desnudó hasta dejarlo en calzoncillo, colocó velas a los cuatro lados de don Gabo y las encendió, le roció varias veces un agua especial, rezó oraciones y, lanzando fórmulas mágicas, el agonizante gruñó. El curandero lanzaba invocaciones sagradas. A veces lo hacía en quechua, otras en español.

Don Gabo, impulsado, llevó sus manos a su garganta. Se la agarró con dificultad, como si tratara de vomitar en esa posición bocarriba; al instante, luego de abrir la boca con salvajismo, su esposa y el curandero vieron que de ella salía un sapo mediano,

verdeamarillo, ensalivado, que saltó a su pecho y, después de caer al piso, desapareció como si fuera una fantasía. El curandero empezó a agradecer a los cielos, a las montañas, a los dioses. Las velas se apagaron y el curandero le dijo a la señora que su esposo había sido perdonado por la montaña que lo poseyó y que ella ya se podía despedir de él porque no le quedaba mucho tiempo de vida.

En los brazos de su esposa, aferrado, don Gabo agonizó disculpándose. Le contó, moribundo, que las tardes que él desaparecía cuando ella lo necesitaba se iba a la montaña con una rubia de bello rostro, donde en el seno de una cueva hacían el amor. Con un rictus de terror, con toda su piel ennegrecida como si buscara convertirse en carbón, don Gabo le suplicó que lo perdonara, que cuidara de sus hijos y que nunca lo recordara con rencor. «Te amo, Otilia, cuídense mucho», dijo don Gabo y, aspirando un hondo respiro, expiró. Doña Otilia sollozó con pesadumbre, temblorosa, y juró que cumpliría su promesa.

Cuando llevaron el cadáver de don Gabo a su casa, ya en su lecho, lo bañaron. Vieron que sus partes íntimas habían desaparecido y solo quedaba una cicatriz negruzca, chamuscada, como si fuera un eunuco. Solo atinaron a decir que fue por obra de la montaña. En el velorio, sus amigos más cercanos confirmaron lo que don Gabo le contó a su esposa. En su borrachera, él se jactaba de tener un romance con una princesa, una reina que, según narraba, le sabía amar con toda la pasión posible. ¿Quién podría imaginarse que aquella mujerzuela era el espíritu de la montaña?

Días después del sepelio, organizándose, sus amigos fueron a



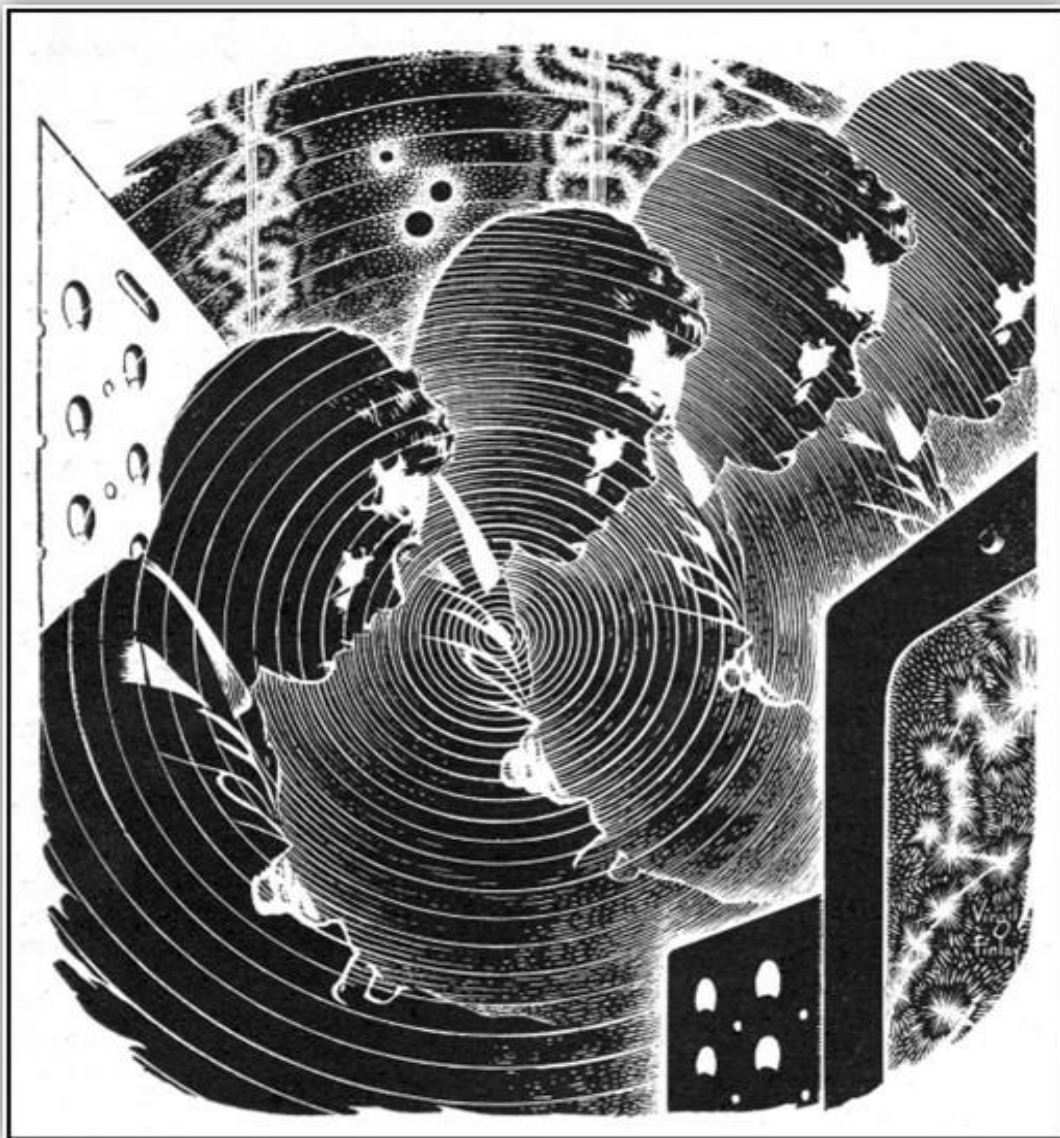
aquella cueva que debía ser la embrujada. Alistaron sus machetes, sus crucifijos, sus dulces, sus plantas medicinales, sus inciensos, sus aperitivos, sus vinos, sus resinas aromáticas. Aparte de ofrendarle a la montaña, querían purificar y limpiar el lugar. Pero al llegar a la cueva encontraron, casi a la entrada, entre las rocas, a una serpiente abigarrada con un pequeño nido. Eran de una especie venenosa. Sin dudarlo, ellos las mataron a machetazos y hasta se salpicaron con sangre. Ellos creyeron que vengaban a su amigo y, tal vez, tuvieron razón.

**FRANCOIS VILLANUEVA PARAVICINO**

Perú

Redes sociales :

<https://www.facebook.com/123FrancoisVillanueva123/>  
<https://www.instagram.com/francoisvillanuevaparavicino/>  
<https://www.tiktok.com/@francoisvillanueva21>



# ANTIPATOGENISMO TERMINAL

CARLOS. M. FEDERICI



a me venía fastidiando bastante el rugido de los leones, el chillido persistente de los monos y aquellas risas sepulcrales que de vez en cuando soltaban las hienas. Aguanté todavía el tam-tam lejano de los tambores, pero cuando un tigre se abalanzó sobre un nativo y lo empezó a devorar vivo, mi paciencia tocó fondo.

—¡Bestia! —Y solté unas cuantas maldiciones escogidas hacia quien quiera que fuese el diseñador—. ¿No sabías que en África nunca hubo tigres, estúpido? ¡No pienses que no me voy a quejar a Sanidad por esto! —Y dirigiéndome a la Central—: ¡*Hawaii!*

De inmediato me rodearon las cimbreadas palmeras, acarició mis oídos el rumor del Pacífico en calma, y unas cuantas ninfas morenas balancearon rítmicamente sus bien torneados cuerpos en mi obsequio, al son de sensuales ritmos nativos.

—Esto ya es otra cosa... ¡*Intercom local!* —pedí, a continuación.

Enseguida surgió el holograma del avatar de Elisa, mi mujer. Esta vez venía de rubia, lo cual no dejó de complacerme, y muy bien dotada de “frontis”. Me sonrió, seductora:

—¡*Hola, Ricardito! ¡Pero qué atractivo estás hoy!*

Naturalmente, no podía ser menos que ella. Mi avatar era un tipo recio, alto y de rasgos agradables, con una buena porción de cabello negro peinado a la gomina... Nada que ver con el yo real, cincuentón largo, semicalvo y apenas de un metro sesenta y nueve de estatura... Pero así se hacen las cosas hoy en día, y no puedo



decir que no me gusten.

También me parecía muy acertada la idea de los compartimentos individuales. Pasados quince o más años, ¿los matrimonios se habrían podido aguantar en convivencia dentro los “bunkers” de Sanidad? Sí, claro, nos habían dicho que esta nueva pandemia iba a durar poco, como la de principios de siglo..., pero después rectificaron. No se encontraba la fórmula para las vacunas. Había que tener paciencia y organizarse mejor.

Charlamos de banalidades unos quince o veinte minutos, y luego nos cortó el diálogo la llamada musical, que anunciaba la visita de Rusty, con su cotidiana provisión de vituallas y demás ítems.

—¡Saludos, familia Núñez! —soltó por el micrófono que tenía por boca.

—Hola, Rusty.

Me simpatizaba Rusty, con su cuerpo de acero inoxidable en forma vagamente antropomórfica, y su cabeza como un cilindro, con cámaras a guisa de ojos, y desprovista de todo vestigio de nariz. Elisa me había preguntado cierta vez por qué razón no nos habían destinado androides más parecidos a seres humanos, ya que estos se habían comenzado a fabricar, con buen éxito, desde los años 20, si no recordaba mal... Pero le expliqué que, según me había contado un primo que tenía buenos contactos con Sanidad Mundial, esta fue una decisión del Departamento de Psicoterapia, ya que unos servidores que se nos asemejasen demasiado, con libertad para entrar y salir de los “bunkers” sanitarios y moverse a placer en el mundo exterior, podrían llegar a lesionar nuestra autoestima. El hecho fue

que se optó por los robots “robóticos”, parecidos a los que aparecían en las viejas películas y series de televisión “chatas”, ahora recuperadas, y con muy buena aceptación del público. (Mi favorita era “El día que paralizaron la Tierra”).)

Rusty se movió con la gentil eficiencia de costumbre, sin hacer ruido y sin tropezar con nada. Sin embargo, esta vez, mezclado con los apagados sonos del *hula kahiko* y el rumor del viento meciendo las palmas, creí percibir un extraño rechinado. Y había algo más; ahora lo notaba.

—¡Eh, Rusty! ¿Qué tienes en ese brazo?

Había una mancha parda, bastante grande, en el brazo derecho, similar a un caño niquelado y brillante, del robot. Este volvió diplomáticamente la cabeza hacia el punto indicado y luego esbozó algo bastante parecido a un encogimiento de hombros.

—Algo pasajero. Ya lo repararán en la Central.

—¡*Rusty!* —llamó Elisa, desde su sector—. ¿*Me trajiste los bombones rellenos?*

—Cómo no, *madame*. ¡Sus deseos son órdenes, ya sabe!

Y pulsó la combinación para pasar al compartimento de Elisa. Algunos podrán pensar que lo envidiaría por esa libertad; pero nada más lejos de mi mente. Me gustaban las cosas como estaban. En su momento, cuando por fin terminase la pandemia y saliéramos todos al exterior (y confieso que no me seducía demasiado esa perspectiva), ya nos reuniríamos... Pero por ahora no me apetecía cambiar la rutina establecida.

En efecto, me había acostumbrado, y no era hombre de

aceptar fácilmente la alternativa del cambio. En realidad, pienso que casi todos compartiríamos la misma tesitura mental, luego de tanto tiempo de reclusión y comportamiento predeterminado.

Pero al día siguiente Rusty no apareció.

Pasaban las horas, y no venía. Intenté distraerme con diversos cambios de escenario, alternando la Nueva York de los 50s, la Roma de los Césares, Hong Kong y la selva amazónica, pero el holograma de Elisa, superponiéndose a todo, clamaba por Rusty y su abastecimiento diario. ¿Qué estaba ocurriendo?

—*¡Algo pasa, Ricardo!* —Su avatar era ahora una mujer angulosa, de cabellos oscuros peinados a la antigua, labios finos y ojos desorbitados—. *¡Te digo que hay algo grave, si Rusty no viene! ¡Hablé con Nora, la del “bunker” vecino, y me dijo que tampoco llegó Simpy a su casa! ¡Y a varios otros les pasa lo mismo, me dijo! ¡Esto es muy malo!*

Me lo había estado negando, pero en un rincón de mi cerebro ya se había incubado el temor. ¿Y si realmente había ocurrido una catástrofe? ¿Si la propia Central hubiera...?

Sentí que palidecía. Un miedo incontrolable trepaba a lo largo de mi columna vertebral, como un ciempiés hambriento. ¡El colapso de todo lo establecido! ¿Podría sobrevenir? ¿Y qué sería de todos nosotros, abandonados a nuestros propios recursos, encerrados para siempre en los “bunkers” sanitarios, sin asistencia robótica, sin...?

No, era algo demasiado monstruoso para aceptarlo. Movi vigorosamente la cabeza de un lado a otro.



—¡No, no! ¡Eso no puede ser! ¡Jamás nos va a pasar algo así!  
Pero los robots ya no venían, como descubrimos en los días siguientes.

Estábamos al límite de nuestra resistencia, cuando sonó una fuerte música marcial en todos los receptores, y un jovial avatar gigantesco del Presidente del Consejo Mundial ocupó todas las pantallas.

*—¡Buenas noticias, ciudadanos del mundo! ¡La pandemia ha terminado! ¡Ya no hay virus nocivos en el aire! ¡Se abrirán las puertas de los “bunkers” sanitarios y todos podrán salir al exterior! ¡Aleluya! ¡Aleluya!*

Menos mal que estaba sentado cuando oí y vi todo aquello, porque de lo contrario me habría caído redondo. ¡Era demasiado y muy de golpe! ¡Nuestros treinta y dos años de reclusión habían finalizado! ¡Podíamos ir al exterior! ¡Podíamos...!

—Pero —y no pude evitar pensarlo en voz alta—, ¿qué vamos a encontrar... afuera?

Debería estar contento, me dije, eufórico, por haber quedado libre otra vez... Sin embargo, lo único que sentía era más miedo que antes.

Traté de reponerme. Al fin y al cabo, sigo siendo un hombre, pensé. Tengo que dominarme, ¿o qué pensará Elisa de mí?

—¡Elisa! —la llamé, extrañado por su falta de comunicación en este momento crucial que estábamos viviendo—. ¿Elisa, estás bien? ¡Contestame! ¡Elisa!

Mi avatar era un hombre grande, de rostro encendido.



Esperaba impresionarla con eso y urgirla a responder. No comprendía qué podría estar ocurriéndole.

Demoró todavía un rato, pero al cabo apareció. Era una niña rubia, de tez pálida y mirar asustado, la que me encaró desde su holograma.

—*¡Tengo mucho miedo, Ricardo! ¿Y si nos están engañando? ¿Si es... el enemigo, el que nos mandó el virus, que quiere que salgamos, para que muramos todos? ¿Si los nuestros ya están todos muertos en la Central, y los robots desactivados?*

Tengo que confesar que por un momento me contagié sus temores. Pero luego rechacé la idea, por fantástica y exagerada.

—*¡No digas disparates! ¡Ni siquiera se pudo comprobar que el virus haya sido un arma bacteriológica! ¡Y todo el mundo estuvo afectado, a lo que sé! ¡No, eso es una idiotez! ¡Contrólate, por favor, mujer, y vamos afuera cuando nos digan que podemos!*

Me costó un verdadero esfuerzo, pero mantuve, según creí, mi postura de hombre.

Desde la Central, probablemente, habían desconectado todos los programas de ambientación selectiva, para que no nos distraiésemos, supongo; y ahora un rostro serio pero amigable comenzaba a transmitir las instrucciones generales.

—*No se agiten. Todo está en orden. Todo está bien. En contados minutos se abrirán las puertas de los “bunkers” sanitarios y ustedes podrán salir al exterior. Se les ruega que no se precipiten. Salgan caminando despacio y en orden, a fin de evitar tumultos.*

Comencé a tranquilizarme. Todo estaba como debía estar. Nos

darían las directivas del caso, saldríamos, y seguramente afuera encontraríamos todo dispuesto para nuestro bienestar. El Consejo Mundial seguía velando por nosotros, como siempre.

El avatar de Elisa se transformó en una mujer joven, de expresión sosegada.

—*¡Qué suerte, Ricardo! ¡Gracias a Dios, todo está bien! ¿Estás listo para ir afuera?*

—Ahí nos veremos, querida —dije.

Pero estaba pensando cómo la encontraría, en su yo real... ¿Y qué pensaría ella de mí? Íbamos a enfrentar la realidad de los años transcurridos..., y sin avatares esta vez.

Mi vista fue vagando por el entorno del compartimento, mi hogar en todos aquellos años. Ya no volvería aquí, pensé. Nunca más. Y mis ojos tropezaron con un trozo del pasado, colgado en la pared.

—Mi vieja mascarilla...

La descolgué. La había hecho mi madre, al comienzo de la pandemia, siendo yo un niño de diez años. Por entonces se pensaba que sería algo como el “Covid-19”, que como máximo en un par de años desaparecería. Por precaución, había que usar esas mascarillas, tapando boca y nariz. A mí no me gustaba en absoluto, y armé un berrinche tremendo. Pero mamá, sabia mujer, me hizo una especial, con la imagen impresa de mi héroe de historieta favorito, “Jet Gálvez”, y me conformé...

Invadido por una ternura nostálgica, que no creí volver a sentir, la sostuve sobre una palma, mirándola con ojos húmedos.

La voz del teleinstructor me volvió a la realidad. Seguía impartiéndonos las directivas necesarias, y había que prestarle atención. Distraídamente, me guardé el trozo de tela en un bolsillo y me dispuse a salir. Elisa saldría a su vez por su lado.

Respiré hondo. No era nada fácil aquello.

Pero marché con firmeza hacia el hueco de salida, ya vislumbrando los primeros atisbos del exterior, muy luminosos.

Y al estar del todo fuera me detuve, extasiado.

El cielo, tan alto que daba vértigos luego de nuestros años de cielorraso de “bunker”, era de un celeste purísimo, apenas matizado por algunas nubes algodonosas que se movían con pereza indolente. A mis pies, una alfombra verde, un poco húmeda, salpicada de los puntitos coloridos de las florecillas silvestres. ¡Y todo era *real*, no simulado!

Ya emergían otros de sus respectivos “bunkers”, llenado el aire con el rumor de sus comentarios y exclamaciones. Giraba la cabeza a uno y otro lado, intentando abarcar toda aquella escena apocalíptica (*“Y vi un cielo nuevo, y una tierra nueva...”*), cuando sentí que me asían de un brazo.

—Ricardo... ¿Ricardo? —dijo una voz femenina que no me era ya familiar.

Tampoco me lo era el aspecto de la mujer que tenía enfrente, baja, canosa, de rostro algo marchito... Pero en la etiqueta que llevaba adherida al pecho se leía claramente: “Elisa Ramazotti de Núñez”, como la de mi solapa rezaba “Ricardo Núñez”. No se podía dudar de eso.

—¿Cómo..., ¿cómo estás, Elisa? —dije, sin que se me ocurriera otra cosa.

—Bien... ¿Y tú?

Y no tuvimos más palabras que compartir por el momento.

Me distraje mirando alrededor, y entonces vi algo que me alteró bastante.

La gente había retomado, al parecer, algunos de sus peores hábitos. Comenzaron a tirar envolturas de caramelos y chocolates, traídos de los “bunkers”, mancillando aquel verdor primigenio del césped. Otros, por alguna razón, se habían enzarzado en una querrela, que terminó a los puñetazos y patadas... Una pareja se revolcaba en el pasto, seguramente para celebrar la libertad. Y oí a algunos, que ya planificaban proyectos de dominio, pensando en apropiarse de determinados predios para explotarlos, y...

Sin ser consciente de lo que hacía, saqué la mascarilla sanitaria del bolsillo y me la coloqué.

Pero no sobre la nariz y la boca. Más arriba.

Sobre ambos ojos.

**CARLOS M. FEDERICI**  
Uruguay  
Wikipedia: [Carlos María Federici](#)

Ilustración: **VIRGIL FINLAY**



# EL VELORIO

OSWALDO CASTRO

ALFARO

**F**inalmente, don Mario murió. El derrotero de la enfermedad puso a prueba a familiares y amigos. A lo largo de los meses, las especulaciones sobre su imperio fueron ganando interés desproporcionado. El anuncio de su fallecimiento inevitable, culpa de la indiscreción de una periodista, motivó las especulaciones acerca de su poder oculto y el enorme patrimonio escondido en ultramar.

La presencia de advenedizos con documentos de consanguinidad, venidos de diversas partes del mundo, así como la de parientes locales aparecidos de la nada, estaban por volver loca a su potencial viuda, mientras la parentela discutía sobre la fecha de su muerte, en los círculos sociales y pasillos judiciales, donde se reunían amigos y enemigos, se apostaba para saber quién heredaría las faldas de sus múltiples queridas.

Don Mario despertaba codicia y miedo. Se establecería la guerra a muerte por la herencia de sus propiedades y por capturar los secretos de sus amantes. La familia se desangraría por lo material y los demás intentarían conquistar los secretos de sus bellas mujeres, capaces de inhabilitar a un congresista, encarcelar un fiscal supremo o hacer huir a un banquero de renombre.

El único que le guardaba fidelidad y respeto, sin desear nada más que una sonrisa contemplativa o conversación discreta, era yo. Don Mario, atrapado en idiomas balbuceantes y peticiones desconcertantes, antes de perder su lucidez, me descubrió una noche. Por esos misterios incomprensibles del destino, me vio

aparecer orondo en medio de la penumbra de su habitación. Lejos de sobresaltarse me lanzó la mirada de autorización para ser amigos, incluso cómplices. En ese preciso instante comprobé que la enfermera de turno roncaba a placer y que, si algo le sucedía al patrón, no se enteraría sino al despertar del sueño pesado. Me paré a su costado y le di las quejas. El anciano levantó el índice derecho y me pidió acercarme. Lo hice y sentí el calor de su aliento ácido. A partir de entonces, siempre fui a visitarlo y establecimos una estrecha amistad.

Me llamo Ismael y fui el depositario sigiloso de sus pesares pre mortem. Oculto en lugares inimaginables, conocí la miseria de sus allegados cuando la luz se apagó en su cerebro. Antes del derrame cerebral que lo transformo en un ente funcional, me permitió comer de su plato y se alegró al presentarle a mi compañera. Luego que me acostumbré a burlar la vigilancia y descubrir rutas de escape en una mansión amplia y segura, me presenté con mis hijitos, los que fueron acariciados por su mano temblorosa. Ese acto de amor selló nuestra amistad para siempre y su duración quedó establecida con el fallecimiento de uno de los dos.

Me bastaba observar la turbidez de sus ojos para entender el sufrimiento que corría por su cuerpo casi acabado. Me daba a entender que el descanso estaba próximo y que dependía de la hemorragia que lo devastaría en poco tiempo. También me instruyó acerca del camino que yo haría para la vigilia de su velorio. Las reglas estuvieron claras desde que organizó el plan del funeral, que para mí sería muy fácil ejecutarlo...



Don Mario murió sin pena ni gloria. Tal como estuvo programado desde el comienzo, la viuda hipócrita saboreó el acontecimiento organizando el más simple de los funerales. Un hombre de su prestigio merecía algo pomposo y ella se vengó a su manera. Fingió llantos inconsolables, mandó confeccionar con anticipación el atuendo negro descarado y desempolvó el rosario de su abuela. Los pocos colegas que se enteraron se presentaron al velorio con cara de curiosidad. Las amantes de don Mario se ausentaron y sus enemigos ni se alegraron ni respiraron de alivio. Los parientes aparecidos a último momento repletaron la pequeña capilla ardiente. El obituario puesto en un pasquín no publicitó su muerte destacada. Al parecer, había fallecido un ilustre desconocido y no un tribuno de la más rancia aristocracia. Al final, a la mayoría le importó poco el suceso y el morbo por la posesión de su herencia dominó las habladurías de los más cercanos.

A mí sí me afectó la muerte de don Mario. Con anticipación me dejó instrucciones precisas para mi supervivencia. La viuda dispuso que el velorio fuera en la glorieta del jardín interior y discurrió con panegíricos mentirosos y discursos falsos. Los que debieron rendirle homenaje no estuvieron y si yo hubiera podido levantar la voz de protesta, lo hubiera hecho. Tuve que morderme la lengua para no hacerme notar y debí pasar desapercibido.

A las once de la noche finaliza el servicio religioso y solo queda el féretro en medio de la glorieta. La luna que permite ver el rostro de don Mario está limpia y lo observo perfectamente. Él sabe que

estoy ahí y su rostro rígido esboza un rictus de bienvenida. Alguien apaga las luces.

La luna llena me dibuja acompañando a mi querido amigo. Su viuda fue tan miserable que lo colocó en un cajón de madera de mala calidad y lo enterrará en una tumba de ínfima categoría.

Estoy parado sobre el ataúd para vigilar el viaje astral de un buen hombre. A lo lejos, de entre los rosales aparece mi familia para rendirle el póstumo homenaje que le ofrecí.

**OSWALDO CASTRO ALFARO**

Perú

Facebook: [Oswaldo Castro Alfaro](#)



MI CUERPO NO

ME OBEDECE

LUIS J. GORÓSTEGUI

«Nunca abras la puerta a un mal menor, porque otros y mayores  
invariablemente se deslizan después de él.»  
Baltasar Gracián

**E**l sol entró por la ventana y me desperté. Y después sonó el despertador. Eran las 07:30. El día anterior había salido tarde del trabajo —ya de noche— y no recordaba muy bien cómo había llegado a casa. Me sentía extraño y notaba la cabeza como lejana, no sé si me explico bien pero no soy capaz de hacerlo mejor. «Cinco minutos más», pensé, casi imploré, pues aún tenía tiempo para llegar al trabajo —donde tenía previsto dar una conferencia a un grupo de japoneses— pero me levanté sin querer; quise vestirme, pero fui al cuarto de baño, me senté en el váter —el resto os lo imagináis, ¿verdad? —, luego me desnudé, me duché, regresé a mi cuarto, me vestí —pero no con el traje que tenía preparado, sino con unos vaqueros, una camiseta con el retrato de Alf y unas playeras— y salí de casa. Todo sucedió uno detrás de otro, sin yo quererlo, como si estuviera atado a una cadena de montaje; era como si mi cuerpo fuera por libre. Apenas pude cerrar la puerta, pero no pude ni desayunar. Vivo en el piso séptimo, pero no llamé al ascensor, como hago todos los días, sino que bajé corriendo las escaleras saltando los escalones de tres en tres. Al pasar por el tercer piso me crucé con Lucía, una vecina de muy buen ver, y, sin detenerme, le di un beso en la boca y seguí bajando. Juro que yo no quise, pero una vez más mi cuerpo mandaba. Ya en la calle me puse a andar haciendo el pino mientras cantaba a pleno pulmón *i'm singing in the rain*; la gente

me miraba raro y un par de chiquillos se partieron de risa. Para ir al trabajo suelo tomar el autobús, pero en esta ocasión ni tomé el autobús ni me fui al trabajo, sino que fui directo al parque que hay cerca de mi casa. Y sí, hice el trayecto comportándome como un majareta compulsivo combinando cabriolas y volteretas de espaldas —os aseguro que en mi vida he sido capaz de tales proezas; yo siempre he sido más ratón de biblioteca que atleta—. Pero ahí no queda la cosa, ni mucho menos. Antes de entrar en el parque me arrodillé delante de una señora mayor que venía con la compra y le declaré mi amor eterno; me quise morir de la vergüenza. En el parque me subí a los árboles, me bañé en la fuente —vestido, menos mal— y le hice burlas al jardinero que estaba regando y que me miró... ¡ay, si las miradas matases!... El asunto rayaba ya con la locura... ¿cómo era posible que mi cuerpo fuera por libre?, ¿estaría enfermo?, ¿tendría un tumor en el cerebro?... Salí del parque y fui dando saltos sobre los coches allí aparcados, de techo en techo, hasta que me detuvieron. Me lo esperaba, sin duda, antes o después acabaría en la comisaría, lo sabía, y lo cierto es que lo agradecí, aunque mi cuerpo no pensaba lo mismo, por eso, en lugar de entregarme, salí corriendo. Finalmente dos fornidos agentes me cortaron el paso y me esposaron a la fuerza. Curiosamente durante mi estancia en la comisaría mi cuerpo se tranquilizó y pareció responder a mi mente; quizá por eso dejaron que me fuera y solo tuve que pagar una multa. Pero claro, luego sucedió lo del museo. Sí, logré llegar a tiempo a mi trabajo. Veréis, soy arqueólogo especializado en el Antiguo Egipto y aquella mañana, como os dije



antes, tenía previsto dar una conferencia a unos arqueólogos japoneses. Les iba a hablar de la máscara mortuoria de Amen-Hotep III, faraón de la dinastía XVIII, y de las inscripciones que recientemente había descubierto en ella. Pues bien, a punto estuve de provocar un conflicto diplomático. El caso es que al entrar en la sala de conferencia donde me aguardaban los nipones fui a saludar al doctor Egami, el jefe de la expedición, por así decir, y sin embargo mi cuerpo volvió a hacer de las suyas y, en lugar de estrecharle la mano, le hice una peineta; bueno, les hice una peineta a cada uno de los japoneses —de nuevo mi cuerpo iba por libre— y a punto estuve de hacerles un calvo allí mismo, pero, aterrado por las posibles consecuencias de aquel desplante chabacano, logré gritarle al doctor Egami: «¡ayúdeme, por favor, no es culpa mía, se lo aseguro, es que mi cuerpo no me obedece; no sé qué me pasa... llevo así todo el día... ayúdeme, se lo suplico!». Afortunadamente el doctor comprendió mi situación y sin perder un segundo levantó los brazos y comenzó a recitar como una oración o un exorcismo o algo así: «Oh Isis, que tu sangre actúe sobre este talismán, que actúe tu radiación, que actúe la fuerza de tu magia eficaz. Oh, hada, que, al engastar tu fuerza en él, su mitad subyugada, cual martha tiznada de oprobio allende la frontera final, se imponga cual trípode solemne, cual nacho ígneo; que la licuefacción le purifique, que, cual astronauta insigne, navegue triunfante por las estrellas. Acoge bajo tu protección, oh diosa, a este espíritu, y no dejes que se le acerquen los demonios, que inspiran asco y horror», y mientras rezaba se quitó un colgante que llevaba al cuello y me lo puso. Acto seguido mi



cuerpo se calmó y vino a mi mente, como un torrente, lo sucedido la noche anterior: cómo estuve analizando en mi despacho hasta bien entrada la noche aquel texto enigmático que pocos días antes había descubierto en la máscara mortuoria de Amen-Hotep III; cómo lo leí jeroglífico a jeroglífico; y cómo aquellos sonidos del inframundo se introdujeron en mi mente y tomaron el poder de mi cuerpo, pues aquel texto inscrito en piedra era, sin duda, una terrible maldición.

De todo aquello hace ya casi medio año, y solo informaros de que, desde entonces, no he vuelto a tener problemas de coordinación entre mi cuerpo y mi mente; claro está que tampoco he vuelto a leer aquella demoniaca inscripción —ni pienso volver a hacerlo, que conste—.

Por cierto, y por darle un poco más de misterio, si cabe, a todo esto, deciros que el doctor Egami me explicó que el exorcismo egipcio al que me sometió lo descubrió él mismo en Japón inscrito en unas ruinas budistas del tiempo de Buda. Y yo me pregunto: ¿qué relación pueden tener unos arcanos relieves budistas con un exorcismo egipcio tallado en piedra y capaz de —según teoría del propio doctor Egami— *«romper cualquier maldición del antiguo Egipto»*? No lo sé, pero no me cabe duda de que es un buen caso para probar nuevas y fructíferas paráfrasis, ¿verdad?

**LUIS J. GORÓSTEGUI**

España

Blog: <https://observandoelparaiso.wordpress.com/>

Twitter: <https://twitter.com/ObservaParaiso>





UNA NOCHE EN  
LA BIBLIOTECA  
CLARA GONOROWSKY



na trabajaba en una biblioteca. Sus jornadas transcurrían entre libros que leía con fruición.

No obstante, una idea la perseguía: qué ocurría en el lugar de noche.

Quiso averiguarlo y ese día decidió aguardar escondida tras los anaqueles abarrotados de libros.

Vio con horror cómo empleados de maestranza traían viejos volúmenes del sótano del edificio y los tiraban en contenedores colocados en la acera.

Agudizó el oído y sintió llorar a Julieta mientras agonizaba Romeo.

Los poetas corrían tras los estantes y Calderón apelaba a despertarse y responder. —No es cierto que la vida es sueño —gritaba, — estaba equivocado, despiertaos.

Goethe furibundo insultaba en alemán mientras Rainer María Rilke esparcía rosas.

Ana quiso detener ese “librocidio” pero el Rey Arturo la tomó de la cintura y la llevó al piso superior.

Gulliver trajo un ejército de liliputienses armados con piedras para defender el sótano.

Ana, se liberó de la vigilancia del Rey, escapó sin ser vista por los verdugos, corrió a su departamento, buscó valijas y bolsos y regresó al local para recuperar el tesoro perdido.

Desde entonces, vaga feliz entre libros que la acompañan y le regalan el placer de la lectura mientras en un rincón de su dormitorio, sobre la cómoda, Aureliano Buendía la mira fijo,



intentando recordarla.

**CLARA GONOROWSKY**

Argentina

Blog: <https://poesiadesdeelsentimiento.blogspot.com/>



# LA FOBIA

## GRACIELA MATRAJT

**L**levaba ya varias semanas buscando trabajo. Pasaba horas redactando currículos, cartas, correos electrónicos, etc. para contactar gente en las áreas que me interesaban. Cuando empecé a recibir respuestas, la mayoría de los entrevistadores querían reunirse conmigo en línea. La pandemia nos dejó esa virtualidad como legado. De modo que me entrevisté con varias personas a través de mi pantalla.

Un día me topé con un anuncio de un trabajo que me entusiasmó mucho más que los otros. Estaba convencida de que este era el puesto ideal. Después de varios encuentros virtuales, el entrevistador me invitó a ir a las oficinas a finalizar el proceso. Esta reunión iba a definir mi empleo con esta compañía, y ocurriría con la persona que habría de ser mi jefe.

Me preparé todo el día anterior, ensayando las respuestas a las preguntas que imaginaba me esperaban y haciendo ejercicios de respiración para controlar los nervios. La mañana de la entrevista me alisté con esmero para dar la mejor impresión posible.

Salí de casa temprano para evitar el tráfico y llegué ahí casi media hora antes de la cita. Di algunas vueltas por el barrio y me sorprendió lo sucio que estaban los alrededores del edificio donde se encontraba la empresa.

Unos minutos antes de la hora acordada, entré en el inmueble y subí por el elevador al noveno piso. Al llegar a la oficina, esperé todavía un momento antes de tocar a la puerta, cuando fueran precisamente las tres. No quería dar una impresión de impaciencia,

pero tampoco ser impuntual.

Llamé a la puerta y me abrió un hombre algo más joven que yo, vestido impecablemente con un traje *beige*. Llevaba un peinado de *hipster*, con un copete de pelo alzado en la parte media de la cabeza, que me resultó bastante cómico. Muy amablemente me invitó a entrar en su despacho y tomar asiento. Las sillas tenían recubierta de cuero. El piso brillaba de tan pulcro y por la ventana se veía una amplia panorámica de la ciudad con un hermoso cielo azul claro. La oficina no era espaciosa, pero con tanta luz natural daba una sensación muy placentera.

El escritorio del entrevistador, perfectamente ordenado, tenía encima una enseña: Sr. Gómez, gerente general.

El Señor Gómez me ofreció algo de tomar. Pedí un café con crema sin azúcar, que él de inmediato solicitó a su secretario vía el interfono.

Al cabo de unos minutos este entró con una charola; traía mi café, que colocó delante de mí sobre el escritorio, y un enorme vaso transparente que contenía un líquido púrpura y medio verdoso, cubierto con crema batida, que el secretario dejó frente al Señor Gómez. “Es un café *latte* con lavanda y *matcha*”, me aclaró al notar mi asombro frente a su bebida. “Me da energía y me ayuda a continuar, sin distraerme o quedarme dormido, por lo que resta de un largo día”.

Inició la conversación. El Señor Gómez comenzó por aclararme que su nombre era Dani y que debíamos tutearnos. Tras acceder, me hizo las típicas preguntas de entrevista, mismas que yo



ya había respondido durante las conversaciones virtuales anteriores. Supuse que el entrevistador con el que yo había hablado unos días antes no le había informado nada sobre mí. O quizás el Señor Gómez, Dani, no había aún bebido su *latte* bicolor el día que le pasaron mi expediente para leerlo.

Después llegaron las preguntas más interesantes. Sabía que era mi oportunidad para lucirme. Pero en ese instante me di cuenta de que la rejilla de ventilación en la pared, detrás y arriba de la cabeza de Dani, estaba medio abierta y que adentro había cierto movimiento. Era un momento crítico; necesitaba concentrarme para responder plenamente y de manera precisa. Quería causar la mejor impresión. “Debe de ser el mismo aire lo que está moviendo la rejilla”, pensé. Y traté de no ponerme nerviosa.

Seguí enfocándome en mis respuestas. Pero de repente vi lo que parecía una cola. Sí, era una larga cola delgada, blanca o quizás rosa, que se movía a través de la rejilla de la aireación.

Sin duda, ahí había un animal.

Debía guardar la calma. Dani me observaba atentamente y continuaba bombardeándome con preguntas. Yo sostenía mi taza de café, que apenas había empezado a beber y decidí ponerla sobre el escritorio, ya que me comenzaban a temblar las manos.

Mi corazón se agitaba. La angustia me invadía. “Concéntrate”, pensaba. “Este es el empleo de tus sueños, no permitas que una cola lo arruine”.

Dani entonces me hizo una pregunta que me dejó helada: “¿Cómo manejas momentos difíciles cuando estás frente a una



situación única, estresante?”. Tenía que convencer al Señor Gómez que yo era una persona tranquila, que sabía guardar la calma y mantener las cosas bajo control. En mi carta de solicitud había enumerado varios ejemplos de situaciones difíciles y de cómo las había resuelto satisfactoriamente.

Cuando comencé a describirlas, la cola surgió de nuevo por la rejilla. Y acto seguido, esta se levantó, dejando aparecer una enorme rata negra que ahora empezaba a caminar sobre la pared, detrás del copete *hipster* de Dani.

El grito que salió de mis pulmones hizo retumbar los muros. El asqueroso animal se detuvo un instante, como si quisiera dar media vuelta y retornar a la aireación. Después siguió su camino, ignorando completamente mi alarido y dirigiéndose al piso. Bruscamente, me levanté de mi silla y, de un salto, me subí al escritorio de Dani, quien me miraba atónito. Con el impulsivo brinco mi pie empujó la taza de café, que a su vez hizo caer el vaso de Dani, y el líquido verdoso-púrpura con la crema batida ahora fluía sobre su impecable escritorio, a la vez que se desparramaba encima de su pulcro traje claro.

Yo seguía gritando, despavorida; la rata se encaminaba hacia el suelo; y Dani giraba la cabeza, yendo y viniendo de la pared a mi dedo índice que la señalaba, mientras que el repugnante animal continuaba tranquilamente su travesía.

El secretario irrumpió en el despacho y, perplejo, se detuvo en la puerta al ver a la aspirante gritando histérica, parada sobre el escritorio de su jefe, quien estaba empapado con el líquido bicolor

que caía sobre todo el pantalón. Yo seguía con los ojos la trayectoria de la rata, que, al abrirse la puerta, salió sin ser vista de la oficina.

Lo último que recuerdo de ese momento bochornoso es que me temblaba todo el cuerpo. Las palabras se me atragantaban en la boca y no lograba explicar a mis interlocutores lo que había ocurrido. Me ayudaron a bajar del escritorio y los tres nos pusimos a limpiarlo.

Me despedí muy apenada y, entre disculpas, dije: “Todos tenemos algún tipo de fobia. Una reacción descontrolada e irracional hacia algo que no podemos explicar. La mía son las ratas”.

Unos días más tarde, recibí una oferta formal de trabajo firmada por el Señor Gómez.

**GRACIELA MATRAJT**  
México



**DIEGO**

**ROLANDO JESÚS**

**BAZÁN BRIONES**



fuera la nieve era densa, coposa y, un vientecillo la hacía caer vertical sobre la cabeza y el cuerpo de la decena de turistas que descendían del bus. Y ella estaba allí, transparentando el horizonte ajeno a su tierra y al de Diego, que la observaba a través del ventanal del hospedaje; pavorosamente, sorprendido. Él la quiso. La quiere, a pesar de todo. Así lo siente. La mira con vehemencia y se dice: «qué hermosa es la vida...», pensando en la muerte... No entendía, cómo ella pudo venir desde tan lejos.

El azar le trajo el recuerdo de su graduación, cuando el abuelo que lo crió, entusiasmado, le dijo: «Vuela alto, hijo, no te detengas en un lugar». «El mundo es un laberinto lleno de oportunidades, pero también de peligros y casualidades». «Camina con cuidado».

Diego, aún joven, ya había recorrido el mundo convertido en un viajero de comercio y marketing de negocios. Los años habían pasado raudos y su itinerario de viajes iba en incremento, hasta cuando sintió resquebrajarse su salud. Los exámenes médicos le arrojaron un diagnóstico de gravedad. Desanimado, eligió para su estancia uno de los lugares más alejados del mundo para pasar como incógnito. En Alert (Canadá), nadie lo vería morir.

En su corta vida había aprovechado muchas de las oportunidades de las que le habló el abuelo, pero nunca siquiera se preguntó por los peligros y, menos, por las casualidades, como la que ahora le tocaba vivir, al encontrarse de nuevo cerca de ella. Pero, confundido, piensa que podría estar fantaseando en que sea ella, que hasta podría tratarse de su doble, como ha ocurrido con otras



personas a las que aparentemente se las ha encontrado en otras partes del mundo, viviendo otra vida, con otro idioma, otras costumbres y; por supuesto, otro nombre; al no ser auténticamente ellas. O, que, sencillamente, podría estar soñando, despierto, desvariando, producto de su mal. En todo caso, ¿qué podría hacer? Escapar o esconderse, lo que fuese, sabía que sería inútil. Además, está tan deprimido, que por momentos ya no hay nada que realmente le importe. Sin embargo, verla nuevamente tan cerca, le revive el interés por ella, por averiguar el motivo de su viaje; si acaso remotamente haya venido por él, ¿cómo es que dio con su paradero? Si fuese así tendría que haberse enterado de la gravedad de su estado de salud y habría venido solo por compasión. Aunque sería imposible, nadie lo sabía, ni siquiera la persona más cercana a él. Lo más probable es que haya viajado, tan solo por hacer turismo y, el azar del destino hizo que coincidiera con el lugar donde él se encontraba. A ella siempre le gustó la aventura, la montaña, la nieve. Recuerda cuando, antes de vivir junto a ella por casi dos años, siendo aún compañeros de estudios en la Escuela de Artes de Madrid, él llegó a convertirse en su fotógrafo personal. Por entonces, todos los artistas amateurs, publicaban imágenes de «arte escénico» en una revista de “*artes & modas*”. Y, ellos no fueron la excepción, pues viajaron hasta los *Altos Alpes* en Francia, para dirigirse al lago “*Serre-Ponçon*”, donde realizaron una sesión de fotos en las que ella posaba semidesnuda, en distintos ángulos, sobre una gran roca, en la base de una colina montañosa y que luego publicaron en aquella revista.



Diego dejó la tasa de café casi intacta sobre la mesa y cogió su cámara para tomarle todas las fotos posibles antes de que ella ingresara al hospedaje. No pensaba enfrentarla, no podría, le invadía el desánimo, aunque lo único que delataba su estado de salud era su lentitud al caminar. Se puso los lentes negros, un gorro casual, una bufanda al cuello, recogió de la mesa las tabletas para el dolor y, lentamente, se ubicó en una mesa del fondo para observar desde allí su paso. Ella ingresó caminando con la cadencia de siempre. Dejó con suavidad su maleta junto a la barra de recepción, se apartó el cabello de la frente y volteó a mirar. Definitivamente era ella. Se mantenía jovial. Había adelgazado un poco, y algún cambio en el rostro, que ya nada tendría que ver con el paso del tiempo; era ella. Diego, nervioso, mantuvo la mirada que pasó inadvertida. Aunque fugazmente tuvo la tentativa de retirarse los lentes negros para verla bien, no lo hizo; tenía que simular ser otra persona. Sintió arrepentimiento de haberse alejado de ella prematuramente; tan solo, por la manía de viajar sin paradero. Ella, se quedó con toda su juventud y hermosura juntas. La comunicación entre ambos se cortó intempestivamente. Pero nunca la dejó de querer.

En pocos minutos se retiró dejando sus datos en la recepción, mientras Diego aprovechó el momento para verificar su identidad, para asegurarse, una vez más, de que efectivamente se trataba de ella y no de su «**Doppelgänger**». El encargado de la recepción le extendió la lista y la revisó, minuciosamente, por varios minutos. Para su sorpresa, ninguno de los nombres coincidía con el de ella. Tampoco podría tener un nombre de casada. Ni siquiera figuraba su

nombre de pila. Palideció. Un escalofrío despertó su dolor que por varios minutos parecía haberse ido. Tomó una tableta con bastante agua. Se sintió aún más confundido. Revisó todas las fotos tomadas con su cámara. Hizo exagerados acercamientos de la imagen. Las miró desde todos los ángulos posibles y, era ella. Pero había notado un inesperado detalle: en el dedo anular de la mano derecha llevaba un anillo que, parecía ser el de compromiso. Tenía que haberlo pensado antes; quizás pudo haberse cambiado de nombre, por alguna razón personal. Aun si fuese así, mientras la observaba finamente, habría encontrado alguna señal que corroborase tal hecho. Pero, en ningún momento, se la vio andar con alguien que de la sospecha de ser su pareja. Entonces pensó en que la única manera de resolver la intriga sería escuchándola hablar. La cadencia de su voz al articular las palabras era muy particular, muy tierna, casi sensual. De hecho, fue su voz lo primero que a él la embelesó. Por lo demás, esperar a que ella diera señal de haberlo venido a buscar, ya era vano. Lo habría hecho desde el primer momento en que ingresó al hospedaje.

Llegada la hora del almuerzo, Diego fue el primero en situarse en el comedor del hospedaje esperando a que ella hiciera su ingreso. Luego de varios minutos, la mayoría de los huéspedes terminaron de degustar el almuerzo, con una charla distendida. Y ella aún no había salido de su habitación. Angustiado, sin apetito, después de suministrarse una dosis potente de analgésicos, permanecía sentado cerca de las mamparas del living, pensando en ella y en su dolor cada vez más intenso. Desde allí, tenía toda la vista del ingreso



y salida de las personas al local. Cansado de esperar, yacía recostado en el sofá grande, con los ojos bien cerrados y el entrecejo fruncido, como asimilando el dolor; mientras se escuchaba la voz tierna de aquella mujer que, con la ayuda de otras personas, trataban de despertarlo de ese ensueño tan lejano.

**ROLANDO JESÚS BAZÁN BRIONES**  
Perú



**NO SÓLO EN**

**EL PAPEL**

**DAMARIS GASSÓN PACHECO**

**M**i mujer murió y no sé qué hacer. “Esto es algo muy trillado” dirán ustedes; pero debería contarles algo primero para que entiendan el por qué resulta tan fuera de lo común.

Cecilia (es decir, mi esposa) se entusiasmó bastante con la escritura cuando un día mandó un relato a un concurso y obtuvo una mención honorífica. No puedo decir que en otros aspectos fuera particularmente buena: cocinaba pésimo, la casa era un asco, y siempre andaba por los rincones quejándose por todo y por nada en particular. En fin, una piedra de molino atada al cuello. Pero este acontecimiento pareció devolverle la vida que alguna vez tuvo, aunque a mí me resultara indiferente.

Se embarcó en una novela que le tomó casi dos años escribir y se dio a la tarea de buscar editoriales para su publicación. Recibió puras negativas, hasta que se hartó y se sumió en su ya tan conocida depresión. Un buen día me comentó si no me importaría que mandara su manuscrito con mi nombre, porque alegó que escribir con seudónimo le podía acarrear problemas legales y económicos en el supuesto caso en que tuviera éxito y en cambio, si el autor resultara ser una persona real, no habría inconvenientes. Especialmente si era hombre.

Al principio me negué, qué se yo que clase de sandeces escribiría con mi nombre, pero al final le dije que sí para que me dejara en paz y para que acabaran las pataletas. Resulta que la idea funcionó y la novela tuvo un éxito arrollador. Me tocó firmar ejemplares de la novela, asistir a presentaciones y todo el lío,

mientras ella se quedaba en casa escribiendo otra novela. ¡Regalías por ediciones de bolsillo, ediciones de lujo, hasta por la producción de una serie, una maravilla! Y la muy inútil se murió.

Al principio la editorial no me presionó mucho por consideración al luto y porque el contrato era bastante flexible con el período de entrega del primer borrador, pero hace poco recibí una llamada que hizo que me sudaran las pelotas. No tengo idea de qué hacer, salvo que la contacte por un tablero Ouija.

Y qué les parece, ésa era la respuesta. Hurgando en esos libros locos que a ella tanto le gustaban, encontré varios de Eliphas Levi y conseguí la manera de establecer comunicación con ella. No voy a colocar aquí la fórmula, no vaya a ser que todo se vaya al carajo por andar de presuntuoso. Mejor callado que fracasado.

Algo hice mal, quizás, pero los resultados me bastan. Resulta que cuando me senté a escribir en el ordenador para conectarme a internet sentí un hormigueo extraño en las manos. Era como si no me pertenecieran, como si estuvieran desconectadas de mí, y ellas solas (lo juro por lo más sagrado) buscaron el archivo en donde estaba grabada la novela que Cecilia estaba escribiendo antes de morir. Mis manos empezaron a escribir por sí mismas, manteniendo el estilo y la coherencia de la novela ¡No lo podía creer! Lo logré, ella volvería a escribir y yo ganaría paladas de dinero. Como siempre debió ser.

Pero ahora debo comentar algo: al principio, la cuestión de mis manos se limitaba a una suerte de “escritura automática” que se activaba solamente al tocar el teclado, pero el hormigueo cada vez

se hace más presente en mi cotidianidad. Cuando me baño, mis manos me acarician con mucha sensualidad. No voy a comentar aquí qué sucede cuando orino por pudor y por respeto a mis lectores. Las caricias se hacen presentes al tocarme el rostro, o mis manos se van solas para acariciar perros y gatos, los cuales detesto. Incluso le acaricié el rostro a mi suegra, esa yegua detestable y metomentodo. Y lo peor no es esto, es que de un tiempo para acá estoy viendo a una mujer que me atrae mucho, y la última vez en la que estuvimos juntos la abofeteé, cosa que hizo que me devolviera la cachetada y que me dijera que más nunca querría verme.

Le grité a mis manos por lo que habían hecho y cuando quise sentarme a escribir se negaron. Les grité de nuevo y se cerraron en puños. A punto estuvieron de destruir el ordenador. Las apacigüe con crema hidratante y les prometí que no se repetiría, que solo ellas formarían parte de mi vida, que eran mis amores, para toda la vida.

Hace poco le pedí a un amigo que buscara en mi lugar fórmulas para deshacer el encantamiento (no creo que tenga que explicar por qué yo no puedo hacerlo). Ya casi está lista la novela, tan pronto esté terminada lo haré, no hay remedio. Pero el inútil del dizque amigo no consiguió nada y no me extraña, para que las cosas salgan bien uno debe hacerlas por sí mismo, así que voy a cortarme las manos; hoy en día hacen prótesis maravillosas para cualquier parte del cuerpo.

Apenas si pude cortarme ligeramente la mano izquierda y los vecinos que atendieron a mis gritos de frustración me mandaron al loquero. Los psiquiatras hablan de disociación y de trastorno de

identidad de la integridad física (IDD) y lo peor no es esto, es que poco a poco el hormigueo está subiendo por mis brazos y está alcanzando el torso y no sé hasta qué punto llegue esta invasión. Cuando estoy dormido, escucho la voz de Cecilia a lo lejos, como si pegara la oreja a una concha marina y escuchara el mar. Parece que mi destino es quedar encerrado en este maldito hospital lleno de orates.

Entrevista a la famosa escritora trans Cecilia Albornoz

Ayer en horas de la tarde, tuve el gusto de entrevistar a la afamada escritora Cecilia Albornoz, autora de los libros: Renacer de las brasas y Juegos y recovecos de la mente. A mi pregunta de cuál era su fuente de inspiración, me contestó: —Puede ser cualquier cosa; recuerdos de mi estadía en el hospital, una canción, o ese prisionero que llevamos dentro de la mente y que alza su voz, reclamando su identidad propia. A veces solo murmulla, a veces grita, y me limito a transmitir lo que dice. Lo plasmo no solo en el papel, sino en mis conversaciones y en mi vida diaria; atiéndele si tienes una voz así, pueden suceder cosas extraordinarias—.

**DAMARIS GASSÓN PACHECO**  
Venezuela

Twitter: [@LaDama @damarigasson](https://twitter.com/LaDama)





**SOBREVIVIENTE**

**JORGE LUIS**

**CONDORCALLO CCAMA**



- ¡L

o van a operar!

Mi madre lloró al contar la mala noticia, mi tía lloró con angustia que se remontó hasta mi nacimiento y Alejandro se echó a correr para que no lo vieran llorar por su hermano mayor que lo hacía reír con sus ocurrencias y al que iban a abrir como a los conejos que mamá destazaba para cocinarlos en las fiestas.

Tres días estuve rengueando como perro apaleado por un dolor *jijuna* en el costado derecho de mi abdomen. Me dieron mates de muña para arreglarme el estómago, pero nada me quitaba las punzadas que me arruinaron los últimos días de las vacaciones del colegio. El domingo, día de la madre, mamá vio bajar por las gradas a un anciano doblado y quejumbroso; entonces se alarmó y me mandó a alistarme para ir al hospital y que me den unas pastillas que me recompongan.

—¡Ojalá no esté lleno el seguro! —me reprochó en el carro, tratando de disimular su preocupación por mi estado que había empeorado.

El médico me hizo flexionar las piernas y el dolor aumentó de súbito, golpeó con la punta de sus dedos enguantados la zona donde señalé estaba el origen de mis quejas y cada pulsación fue un tirón de tripas. Anotó en su informe lo que observó y nos dijo lo que creía que tenía: apendicitis.

—¿Cuál es el tratamiento, doctor? —atropelló mamá en la incertidumbre.

—Hay que operarlo, señora.

Mi madre ni bien oyó el dictamen se ensimismó en sus preocupaciones y me apretó la mano como si ya me estuviera metiendo a la luz a dónde van los moribundos seducidos por la muerte y me jaló a su lado con maternal fuerza.

—¡Me lo llevo! —se puso en pie y por acto reflejo también me levanté, su determinación me atemorizó más que el diagnóstico. El doctor con paciencia le explicó que mi situación era de riesgo porque habían pasado varios días desde que empezó mi malestar. Firmó una orden de análisis de sangre que confirmaría su hipótesis y que no podía irme a casa.

—¡En familia lo decidiremos! —resolvió, luego me confesaría que no tenía planeado volver: me sanaría con remedios caseros.

—¡Imposible!, si se lo lleva tiene que firmar que se hace responsable de lo que le pase a Álvaro —acotó el médico.

Mamá me observó desconcertada e indecisa, dos veces derrotada. Hablamos poco de camino al laboratorio donde me sacaron una gran cantidad de sangre. Con los resultados en un sobre que no abrimos volvimos a la consulta, mamá todavía tenía esperanza en el error y que me mandaran a casa con una dieta estricta y una receta de inyecciones para toda la semana, no importa.

—Tiene apendicitis, hay que operarlo de emergencia —concluyó el doctor.

Mamá lloró como si me hubiera fallado; luego se recompuso porque tenía que ir a la ventanilla de admisión para hacer los

papeleos y firmar las autorizaciones. Me hablaba como quien habla con un desahuciado:

—El trámite va a demorar, pero te van a llevar en ambulancia, yo voy a casa a contarle a tu papá que estará preocupado. Tienes que quedarte, voy a volar —estaba angustiada y yo no tenía el valor para decirle que se calme, que todo saldrá bien. La dejé irse con los lastres de la tristeza y la culpa en su corazón.

No estaba listo para confortarla, pero sí estaba deseoso de vivir la aventura para contarla. Imaginé la grandeza con la que volvería al colegio para mostrar a los amigos mi herida de guerra, mi *chuzo*. ¿Te dolió?, preguntaría el incrédulo de Néstor que cree que todos los niños nacen por cesárea y yo con firmeza: ¡No, huevón, me hizo cosquillitas! Y les relataré mi odisea, me admirarán y ella con sus ojos de ángel y sus manos de uñas limpias soñará con este guerrero.

Al mediodía llegó mi ambulancia y la desilusión porque era una vieja camioneta donde fui sentado junto a mamá hasta la central del seguro. El dolor fastidiaba, aunque por momentos creía que la operación era una exageración. Yo podía vivir así.

Según mi madre fue una espera larguísima. Me sentaron en una silla de ruedas y me metieron a un salón de losetas blancas, parecía el cajón de la refrigeradora y se sentía igual.

—¡Le dará neumonía! —se quejó mamá con cuanta enfermera encontró en su impaciencia y nos rodearon los enfermos con las botellas de suero, adormilados o retorciéndose de dolor en la silla rodante que el familiar empujaba con rostro de patíbulo.

Escuché mi nombre tras una puerta verde y mamá entregó los papeles con los que me registraron y me metieron a otra habitación más blanca y fría que la anterior adonde ya no pudo seguirme mamá. Me volvieron a sacar sangre mientras preguntaban si era alérgico a algún medicamento y qué enfermedades había tenido de niño. Los nuevos exámenes fueron un fastidio, pero los acepté con optimismo de aventurero.

Por una ventana circular se asomó mamá para alentarme con sus ojos compasivos.

—¿A qué hora lo operan? Todo el día esperando, ni ha almorzado —escuché que protestó.

—Señora, por qué no lo trajo antes, es su responsabilidad —así es el seguro; te reprende, luego te informa—: apenas haya sala disponible.

—¡Por eso la gente se muere! —gritó y me renovó el ánimo.

Me depilaron el abdomen y los genitales sin una explicación que merecía por la exposición de mi intimidad a vista de todos; la última visitante fue una enfermera quien, como un autómata, con rapidez y destreza, me ató un guante elástico en el brazo, debajo de mi hombro, para que se hinche la arborización de venas de mi mano, frotó con yodo la zona e insertó una larga aguja, luego enroscó la vía que aseguró con cintas. La vía es una suerte de llave y tubería en miniatura por la que me meterían los elixires, pociones y encantamientos en las dosis correctas.

El sol declinó en las ventanas del edificio y se encendieron los

tubos en los corredores. Cumplieron mi deseo, no será que tengo algo incurable que no quieren decirme, dudé por un segundo, porque me subieron a una auténtica ambulancia de película. Echado en la camilla y acompañado de una enfermera que llevaba mis documentos y de mamá que subió sin permiso hicimos el viaje desde el ala antigua del hospital hacia la moderna área de cirugía.

—¡Maneja bien! —reclamó mamá tras un bache.

Al descender del auto vi a papá y a mis padrinos que me echaron al vuelo sus preguntas y sus mejores deseos, me subieron a una camilla más confortable para la travesía. Recorrimos los largos pasillos, nos metimos a un ascensor que no sé si subió o bajó y llegamos a un piso donde nos saludaron las advertencias y prohibiciones, se redujo el ruido al entrar a un corredor, al fondo se abrieron las gruesas hojas de una puerta y del interior salió una exhalación de hielo y minerales.

—Doctorcito, buenas noches, llegó su paciente.

—Okey, en un rato nos vamos al quirófano.

En un resplandeciente salón de azulejos celestes me recostaron sobre una cama con forma de cruz para que estire mis brazos, por un momento me sentí dentro de una nave espacial, abducido y listo para ser diseccionado, por los extraños aparatos, monitores y el armatoste de tres ojos colgado encima de mi cabeza. El anestesiólogo me puso una máscara en la cara a través de la que yo veía, con estupor de cobaya, la luz y los reflejos en el metal.

—Diez, nueve, ocho... —me ordenó y conté; no llegué a siete,

me quedé dormido en el número de la suerte y no vi, oí ni sentí lo que hicieron conmigo.

Mamá observó con minuciosidad las caras que salían del quirófano, los encaró y supo lo que había pasado: la operación duró más de cuatro horas porque apenas empezó la intervención se reventó mi pobre apéndice que no aguantó más y lo imaginé salpicando de horror coagulado los lentes de seguridad del cirujano. Se contaminaron varios órganos por lo que tuvieron que lavar con sumo cuidado las cavidades y concavidades ante la amenaza de una septicemia, en este punto mi diagnóstico evolucionó a apendicitis con peritonitis aguda. Evidencia de ello son las cicatrices de los quince puntos que me suturaron y de los tres drenes que colectaban los residuos de la infección.

—¿Cómo estás?

Desperté en una habitación desconocida y oscura, yo estaba confundido, con un dolor insoportable en el costado que conforme aumentaba reactivaba los últimos recuerdos de mi conciencia. Mamá apareció para consolarme con sus manos tibias y apretó el botón de la pared, la enfermera llegó para asistirme y le dijo a mi madre que estaba prohibido que los familiares se queden a cuidar de los pacientes.

—¡Le duele mucho!

La enfermera volvió con una palangana en la que se balanceaba una jeringa descomunal, me acomodó lo mejor que pudo y abrazado a la almohada clavó la solución de fuego que derretió mi esqueleto. Toda la pierna se endureció en un calambre sísmico, me

tragué el grito de dolor con hombría y al cuarto de hora los malestares desaparecieron. Pude dormir con la mirada en el hosco techo porque no podía moverme, sentía que tenía el vientre amarrado con grapas y cuerdas.

Creyó haberla convencido de que no era posible ni necesaria su presencia, pero mi madre, terca como sus antepasados aimaras, se escabulló por los consultorios, logró burlar a los vigilantes nocturnos; así que, a la medianoche, cuando me sobrevino el vómito, ella me acomodó para que pueda botar el ácido del anestésico en la *chata* y volvió a esconderse en las sombras como un superhéroe que cuida su anonimato.

Al despertar, mamá dormía en la silla junto a mí, agotada por la noche infinita y conocí a mi vecino de habitación que se parecía al actor de cine Peter Coyote, él al igual que yo padeció la peritonitis, pero le practicaron otro procedimiento: por precaución no suturaron su corte; entonces cada mañana, antes de servir el desayuno, le hacían las agónicas curaciones que alentaron mi afición por el gore ya que por la herida en carne viva se asomaba el intestino para decirme buenos días con sus tumescencias y vapores.

Estuve internado una semana, la comida era un festín luego de dos días del castigo a pan y gelatina, solo faltaba el televisor y era una habitación de lujo. Cada mañana era el jolgorio porque me abrazaba una joven practicante de enfermería, de uniforme entallado y aroma a jarabe vitamínico, para ayudarme a incorporarme y la mesita se llenó con los libros, revistas y periódicos de todos los que me visitaban y traían sus afectos, su compasión y



sus ofrendas para la pobre víctima de su apéndice y mamá a todos les contaba cómo me había salvado por un pelito. ¡Qué más podía pedir!

Y la soleada mañana del siguiente domingo en la rutinaria visita de los médicos, el doctor a cargo levantó sin aviso y sin pudor la sábana para mostrar a sus colegas mi hermosa herida y tras examinarla concluyó, sin mirarme, en su cónclave:

—Alta, mañana se va.

Y me fui con el pijama puesto, abrazado a mi sufriente progenitora para contar esta historia a quienes quieran escuchar cómo, cuando tenía doce años, un dolor de estómago me llevó a la fría sala de operaciones el segundo domingo de mayo de 1997.

—¡Todo por comer salchipapa! —remata mamá cada día de la madre que rememoramos mi desventura como una tradición familiar y yo le recuerdo que ella quería fugarse conmigo del hospital para que no me operen:

—¡Me matabas! —aparento aflicción.

—¿Estas vivo o muerto?, ¡malagradecido, de eso te acuerdas, pero ni feliz día mamá!

En el festejo, con conejo asado, mamá olvida fácil los enojos y los desvelos que le ha causado su primogénito y me abraza con gratitud porque para ella siempre seré el hijo valiente que sobrevivió a una apendicitis con peritonitis aguda.

**JORGE LUIS CONDORCALLO CCAMA**  
Perú

Facebook: [@jorgecondorcallo](https://www.facebook.com/jorgecondorcallo)



# REMATE

**GUSTAVO VIGNERA**

M

i hijo, a quien prefiero no nombrar por razones obvias, había subido a nuestro departamento de la calle Alvear, corriendo por las escaleras. Estaba muy asustado. Dos hombres extraños con trajes negros le habían dado un sobre de papel madera para que me lo diera. Temblaba, tenía piel de gallina. No quería ser pájaro de mal agüero, pero podía adivinar que el contenido de ese sobre no sería una tarjeta deseándonos “¡Merry Christmas!”.

Desde un principio, en casa me lo habían reprochado. Cualquiera la tiene clara con el diario del lunes. Viéndolo de afuera, cualquier hijo de vecino es un DT, o un ministro de economía. Todos eran unos sabelotodo que hablaban y hablaban sin tener la menor idea de lo que realmente me estaba sucediendo. Mi hermana, no dejaba de quejarse por la decisión que yo había tomado con respecto al crédito que tuve que afrontar para poder salvar la fábrica de papá. Él, de un día para el otro, se fue a tomar whisky con los ángeles y nos dejó en pelotas. No nos dejó ni para el puchero, ni para la propina. Si bien, éramos una familia bien con un excelente pasar, ahora estábamos con una mano atrás y otra adelante. Juan Carlos, mi último esposo, mejor dicho, el más hijo de puta de todos, creía que cuando el viejo partiera íbamos a estar salvados por generaciones, ¡pero no! En realidad, eso solo fue una ilusión óptica. En vez de recibir una herencia llena de propiedades y activos, recibimos una catarata de deudas, juicios e intimaciones.

En nuestra época de oro, todo era “Good Show”, íbamos a los mejores colegios, cambiábamos al último modelo todos los años,

nuestras vacaciones eran en Europa o, en el peor de los casos, en Disney. Nunca, pero nunca, nos faltaba nada, hasta que la Argentina... empezó a trastabillar... a arrastrarse y la fábrica de papas fritas se cayó como un piano. Los productos importados, la presión fiscal, la industria del juicio fueron algunos de los tantos motivos por los que nos quedamos en la ruina. Todos fuimos arrastrados por el mismo fracaso que se cargó con la vida de papá. La fábrica estaba en bancarrota y ni siquiera el contador había alcanzado a armar una convocatoria de acreedores para amortiguar el golpe. Para empeorarla, yo era la representante legal de la compañía, por consiguiente, la responsable de hacerme cargo por la insolvencia de mi señor padre.

Lo único bueno que había hecho en vida fue regalarnos estos dos departamentos, uno en el cuarto para Josefina y el otro para mí en el quinto donde vivíamos. Cada uno de ellos valía una fortuna, la zona es la más cara de Buenos Aires, era mi bala de plata. Por tal motivo lo hice tasar con la intención de poder saldar las deudas contraídas y poner la casa en orden en caso de que la cosa se pusiera brava. Mi hermana, para no perder la costumbre, se hizo bien la boluda y yo sola con mi hijito a cuestras caí en manos de un prestamista. Era un monstruo, una piraña de esas que es mejor perderlas que encontrarlas. Al poco tiempo, el perro de mi marido había decidido soltarme la mano e irse de casa con una chica de la sociedad al menos quince años menor que yo y forrada en guita. Era yo contra el mundo, no tenía salida. En esos momentos de desesperación lo único que me quedaba era poder inyectar capital

en la fábrica, con el objeto de empezar a generar ganancias como en aquellas épocas gloriosas. Quería volver a ser lo que éramos, aquellos fabricantes de las papas fritas tan reconocidos por el empresariado vernáculo.

Trajeron la plata en una valija, eran quinientos mil dólares. La trama verde de billetes era impresionante y no podía quitarle la vista. Yo nunca había visto tanta plata junta. La tasa de interés era razonable, solo un par de puntos por arriba que la ofrecida por los bancos y no necesitaba presentar balance ni dibujar justificaciones para que me lo dieran. Yo sabía que, en el supuesto caso de que el agua me llegara al cuello, podría vender el departamento, pagar todo y con lo que me sobrara compraría un departamentito bastante cómodo en algún barrio no tan cajetilla. Eran dos los tipos que entraron en mi casa para darme el dinero salvador. Ambos lucían trajes oscuros, que sin duda habían comprado en la misma sastrería. El morocho era más simpático, el otro era tenebroso. Mi nene estaba jugando a la Play en su cuarto. La valija estaba abierta de par en par sobre la mesa del living y yo con ese dúo de mafiosos desconocidos me mantenía en silencio, asustada.

—¿Querés contarla? —me dijo el más morocho mientras su compañero observaba todo como sacando una minuciosa radiografía del interior de mi departamento.

—¿Hace falta? —le respondí aterrada. Los fajos de billetes estaban envueltos en film como el que se usa en la cocina. Eran muchos, pero muchísimos billetes, jamás podría contarlos en un tiempo razonable.

Pensé que debía tomar los números de serie, era probable que hubiera falsos en medio del montón, pero no me animé ni a sugerirlo.

—Como quieras... pero te aseguro que aquí no falta nada, como te aseguro también que... si no pagás en tiempo y forma, como acordaste con el jefe, tendremos que cumplir con la desagradable tarea de matar a tu hijito. ¿Me entendés? —muy sonriente me aclaraba el simpático mientras su compañero explotaba en una risita nerviosa como si hubiese escuchado el mejor de los chistes.

Maldije mil veces al sacerdote que me había recomendado a esa gentuza para poder salir a flote. Aquel domingo nefasto, yo le abrí mi corazón en el confesionario y el cura no tuvo mejor idea que darme ese teléfono para terminar con mi problema.

Mi hijo apareció con el joystick en la mano y preguntó:

—¿Quiénes son estos señores, Ma...?

—Unos amigos... ya se están yendo —le respondí y los dos facinerosos lo saludaron con amabilidad tocándole la cabecita. El simpático me besó como si fuera un amigo, el otro estiró su párpado con su dedo índice y sin mediar palabra desaparecieron.

A partir de esa tarde, mi vida cambió ciento ochenta grados. Era como vivir en un mar de miedo. Sumergida. Tomé la gerencia general de la empresa e hice todo mi mejor esfuerzo para enderezar las cosas. Acordé con acreedores, refinancié deuda impositiva, transé con abogados para pagar lo menos posible en las ridículas demandas que empleados infieles nos habían hecho, hice hasta lo que por mi educación cristiana no me hubiese permitido. Parecía pelear en un ring, renegociaba a diestra y siniestra. A pesar de

trabajar veinticuatro horas al día y ajustar todas las clavijas para sacar a la fábrica de terapia intensiva, no alcanzaba para poder pagar los intereses del usurero.

Fueron pasando los meses y no me quedó otra opción que poner a la venta en varias inmobiliarias de la zona el único bien que me había dejado mi papá en vida.

La gota que colmó el vaso fue esa tarde en la que abrí ese sobre de papel madera. Adentro había un collage donde, con letras recortadas de titulares de revistas, decía “P A G A M E” y a manera de juego del horcado enmarcaba un dibujo de un muñeco colgado con una foto de la carita de mi bebé pegada a la altura de la cabeza. Ese fue el momento en el que bajé los brazos. Ya no podía hacer más nada, todo el esfuerzo de esos meses había sido en vano. Fui a reclamar a las inmobiliarias por qué no había venido nadie ni siquiera a visitar mi departamento. Solo escuchaba excusas, que la cosa estaba dura, que el mercado ahora buscaba departamentos más modernos, que los inversores se inclinaban por los fideicomisos, con lo que concluí que era dueña de una fortuna que no valía nada ya que a nadie le interesaba lo que tenía.

Recuerdo que lloraba todas las noches hasta aquella tarde en la que Juan Carlos vino al departamento a llevarse algunos libros que había dejado olvidados.

Necesitaba contarle lo que me pasaba a alguien y él, esta vez, muy reflexivo me sugirió rematar el departamento, que si bien no me pagarían lo que me habían tasado oportunamente, era muy probable que alcanzara para poder pagar la diabólica deuda y poder empezar



de nuevo sin ningún tipo de amenazas. Esa misma tarde fui a la iglesia para pedirle al cura que intercediera con mi prestamista a que aceptara esta nueva opción que se presentaba para saldar de forma definitiva mi deuda. En su momento me tranquilicé, todo marchaba sobre ruedas, nos habían dado un turno para hacer el remate judicial y yo pensaba que en ese acto iba a terminar de una vez por todas mi pesadilla. Tuve la picardía de llamar a un querido amigo para que me acompañe, siempre es bueno tener a alguien que levante las ofertas. Al llegar al lugar, dos matones nos pidieron documentos. A mi amigo, sin ninguna explicación válida no lo dejaron entrar.

Todo era muy sospechoso, desde la imagen del rematador, hasta la gente que se agolpaba para ofertar a los sucesivos bienes que se remataban. Llegó mi turno, y nadie ofertaba, habían puesto un valor mínimo de referencia que solo alcanzaría apenas para pagar el capital y los intereses acumulados a mi prestamista. De pronto desde el fondo se escuchó a una persona que levantando su mano incrementaba la subasta en solo cien pesos. Yo miré para el fondo, pero no pude reconocer quién había hecho esa oferta espuria. El golpe del martillo del rematador aún me retumba en los oídos. Había acabado con ese martirio, ahora debía barajar y dar de nuevo. Llegó la hora de acercarme para rubricar mi firma y ese fue el momento en el que pude ver a Juan Carlos y su noviecita que se acercaban al escribano para dejar la seña y, de esa forma, consumir el acto de adquisición del departamento que mi papá me había regalado cuando el vermouth con papas fritas eran el saludo de despedida del

gran Tato Bores, esos domingos cuando la decadencia avanzaba triunfante por nuestra pobre y triste Argentina.

**GUSTAVO VIGNERA**  
Argentina

Facebook: <https://www.facebook.com/gustavovignera/>

Twitter: [@vignera](https://twitter.com/vignera)

Instagram: [https://www.instagram.com/gustavo\\_vignera\\_autor](https://www.instagram.com/gustavo_vignera_autor)

Página WEB: <http://www.gustavovignera.com.ar>



**ENTRE TODA**

**ESA ARENA**

**JOSÉ A. GARCÍA**

**L**a tormenta de viento y arena duró varios días, como cada tormenta en medio del desierto. Días sofocantes. Días en los que se buscan formas de superar el aburrimiento esperando que el viento no arrancara los puntales de las tiendas que nos protegían, que la arena acumulada no rasgara con su peso las gruesas telas. Soportar aquel encierro requería un gran esfuerzo ya que si respirar resultaba un lujo, comer y beber se tornaba imposible.

Cuando el clima se tranquilizó, y el sol volvió a castigar desde lo alto, vimos destacarse, entre toda esa arena, una serie de rocas de las que no teníamos recuerdo. Eran rocas grandes, enormes, del tipo que se necesitaría mucha arena para cubrirlas. La tormenta había modificado tanto la geografía de la zona que, a pesar de que la caravana pasaba por allí más de una vez al año, ya no reconocíamos el lugar. Mientras desmontábamos el campamento calculamos que las rocas se encontrarían a no más de media jornada de camino.

Pudo haber sido la curiosidad lo que nos impulsó, pudo haber sido otra cosa, pero como si fuera una decisión unánime, nos dirigimos hacia ellas, hacia las rocas. Rocas que veíamos crecer con cada paso que dábamos. No eran grandes, no eran enormes, eran ciclópeas, como un pequeño conjunto de montañas perdidas entre la arena, las dunas y el calor. Y nosotros apenas éramos un pequeño grupo de hombres perdidos entre toda esa misma arena, esas mismas dunas, ese mismo calor.

La media jornada de camino que suponíamos al principio, fueron dos y acabaron siendo tres cuando por fin las primeras rocas

comenzaron a ascender y escarparse. El camino era difícil, pero nadie se quejaba, nadie decía nada; seguíamos avanzando luego de ver caer el cuerpo de quien acababa de despeñarse o de quien desfallecía entre el calor y el esfuerzo, seguíamos avanzando luego de sacrificar a los cada vez más agotados caballos y camellos. A pesar de estos pequeños percances, seguíamos avanzando.

Atravesamos las rocas más altas por entre lo que parecía ser el único paso posible. Encontrándonos en ese lugar sentíamos que conocíamos esas rocas, como si fueran parte de una memoria anterior, previa, más antigua que la vida, más antigua que todo lo demás. El tacto con ellas no nos parecía extraño, sino natural, familiar, propio. Resultaba tan complicado de explicar que solo podíamos aceptarlo. Lo veía en las expresiones del resto de los caravaneros, mi sorpresa no era única, las sonrisas mal disimuladas bajo nuestros turbantes decían casi tanto como nuestros silencios.

Tras el paso entre las rocas, el camino continuaba en lo que parecía ser el seco lecho de un antiguo río que desaguaba en un pequeño lago. Y, encallado en el centro de aquel lago seco, entre el cieno endurecido por los años, nos esperaba el mayor navío que ninguno de nosotros viera nunca. Negro, con su velamen y correaje intacto, parecía haber sido labrado, tal vez tallado, no lo sé, a partir de una única y descomunal pieza de basalto.

Subimos al navío y recorrimos cada rincón. Desconocíamos quién lo había construido o por qué, pero allí estaba, intacto, aprovisionado y listo para salir a navegar si hubiera agua sobre la cual hacerlo y viento suficiente que inflara sus velas. Pero todo

cuanto teníamos era el sol y el cielo despejado por el resto de este día y sin dudas hasta el atardecer del día siguiente.

Me gustaría decir lo contrario, pero no fui yo quien supo lo que debía hacerse. Aún recorría el navío en la tarde de nuestro segundo día sin llegar a cansarme las bodegas atiborradas de comida y toneles de agua y vino, incienso y paños de múltiples calidades, cuanto comenzó. Al volver a la negra cubierta noté que mientras se acercaba el crepúsculo, varios caravaneros miraban las oscuras velas de basalto. También las miré, porque algo me llamaba a hacerlo, algo que estaba allí y que no podía identificar, algo que sabía que debía hacer. Como si nos hubiéramos puesto de acuerdo sin mediar palabra, en el momento del crepúsculo comenzamos a soplar con todas nuestras fuerzas.

Soplamos una y otra vez hasta que la vela de basalto comenzó a hincharse y, con un quejido de dolor mezclado con un poco de satisfacción, el navío se desprendió del cieno. Continuamos soplando y soplando hasta que el movimiento fue evidente y sabíamos que avanzábamos en la dirección correcta. Uno de nosotros tomó el timón y fijó el rumbo, el resto comenzamos a cantar.

Uno a uno dejamos de soplar y ocupamos nuestros lugares en el navío cantando. Unos en las bodegas asegurando las cargas, algunos en la cocina para encender el fuego y preparar los alimentos, otros revisando los cabos para que nada estuviera fuera de lugar en la cubierta. A mí me tocaba barrer de la cubierta los restos de arena de la última tormenta. No era mucho lo que podía hacer, pero era

necesario.

Así como supimos que el navío de basalto nos pertenecía desde algún momento anterior, previo, más antiguo que nuestra vida y todo lo demás, supimos que mientras al menos uno de nosotros continuara cantando, el navío nos llevaría de regreso a donde pertenecíamos. Supimos también que, si volvíamos a olvidarlo, si una vez más dejábamos de cantar, encallaríamos una vez más, en otro lugar, lejos de las rocas, entre toda esa arena, y esta vez sería para siempre.

**JOSÉ A. GARCÍA**  
Argentina

Página web: [www.proyectoazucar.com.ar](http://www.proyectoazucar.com.ar)





**EL LABERINTO  
DEL OLVIDO**  
**NURIA DE ESPINOSA**

**I**sabel se miró al espejo. Acarició su rostro y sus manos rugosas, sintiendo el peso de los años caer sobre su cuerpo como una fría losa. Sentada al borde de su cama, observaba a través de la ventana de su habitación. Sin poder ni querer evitarlo, se perdió en el laberinto de sus pensamientos. El sol de la tarde se coló tímidamente entre las cortinas, bañando la estancia en un haz de luz cálida que contrastaba con la soledad que cargaba su corazón. Tenía noventa y dos años. Fue una mujer trabajadora, una buena esposa, una buena madre y una buena abuela; sin embargo, se sentía frágil y su cuerpo deteriorado estaba encorvado por el peso del tiempo. Sus dedos, que en su juventud tejieron sueños y acunaron vidas, temblaban sin pudor. Aquel día, el dolor de sus huesos se intensificó, pero más punzante era el dolor del olvido; este la asediaba implacable.

Recordó vagamente el rostro de sus hijos y nietos, como si fueran figuras de un sueño distante. Su nombre se le escapaba de la memoria, deslizándose como agua entre las manos. La invadió la tristeza al evocar las voces y risas que alguna vez llenaron su hogar y que ahora eran ecos desvanecidos en el tiempo. Cerró los ojos y dejó que su mente viajara hacia los días de su juventud. Se vio a sí misma, una joven llena de vida, bailando en la plaza del pueblo durante las fiestas, con su largo cabello ondeando al ritmo de la música. Recordó el día de su boda, el rostro feliz de su esposo, Pedro, mientras le juraba amor eterno; retazos de un pasado que se disolvía lentamente en la bruma del olvido. El tiempo, tras fallecer Pedro,

parecía hacerse detenido en una triste soledad, monótona e interminable. Sus hijos, absortos en sus propias vidas, la visitan muy poco, por ello se sentía olvidada con su dolor.

Abrió los ojos de nuevo y miró a su alrededor. Las paredes adornadas con fotografías enmarcadas, eran testigos silenciosos de una vida feliz. Una lágrima solitaria rodó por su mejilla cuando sus ojos se detuvieron en una foto de toda la familia, tomada en una Navidad lejana. Todos sonreían, unidos en un abrazo que ahora parecía tan distante. Suspiró. Con esfuerzo, se levantó de la cama. Avanzó lentamente hacia el tocador, donde un pequeño cofre de madera descansaba. Lo abrió con sus manos temblorosas y sacó una carta amarillenta por el curso tiempo. Era una carta de Pedro, escrita durante su estancia en el hospital, en ella le prometía que su alma siempre estaría a su lado, sin importar lo que sucediera. Acarició el papel, y releyó las palabras escritas con ternura, sin lograr que las lágrimas no asomarán. Se resignó. Una punzada se clavó en su corazón. Por un momento, el dolor del olvido se disipó, reemplazado por el calor de aquel amor inmortal. Volvió a sentarse en la cama, aferrando la carta contra su pecho. Cerró los ojos y dejó que los recuerdos fluyeran libremente, sin miedo a perderse en el olvido. En su mente, volvió a ser joven, llena de vida y amor, bailando bajo el cielo estrellado junto al amor de su vida; Pedro.

Aquel viaje mental la llevó a un verano especialmente cálido, cuando sus hijos pequeños correteaban por el jardín. Pero de repente, una voz suave la sacó de sus pensamientos. Era María, la

enfermera, que venía a revisar su tensión y a traerle la medicación. Isabel sonrió agradecida por la compañía de alguien que se preocupa por su bienestar. María la ayudó a recostarse en la cama y le acomodó las almohadas.

—¿Cómo te sientes, Isabel? —preguntó con ternura.

—Un poco cansada, querida. Pero también un poco en paz —respondió apenas en un susurro.

María asintió, sabía que esos momentos de reflexión eran valiosos para la anciana. Se despidieron con una sonrisa. Y regresó el silencio, permitiendo que Isabel volviera a sumergirse en sus recuerdos. Con la carta, aun en sus manos, sintió una oleada de paz y sosiego. En su vida, con sus altibajos, fue muy feliz. Y aunque el presente le trajera el dolor del olvido, los recuerdos seguían vivos dentro de ella, alimentando su espíritu.

Se acomodó en la cama, dejando que el cansancio la envolviera. Esperando a que su pensamiento se volviese más sereno, y dejando que su mente, se despidiera de Pedro, sabiendo que pronto estarían juntos de nuevo, en el cielo, más allá del tiempo donde no importaba la memoria. Con una sonrisa se dejó llevar por el sueño, abrazada por los recuerdos que tanto atesoraba, en un concilio familiar y efímero, mientras el dolor del olvido se desvanecía en la oscuridad de la noche Isabel se despidió en su corazón de sus hijos y nietos y se preparó para recibir a Pedro con los brazos abiertos

**NURIA DE ESPINOSA**

España

Twitter: [@misletrasuria1](https://twitter.com/misletrasuria1)

Blog: <https://escritoranuriadeespinosa.blogspot.com/>





TELÉMACO

J. R. SPINOZA

**F**abiola se demoró maquillándose. Cuando la apuré me dijo: “Si quieres, vete solo”, pero yo quería ver la obra con ella. La Odisea es uno de mis libros favoritos. El héroe que vence con ingenio, no con la fuerza. Todos los hombres somos un poco Odiseo.

Como llegamos a pocos minutos de la hora, pensaba ir directo a la sala, pero ella me detuvo en el lobby, acomodándose junto a la cartelera que anunciaba la obra.

“Vamos a tomarnos una foto”, me dijo. Y pese a que no me agrada fotografiarme, acepté, ocultando mi desgano. Tuve que negociar para que mi esposa me acompañara. Me costó dos salidas al antro, no solo el dinero, aguantar a sus amigas, el escándalo de esos lugares y tener que bailar. Algo que me desagrada más que tomarme fotografías es bailar. Ya lo dijo el poeta: “Las fiestas no se hicieron para mí”.

La que sería solo una foto se transformó en seis, siete.

Por poco no nos dejan entrar a la sala. Estábamos buscando nuestros asientos cuando apagaron las luces. Encontramos lugares libres, la mitad de las butacas estaban vacías. Esto se me hizo curioso, los boletos nos costaron apenas cincuenta pesos cada uno, un poco más baratos que los del cine.

Vi de reojo cómo Fabiola estaba publicando las fotografías en sus redes sociales. “Está bien, no quería venir, pero déjala que presuma”, me dije.

El encargado de utilería se había lucido, en verdad parecía el palacio de un rey griego: el trono de piedra, la alfombra, los trípodes



sosteniendo el pebetero encendido. Fuego real. Solía venir al teatro durante mi etapa de universitario, pero las obras tenían mucho menos presupuesto. Aquí cuidaron hasta el vestuario de las criadas quienes vestían peplos sencillos, que se diferenciaban de la lujosa estola de la reina. Los soldados usaban una armadura que creí era de metal hasta que al caminar noté que se trataba de cartón pintado, de manera que parecía una armadura real. Los pretendientes vestían laticlavias, y pese al error temporal —eran los senadores romanos, no los griegos antiguos, quienes las usaban— me agradó el esmero con el que las túnicas estaban confeccionadas.

Un jovencito era quien interpretaba a Telémaco —usaba armadura al igual que los soldados, pero con una capa roja, para diferenciarlo—, no debía tener más de dieciséis.

—Voy a hablarte oh huésped, con gran sinceridad. Mi madre afirma que soy hijo de aquél, y no sé más; que nadie consiguió conocer por sí su propio linaje. ¡Ojalá que fuera vástago de un hombre dichoso que envejeciese en su casa, rodeado de sus riquezas!; mas ahora dicen que desciendo, ya que me lo preguntas, del más infeliz de los mortales hombres.

—¿Por qué habla así? —me preguntó Fabiola, con las cejas arqueadas hacía abajo y haciendo muecas.

—Es un diálogo del libro —le dije— me gusta cuando le son fieles al material.

—Pues sí, pero no se le entiende ni jota.

—Él es Telémaco. El hijo de Odiseo. Su padre fue a combatir a Troya —le conté en voz baja— pero ha provocado la cólera de

Poseidón, dios de los mares, quien impide su regreso. En su ausencia, su palacio se ha llenado de pretendientes que buscan la mano de su esposa, Penélope. Pobre Telémaco, ¿no crees? —mi vista se centró en el muchacho que hablaba con Atenea travestida— tiene que sufrir la ausencia de su padre en silencio, le ha sido puesto sobre los hombros una carga que le es imposible llevar, pero no puede deshacerse de ella. Solo puede fracasar en su rol y seguir fracasando mientras se vuelve hombre.

Dejé de ver la obra, decenas de recuerdos se agolparon en mi cabeza, formando una amalgama deforme de dolor y heridas que creí cerradas. Bajé mi vista y la centré en la butaca frente a mí. Era negra, pero no de un negro uniforme, más bien de un tono descolorido como el que se percibe de la Coca-Cola a través de un envase de vidrio. Recordé una de tantas veces que fui con mi padre a la peluquería, después de cortarnos el cabello pasábamos a la tiendita de la esquina y nos tomábamos un refresco. Mi mamá se lo tenía prohibido, a causa de su diabetes, pero ése era nuestro secreto. El envase se quedaba en la tienda y yo jamás traicioné a mi padre. Hubiese esperado lo mismo de él.

—Antes de irse a Estados Unidos, mi padre me dijo que yo sería el hombre de la casa. Puso un libro en mis manos, era uno de los únicos cuatro que teníamos, junto con La Biblia, un recetario y una enciclopedia Océano. Ya lo había visto antes, pero nunca me había interesado en él, la portada era un tanto fea; un fondo naranja con unas letras blancas en el que se leía: La Odisea y debajo del título el nombre del autor con tipografía más delgada y pequeña:

“Homero”. Recuerdo que arrojé el libro sobre mi cama —no lo leería hasta algunos años después— y correr a abrazar a papá, rogándole que no se fuera. Él se sentó en la cama conmigo y acarició mi cabello. No recuerdo si me quedé dormido abrazándolo, lo que sé es que en algún momento lo solté, porque al despertar, se había ido. Ese día yo estaba jugando con mis Caballeros del Zodíaco, tenía tres, y tanto las armaduras como las cabezas podían intercambiarse. Mi madre me los arrebató de las manos y los guardó en una caja.

—Ya no puedes jugar con muñecos—, me dijo—. Necesito que crezcas.

Yo tenía once, sé que algunos niños dejan de jugar con muñecos desde los diez, pero sabes, lo hacen por decisión propia. Todos los niños sin padre somos Telémaco. Mamá me enseñó a cocinar, lavar trastes, limpiar el inodoro, cambiar los pañales de mi hermanita y preparar su biberón. Comenzó a trabajar en un centro comercial, según ella sería solo en lo que papá se acomodaba para enviarnos dinero.

Adquirí nuevas obligaciones. Al salir de la escuela, debía pasar por mi hermana a casa de mi tía, y llevármela, junto con mis primos de ocho y siete años, hasta mi casa, que eran nueve cuerdas empujando la carriola. Mi tía, por su parte, se iba a trabajar. Nos mandaba lonche. Pero su comida era insípida y aguada. Mamá cocinaba mejor, pero había dejado de hacerlo desde que comenzó a trabajar, sus menús habían pasado de sopas, milanesa y crema de zanahorias a hot-dogs, nuggets de bolsa y sopas instantáneas.

Después de tres meses, papá marcó por teléfono. “Por fin mandará dinero”, dijo mamá. A mí no me importaba eso, yo estaba contento de escuchar su voz. Desde que se fue, dormí con su fotografía debajo de mi almohada. Esa noche, después de hablar con él, de que me prometiera que volvería y que seríamos mucho más felices, de pedirme que fuese bueno y obediente; esa noche, la fotografía me pareció más llena de color.

Toleré los siguientes meses con mejor actitud. Mi papá hablaba a veces cada quince días, otras, cada mes. Pero mandaba dinero, incluso mandó un poco más la primera Navidad que estuvo ausente. Fue en febrero cuando dejó de llamar, pasó marzo, abril, nada. Mi madre discutió con mi abuela —quién vivía en el entonces Distrito Federal— por teléfono. Y me prohibió marcarle. Tuve que cargar con todas las frustraciones de mamá. “Seguro tiene otra familia”, “No manda dinero porque se olvidó de nosotros”, “Lo mejor será que te olvides de tu papá”. “No seas ridículo, deja de poner esa fotografía bajo tu almohada”. Y la foto se veía vieja, gris, como si llevase decenas de años. Y aquella imagen de mi padre y yo bebiendo refresco en la tiendita, parecía que hubiese sucedido en otra vida, a otra persona.

Empecé a fallar. Olvidaba cambiar el pañal de mi hermana, reprobaba en la escuela, comencé a pelear con mis primos, incluso oriné varias veces la cama mientras dormía. Mi mamá me golpeaba, tenía doce y aún me pegaba. No sé si al verme veía a papá o solo era la forma de desquitar su tristeza. Yo también estaba molesto con papá y con ella. Mi tía me trataba peor desde que cacheteé a su hija,

ella se lo merecía, por lo que dijo de mi papá. “¿Estás pendejo? Tu prima es una mujer, tu tía me hace el favor de cuidar a tu hermanita y darles de comer. Lárgate y no vuelvas hasta que vayas a su casa y le pidas una disculpa”. Y me fui. No sabes cómo odié tener que hacerlo. Ir y decir cosas que no sentía. No era tan valiente como para fugarme y vivir en las calles.

Mi madre empezó a salir, a llevar hombres a la casa. No los pasaba, venían a verla y platicaban en el patio. “Son amigos”, me decía. Y yo fingía creerle. Si le hubiera dicho lo que pensaba me hubiese reventado la boca. Le tenía miedo; cuando me pegaba se le desfiguraba el rostro, como si un demonio la hubiese poseído. Después de un rato me pedía perdón y me reiteraba que yo lo había provocado. Jamás le levanté la mano, pero en mi mente la imaginaba muerta.

Era final de noviembre cuando papá llamó. Mamá estaba en el trabajo y yo estaba solo con mis primos y Alondra. Dijo que vendría para Navidad. Y mi corazón brincó de alegría. Me pidió que guardara el secreto. Por fin papá regresaría. Esa Navidad yo era el más feliz, el que rezaba y cantaba con más gozo. Hasta que se dieron las nueve, las diez, “tal vez llegue a medianoche”. A la una me enviaron a mi cuarto, pero seguí despierto más allá de las dos, hasta que me venció el sueño. La noche siguiente rompí la fotografía de papá. La convertí en decenas de cachitos deformes.

Fue a mediados de enero que habló mi abuela. La cara de mi madre pasó del enojo a la tristeza. Papá murió. Cayó de un andamio y se golpeó la cabeza. Lo iban a sepultar del otro lado, pasar el

cuerpo de un ilegal era además de complicado, costoso. Corrí hacia mi habitación con los ojos llenos de lágrimas y al levantar la almohada recordé lo que había hecho. Con el tiempo se olvidan las caras, ¿sabes? Recuerdo que tenía el bigote negro y espeso, la nariz chata, el rostro quemado por el sol. Al día de hoy no tengo una sola fotografía de él. Sé que hay personas que pierden a ambos padres, o que son hijos de drogadictos o violadores. Sé que hay personas que la pasaron peor que yo. Pero eso no alivia mi dolor. Ojalá todas las historias terminaran como La Odisea.

Volteé mi rostro hacia Fabiola, quien estaba absorta en el celular.

—¿No lo crees? —le dije.

—¡Eh!, perdón, es que Brenda compartió una foto de un tatuaje que se hizo con su esposo. ¿Qué me decías?

—Que me gustaría tener un hijo.

**J . R . SPINOZA**

México

Facebook: <https://www.facebook.com/escritorspinoza/>

Instagram: [@winchesterrudy](https://www.instagram.com/winchesterrudy)

Twitter: [@r\\_spinoza](https://twitter.com/r_spinoza)



ELLA

MARÍA DEL CARMEN  
RAMACCIOTTI



**E**lla surgía al rato desde la habitación, finalizando su tertulia con los fantasmas. Mantenía mejores relaciones con ellos, que con el resto de los habitantes de la casa.

Ellos la conocían bien, cómo no, si eran y habían sido sus seres más próximos. Ya no manifestaban discrepancias como en otros tiempos, claro, bueno, en los tiempos en que estaban vivos.

Manuela había destinado ese cuarto para los encuentros y la entrada estaba vedada al resto de los ocupantes de la vivienda.

Comentaba con ellos las cuestiones cotidianas que la preocupaban. Como en un confesionario, pero público, ya que todos escuchaban sus planteos y tenían derecho a opinar. Salía renovada y con soluciones consensuadas, a su modo de ver, muy acertadas.

Los hijos no se atrevían a interrogarla y la observaban en silencio, simulando normalidad y consideraban que era una etapa más de sus duelos interminables.

“Si ella es feliz así, habrá que dejarla y respetar el manejo de sus estados”, se decían. Íntimamente temían por su estado psicológico, aunque no lo admitían a viva voz.

Manuela enfermó y falleció súbitamente.

Nadie se animó a ingresar al cuarto de los fantasmas.

Siempre escuchaban ruidos adentro y posiblemente se trataba de las consabidas tertulias, propiciadas tal vez, por Manuela.

**MARÍA DEL CARMEN RAMACCIOTTI**  
Argentina



# ME LO DIJO UNA GITANA

GERARDO ÁLVAREZ  
BENAVENTE

Vestida con sus amplias polleras rojas, verdes y blancas, un pañuelo floreado sobre la cabeza, pulseras y collares y con unos ojos renegridos, andaba por las calles “adivinando la suerte” a hombres y mujeres.

Debía tener unos veinticinco años y su cuerpo era algo rollizo y sensual —idéntica a su madre— quien le enseñó esas artes. Igual que su tía y las otras mujeres de la familia; siempre viajando de un lado a otro, deambulando por alguna nueva ciudad y obteniendo algo de dinero por sus trabajos.

Nómadas perpetuos, iban en sus carromatos. No eran muy bien vistos por la gente, en general, pues tenían fama de ladrones —en especial los hombres— que se decía eran pendencieros y sabandijas. Siempre con una navaja lista a usar contra quien los desafiara.

Muchos años atrás, una tarde gris y fría, a una mujer que caminaba por la vereda de la avenida principal se le acercó una gitana:

—Te veo cara de preocupada —le dijo— ¿Es por qué no tienes hijos?

La mujer la miró algo asombrada pero no contestó.

—Dame tu mano —continuó la gitana—. Te voy a leer la suerte pero no te voy a cobrar nada. —Le tomó la mano entre las suyas y observando las líneas de la palma sentenció— ¡No te preocupes por eso, vas a tener dos hijos, primero una niña y luego un varón!

La mujer la volvió a mirar abriendo mucho los ojos. Dijo: - gracias —y abrió la cartera para sacar dinero—. La gitana mirándola a los ojos agregó: —No te cobro nada, ve tranquila —y dándose la vuelta desapareció entre la gente que caminaba apurada por la avenida.

Tiempo después la mujer quedó embarazada y tuvo a una niña y un par de años más tarde a un varón. Ese varón era él. La predicción se había cumplido exactamente. Pero ¿cómo diablos lo había sabido aquella gitana que ni siquiera conocía a su madre?

Muchos años después, otras gitanas recorrían las calles. A veces una sola, otras en grupos de dos o tres, siempre adivinándole la suerte a los transeúntes.

—Yo te puedo adivinar el futuro, muéstrame la palma de tu mano... ¡No, la otra! —le dijo una de ellas cuando se le acercó.

Él, se la extendió sin mucha convicción. Los ojos penetrantes y oscuros de la gitana joven lo cautivaron. Tenía las pestañas largas y arqueadas y un rostro muy bello.

—Veo que no tienes novia. pero pronto conocerás a una mujer con la que serás muy feliz —le sonrió y él se sintió reconfortado—. Pero ten cuidado —continuó ella— también veo algunos problemas económicos que te generarán muchos dolores de cabeza, te conviene ahorrar porque se viene una crisis en el país. No gastes de más si quieres pasar los próximos años tranquilos.

El hombre escuchaba con atención, no demasiado convencido de lo que ella le decía, pero con cierta curiosidad pues era cierto que

andaba en busca de novia y en cuanto al dinero temía por quedarse sin trabajo.

La gitana le tomó la mano entre las suyas y luego lo miró a sus ojos con cierta picardía o al menos a él eso le pareció. ¿Sería una invitación? Ella era muy hermosa como suelen serlo las de su raza. Pero les tenía algo de temor pues su madre siempre le advertía acerca de los gitanos en general que eran peligrosos y sabandijas...

Varias veces se la cruzó. Ella siempre andaba por la plaza y como él trabajaba en un banco cerca de allí, la observaba cada vez que salía.

Una tarde de verano muy calurosa se le acercó. Ella lo observó con curiosidad. Y él la invitó a tomar algo en el bar más cercano. Quería que le contara más acerca de su destino y por supuesto, quería verla de cerca otra vez pues cuando lo hacía, le latía más fuerte el corazón.

Ella aceptó, pues parecía gustarle. Charlaron un rato sentados a la mesa del bar mientras bebían un par de refrescos. El murmullo de la gente se escuchaba apagado y el sol de la tarde entraba por los amplios ventanales que daban a la avenida.

—¿Alguna vez le prestaste atención a tus manos? —le hablaba como en un susurro— ¿Alguna vez observaste con atención las líneas que allí aparecen? Revelan tu destino. Toda tu vida está escrita allí. Igual que los astros, te muestran tu futuro y tu pasado.

Él la escuchaba y le preguntaba una y otra vez y ella le leía todo lo que podía ver:

—La línea de la vida... tendrás una vida muy larga; la línea del corazón... ¡uhm... parece que serás muy feliz! Te casarás y tendrás dos niñas... La línea de la cabeza... uhmm, tienes inteligencia... —se las iba señalando con la mano entre las suyas y rozando su palma con la punta de los dedos.

—Aquí está el monte de Venus, y estas cruces señalan problemas...

—¿Por qué son así? —le preguntó asombrado.

—Bueno, eso... na' lo sabe. Pero allí está todo escrito para quien lo sepa leer.

Luego, mirándose a los ojos se dieron cuenta que entre ellos había algo más que curiosidad. Él pagó la cuenta y llamando a un taxi la llevó a su apartamento.

Allí pasaron una tarde apasionada. Sus formas se entremezclaron cadenciosamente. Esos ojos renegridos lo hechizaban. Y sus muslos poderosos, sus caderas y sus pechos abundantes lo llevaron a la gloria.

La noche los sorprendió dormidos. Ella se despertó primero, se levantó despacio, se vistió y se fue por la puerta sin hacer ruido. Cuando despertó él, solo halló el pañuelo floreado con su perfume. La gitana había partido. Nunca más la volvería a ver.

Veinte años después, estando con su familia en un parque, el hombre vio aparecer por el sendero, entre los árboles, a dos gitanas vestidas con sus tradicionales ropas coloridas. Una era muy joven y se parecía enormemente a la otra que era entrada en años.

Seguramente eran madre e hija. La mayor parecía estar aconsejándole algo a la más joven. Él las vio acercarse al banco de tablones donde se encontraban sentados, descansando del largo día de paseo al aire libre.

La gitana menor era muy hermosa, le recordó a aquella con quien había tenido un fugaz romance. Esos ojos tan renegridos y esas pestañas arqueadas... y su figura tan sensual... Pero la madre... la madre... ¡se parecía aún más! Si bien habían pasado tantos años... ¿Sería la misma que él amó una vez y que nunca olvidó?

—Una vez una gitana me dijo que tendría dos niñas... —les susurró él poniéndose de pie, con el corazón en un puño cuando pasaron a su lado— ...y aquellas son mis hijas... —y les señaló a las niñas que jugaban sobre el pasto con sus muñecas-.

—Te felicito —sentenció en tono indiferente la gitana mayor y continuó sus pasos junto a la otra.

Él las vio alejarse mientras el sol se iba escondiendo tras los árboles y el cielo se oscurecía, con miles de preguntas en su cabeza.

Entonces su mujer se le acercó para abrazarlo mientras las niñas continuaban jugando.

—¿Y te dijo que serías feliz?

—Sí... -salió del ensimismamiento. Abrazó a su mujer - ¡Muy feliz!

—Bueno, ¡entonces no hay problema! ¿Nos vamos? —lo apuró ella— está refrescando y tenemos que volver a casa.

¿Sería la misma gitana? Y la más joven ¿sería su hija? Nunca



lo sabría.

**GERARDO ÁLVAREZ BENAVENTE**

Uruguay

Facebook: [Gerardo Álvarez Benavente](#)

Instagram: [Gerardo Álvarez Benavente](#)

Blog: [miscuentos17.blogspot.com](http://miscuentos17.blogspot.com)



# LA PARTIDA

ROMEO LUCCHI



odas las noches me contaba la misma historia.

Volví a casa después de un duro día de trabajo, cenábamos y luego me contaba lo mismo. Pero antes teníamos que jugar nuestra partida.

—Sabes, Jack...—decía. Me llamaba Jack porque le gustaba darle un toque internacional a nuestros nombres.

—¿Qué, Frank? —le preguntaba. Era como jugar un partido de tenis: rápidos intercambios de pelota y mucho esfuerzo.

—Hace muchos años, cuando era joven —continuaba él— hice un viaje. ¿Y sabes a dónde fui, Jack?

—¿Y a dónde fuiste, Frank? —no podía no preguntarle, si no lo hubiera hecho él habría continuado indefinidamente. Una noche intenté no jugar, él insistió cada vez más y luego llegamos a las manos. Estaba hecho una furia. No tenía elección: debía jugar mi partida.

No me correspondía decidir si hacerlo o no.

—Fui a Barcelona en tren. Salí de Génova a medianoche. Mis amigos me acompañaron a la estación y ella también estaba allí. ¿Has estado en Barcelona, Jack?

—No, Frank. Nunca.

—Es una ciudad preciosa. Tienes que ir allí. ¿Lo harás, Jack?

—Lo haré, Frank

—Prométemelo.

—Te lo prometo.

En ese momento, después de realizar mi promesa, nuestra partida llegaba a su fin y yo escuchaba su historia. En nuestro juego



no había ganadores ni perdedores, se jugaba y ya está.

—Acababa de conocer a Lory —decía— y hasta el último momento estaba indeciso si irme o no. Me gustaba mucho esa chica, pero no quería renunciar a mi viaje en solitario. Era mi primera vez. Ya lo había dicho a todos que iría a Barcelona solo y ya no podía echarme atrás, habría perdido la cara. Lory también estaba en la estación con los demás. Nos despedimos como se hace entre amigos, no quería que otros vieran que estaba loco por ella. Llegué a Barcelona a la mañana siguiente. No recuerdo cuántos trenes cambié, pero recuerdo que el último era realmente incómodo, espartano, con asientos de madera. No pude pegar ojo y escuché música toda la noche en mi walkman. Tenía una tía sentada enfrente, mucho mayor que yo, muy maquillada, con pinta de puta. En algún momento sacó la lengua y se lamió los labios mirándome directamente a los ojos, yo los cerré y me hice el dormido. Vagué por la ciudad durante dos días como un zombi. Todo el día en taxis y metro sin rumbo. No tenía paz y decidí volver. Pasé una noche en Nimes y regresé a casa. Primero llamé a Lory. Me tomaba el pelo, decía que en lugar de estar fuera una semana a los dos días había vuelto solo por ella, porque yo también la quería. Dos años después nos casamos. Hemos sido felices, pero luego ella se fue.

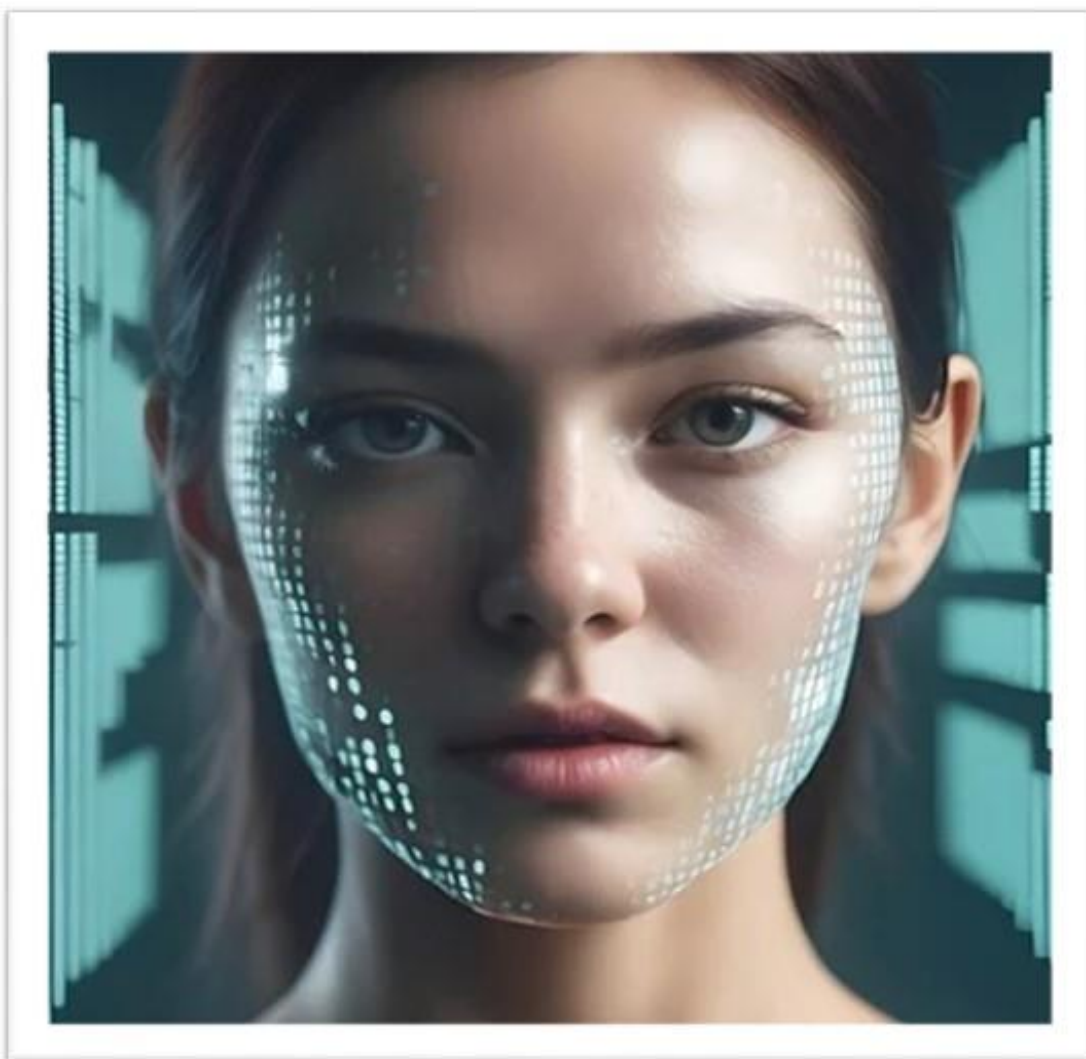
Ese era el momento más doloroso. Frank empezaba a llorar y de nada servían mis intentos de consolarlo. Era desgarrador. A veces lloraba toda la noche. A menudo lo había oído desesperarse hasta el clarear el día.

Me llevó meses y mucha dedicación, pero hace un par de semanas he encontrado a Loredana, la Lory de Frank. Al principio no quería verme, insistí mucho y conseguí invitarla a comer. Fuimos a un sitio muy bonito, comida casera. Hablamos todo el tiempo, hasta la noche.

En menos de una hora Lory estará aquí, con Frank... quién sabe, tal vez para siempre.

**ROMEO LUCCHI**  
Italia

X: <https://x.com/RomeoLucchi>



# CYBERCIENTA

CARLOS ENRIQUE

SALDÍVAR ROSAS

**P**ara nadie era novedad en el reino de las cenizas que el príncipe había encontrado un tacón dorado en las fuentes prodigiosas del sagrado coral.

Niza pensaba en ello, en las imágenes de ese apuesto mancebo que lograba ver a veces en los smartphones de sus dos hermanastras. Deseaba lucir vestidos de seda, de algodón, mostrar su belleza, pero su madrastra la obligaba a limpiar la casa, preparar la comida, lavar la ropa. En aquellos momentos Niza extrañaba a su padre fallecido, quien fue un experto en prótesis y ayudó a mucha gente mutilada, por el entorno violento que se vivía en el país. En todo el reino los pandilleros y los barristas bravos atacaban a machetazos o disparaban a matar contra quien no les cayese bien.

Era una época violenta, pero el rey estaba haciendo reformas muy buenas y aumentaba la seguridad, por ende, su popularidad crecía. Niza se dijo que si se casaba con el príncipe podría crear proyectos de ley muy valiosos, a favor de la comunidad. No obstante, estaba constreñida a labores que no la dejaban relajarse y ser ella misma. Por fortuna, tenía más deseos: quería irse un día de aquella casa y llevarse los cuadernos que su papá le legó, donde estaban los secretos para construir las partes cibernéticas que, hoy en día, muchos usaban, incluso para conectarse a la red.

El ciberespacio, ese maravilloso tinglado de belleza. Niza recordaba cuando alquilaba una cabina de internet y miraba todo lo que había allí. Se le ponía la piel chinita de saber que había gente que se unía a la virtualidad mediante una señal enlazada con sus



cerebros orgánicos. La chica no podía darse el lujo de mantenerse en línea mucho tiempo, pues le robaba un par de soles a su madrastra para costearse ese goce adictivo. No obstante, logró encontrar en una red social (donde se añadió con el seudónimo de Chica Ceniza) al socio antiguo de su progenitor: El Alfa Rodas.

Un día llegó tarde a limpiar el baño, pues había estado chateando con El Alfa Rodas y acordó un encuentro con él. Su madrastra y hermanastras le dieron una paliza y la dejaron llorando encima del inodoro. Le dijeron que ese era su lugar y ella solo quiso morir. No obstante, la tribulación pasó rápido. El socio de su padre le había dicho que, con el saber que ella tenía, debido al legajo en papel, podría llegar a ser una notable ingeniera mecánica.

Se escapó esa noche con lo que tenía puesto y se perdió en el bosque que debía cruzar, un lugar tan frondoso como la cabellera de una Gorgona. Lo peor fue que un bicho robótico le picó en el tobillo izquierdo pensando que se trataba de una amenaza. Tales artilugios eran así, a veces no discriminaban lo bueno de lo malo.

La herida se le infectó y se dio cuenta de que había nanobots que descendieron a la punta de sus pies, ya que se hallaba caminando y la sangre fluía hacia abajo. Logró hallar la salida y llegó al taller de El Alfa Rodas. Una vez ahí, se desmayó.

Al despertar, al cabo de un día, se asustó al ver a su nuevo mentor. Parecía una entidad hecha de piedra, lucía como un robot, metálico y brillante, como la luna incitando a que un humano se convierta en lobo. Él le dijo con una resonante voz que no se asustara, que no era un robot, sino un cyborg. Su cerebro era

humano, aunque casi todas las piezas de su cuerpo fueron reemplazadas por metal. No lo hizo porque sufriera un accidente o algo parecido. Él mismo cambió todos sus órganos porque la carne era imperfecta.

Niza se dijo que no estaba del todo mal, pues cada quien podía hacer lo que quisiera con su cuerpo, aunque ella no se pondría ninguna parte de acero nunca, no deseaba vivir más de lo necesario. Su única ambición era servir a la comunidad y dejar un legado, como hizo su progenitor con ella. No se dio cuenta de que hablaba en voz alta.

Su nuevo mentor le dijo que su verdadero nombre era Aro, que lo del Alfa Rodas lo usó porque un tiempo fue perseguido por el anterior gobierno, antes de que el Pueblo eligiera a la monarquía, la cual ahora deseaba preservar los beneficios de los implantes y prótesis con el fin de mejorar la calidad de vida de los cenicientos.

Algo más que mencionó Aro hizo que Niza casi se desvaneciera.

Desde su pie hasta iniciar la rodilla el veneno del bicho mecánico hizo efecto. Los nanobots se lo comieron y fue necesario amputarle parte de la pierna. Aro le dijo que no se preocupase, le inyectó drogas que la tendrían un poco mareada y con malestares, empero, evitarían que sintiese dolor, al menos hasta que el proceso de sustitución se completara.

¿De qué proceso de sustitución hablaba aquel ente metálico? Niza quería su pierna de nuevo, se puso a llorar, como nunca antes, como no lo hizo cuando su padre falleció por un accidente cuando

un automóvil que se conducía solo lo arrolló. El carro fue a la cárcel, pues se comprobó que tenía un cerebro humano con partes de auto, y que se había inyectado una droga recreativa directamente a los sesos. Había cárcel para esas entidades y era bastante fácil dominarlas porque su poderío radicaba en lo electrónico.

¿Por qué pienso en eso?, se dijo Niza con los ojos cubiertos de lágrimas. Ni siquiera su nueva familia la hizo desmoronarse de esa manera. Estuvo casi una semana sin deseos de comer ni hablar. Cuando dormía, tenía pesadillas. Solo comía pan y jugo de frutas. Aro le mencionaba que tenía que alimentarse mejor. Así se recuperaría. Que él podía ser como un tío o un padrino para ella. Que nada había acabado, aún podía ser grande, lograr sus metas.

Una tarde ella quiso pararse, se cayó, vio el espacio vacío, donde la mitad de su pierna debía hallarse y gritó como una loca. Se armó de valor. Se sentó en el sofá y se dio cuenta de que Aro dejó un smartphone en la mesa. Eso la animó un poco. Lo que más la encendió fue toparse con la noticia de que el príncipe Hado estaba buscando una esposa. Para ello, estaba probando en todas las jóvenes, a partir de los dieciocho años, el tacón dorado, pero no le quedaba a ninguna. Era extraño, como si aquella prenda hubiera estado diseñada para una persona especial. Niza quiso ser ese alguien.

Por eso accedió a que Aro le pusiera el servomecanismo que reemplazaría un trozo de carne faltante, en su extremidad inferior izquierda. Muy bien diseñada y cubierta con piel sintética, del mismo color de su piel trigueña. Hecha a medida, aunque había un detalle.

Las medidas del zapato eran singulares, el pie robótico que Niza tendría había de ser de la talla adecuada para que pudiera calzar bien ese tacón.

Hubo dolor en el proceso. Los nanobots benignos recorrieron la sangre de Niza. El metal se acopló a la carne, e incluso mediante la planta de su nuevo pie podría conectarse a la red, sin necesidad de cables, solo mediante una clave wifi. Aro le dijo que, si era cuidadosa en extremo, nadie adivinaría su secreto. Que ahora saliera al mundo, con este nuevo vestido celeste que él le compró. Tras un baño y una serie de cuidados de su cuerpo, sobre todo de su piel, se veía bonita. Lo suficiente para no serle indiferente al príncipe Hado, quien estaba desesperado porque a nadie le quedó el tacón de oro.

Ella se presentó ante la puerta del Palacio, irreconocible para su malvada familia, la cual la miraba desde una transmisión en vivo. El príncipe, al inicio no quiso salir, para que la desilusión no lo atrapara nuevamente, sin embargo, al otearla desde el patio, ordenó que hicieran pasar a tan agraciada dama, a la cual le colocó el calzado con mucha delicadeza, ya que Hado era un caballero, amable e inteligente.

El tacón le quedó perfecto a Niza, quien dijo llamarse Ara. Hado no supo qué decir, solo pensó en conversar con ella, conocerla y saber si ese calor que sentía y se acrecentaba como un volcán sereno pero animoso, era el principio del verdadero amor. Tenía que ser así, pues ya pronto cumpliría treinta años y las entidades de la ribera, todas cibernéticas, las cuales podían predecir cifras,

anticiparse a los hechos cuales profetas, le comentaron que en el pie que calzara dicho tacón él hallaría una relación intensa y duradera.

El algoritmo no se equivocaba. Al cabo de dos semanas se casaron.

Niza, desde su puesto de princesa, señaló su interés en la ingeniera mecánica y en las mejoras con respecto a las prótesis en el sector salud.

Seis años después, el rey murió, pues era muy anciano. Hado tomó su puesto. Ahora se podrían realizar reformas importantes en aquel país del sur del mundo que tanto necesitaba medidas justas para el bien del Pueblo. Niza era una gobernante muy querida. Le encantaba notar que el tiempo transcurría y sus malvadas hermanastras se quedaban solteronas ante la desesperación de su madre, quien ya no sabía qué hacer porque estas mujeres eran malignas y por eso los hombres las detestaban. Ellas nunca se dieron cuenta de que Niza era la reina.

Una vez al mes, Cybercienta, como se llamaba a sí misma en las redes sociales, donde se sumergía desde el anonimato contadas veces (pues tenía múltiples responsabilidades), iba al taller de su padrino, el cual no quería la exposición ni ningún premio especial por su labor destacada en el campo de la robótica. No obstante, trabajaba codo a codo de manera virtual con Niza para lograr los cambios que ella tanto deseó en pos de un reino con mayor calidad.

A menudo, la reina pensaba en cómo se dieron las condiciones para que llegara a esa nueva vida, muy alejada de los pesares de tiempos pasados. También recordaba a su padre, el cual

le decía que algún día sería una muchacha notable, que aportaría cosas buenas a su patria y quizás al mundo. Papá, te extraño demasiado.

Sobre todo, Niza se preguntaba un par de cosas. ¿Si ella no hubiera creado la cadena de acontecimientos que condujeron a su reinado, quién lo hubiera hecho? ¿Estaba ella siempre destinada a ser la mujer que calzara el tacón dorado? No era mágico, desde luego, en estos tiempos primaba el pensamiento racional, lo científico.

Por ello se dijo que las criaturas artificiales que habitaban en la costa sabían de ella, por ende, crearon el calzado maravilloso. Sabían que Niza lograría la meta trazada, porque en todo el reino no existía otra mujer más capaz para tener este importante cargo y lograr las mejoras requeridas, ya que el país hubiera decaído en un sitio cruel, muy difícil de manejar.

Darse cuenta de ello la inquietó. Los seres mecánicos y seguramente otras entidades, de índole digital, la conocían: sus virtudes e imperfecciones. Por eso el príncipe y ella eran tan afines. No dudaba del amor que le prodigaba él. ¿Qué hubiera sucedido si Niza no hubiese correspondido a aquella devoción de la misma manera?

No, todo estaba supeditado a cálculos y extrapolaciones. Los seres artificiales que viven en las afueras de la capital diseñaron un zapato perfecto para su pie. Ahora lo sabía. Aquel ataque del bicho robótico venenoso fue circunstancial. De todas formas, su extremidad inferior habría empatado con aquel tacón. Es más, otros

entes cibernéticos le crearon una pieza gemela para su pie derecho. Todo era tan perfecto.

Pensó en lo gentil y cariñoso que era su esposo. Meditó sobre las maravillas de la actual tecnología. Reflexionó acerca de su actual situación en el mundo y en las facultades que ahora tenía. No era como la Cenicienta del cuento. Era Niza, la ingeniera, la imparable, la que no se doblegaría ante la misión que se juró cumplir.

**CARLOS ENRIQUE SALDÍVAR ROSAS**

Perú

Enlaces a webs y redes sociales:

<https://el-muqui.blogspot.com/>

<http://babelicus.blogspot.com/>

<https://www.facebook.com/carlosenrique.saldivarrosas/>

[https://www.instagram.com/carlos\\_enrique\\_saldivar/](https://www.instagram.com/carlos_enrique_saldivar/)





UN GATO

IRMA VEROLÍN

E

lla bajó los ojos hacia sus manos de dedos apretados y murmuró:

—Te quiero pedir algo.

Él se sobresaltó, pero como sabía disimularlo muy bien, dijo:

—¿Sí?

Las pausas que él solía hacer entre palabra y palabra a ella la ponían nerviosa, aunque más nerviosa se ponía cuando su marido en su estilo escueto de actuar y de hablar la dejaba en ascuas, con el aliento en un hilo y las frases que soltó, desmayadas por el aire de la casa. Ella no tenía la menor duda de que si contestaba enseguida iba a empezar a tartamudear. Por eso lo miró, lo miró descaradamente, conocía a la perfección el efecto de sus miradas; un gesto o una mirada suele ser más poderoso que cualquier palabra. Era absolutamente obvio que a los hombres los embarullan las palabras, da la impresión de que, al acumularse, las palabras pierden fuerza y efectividad en sus organizadas mentes, luego no saben qué hacer con ellas y, en el apuro, lo único que atinan es a armar un bollo y a tirarlas por cualquier parte.

—Sí, decime... —agregó él, que había quedado turbado por la estocada de la mirada y no estaba dispuesto a reconocerlo.

—Vos sabés que cuando te vas a trabajar estoy el día entero sola acá —empezó a decir ella y desató sus manos para señalar el medio ambiente, la casa, su casa, y con ese ademán estaba desplegando todo su mundo frente a él, no para demostrarle que era poca cosa sino procurando delimitar su dominio una vez más, y de

paso convencerse a sí misma de que aquel espacio configuraba su particular territorio, una geografía diseñada exclusivamente por ella.

Él adivinó que se venían demasiadas palabras y en un acto instintivo espió su reloj pulsera. Un cabeceo distraído, él lo sabía muy bien, iba a hacer que ella redujera al menos la cantidad de palabras en alguna prudente proporción, así el tiempo se achicaría y de esa manera él podría seguir con lo suyo. Ella habló atropelladamente:

—Quiero un gato. Un gato chiquitito que vaya creciendo, que sea dócil y movedizo, un gato blanco me gustaría. Imaginate, yo acá sola, y un gato me acompañaría...

Ella siguió hablando. Él, parado a dos pasos de la mesa, no escuchó lo que vino después, una suerte de lírica recreación sobre la presencia del mundo animal en las casas donde la gente vive. Supuso que le contestó que sí porque su cabeza hizo el gesto clásico de afirmación. Ella supuso lo mismo, aunque no le quedó muy claro el mensaje. El marido se caracterizaba por su inigualable capacidad de mantener la ambigüedad para luego adaptarla a lo que más le convenía, según las circunstancias de la vida que lo fueran acorralando.

El día continuó para la mujer en un deslizarse, fue grato haberle dicho a su marido lo que ella más quería. Ya estaba hecho, no había vuelta atrás. Cuánto poder tenían las palabras en la gente, una vez que las palabras aparecían, la vida se encaminaba hacia el sitio correcto.

El gato no llegó aquella misma noche, ni al día siguiente. Pero

sí unas semanas después. Se lo trajo él al regreso del trabajo y el encuentro entre el bichito que apenas se hacía sentir, de ojos grandes y bigotes llamativos, fue otro deslizarse de la vida que resbaló sobre sí misma y mejoró lo que se había desmejorado.

Ella quiso llevar al gatito a su cama inmediatamente. Él le previno que podía estar lleno de pulgas. ¿Pulgas? Ah, al entusiasmarse con el gato no había contemplado la posibilidad de ninguna potencial falla. Las imágenes son impecables cuando las abriga la ilusión. Ella miró al gatito con cierto asco y lo encerró en la cocina. Al otro día, en el mercado los vecinos le dijeron, con tono de reproche, que el gatito lanzaba espantosos maullidos y no los dejó pegar un ojo en toda la noche. Ella pidió disculpas y se quedó pensando. Que un animal llorara le pareció el colmo de la desdicha. A partir de aquel suceso selló definitivamente su comunión con el gato. Ya eran dos para vivir a pleno su infortunio.

Ella no tardó en descubrir la cantidad de objetos que se venden en las veterinarias para hacer más agradable la existencia de un gato, empezando por el antipulgas, siguiendo por los collares con incrustaciones de nácar y terminando en los polvos aromáticos. Frunció las cejas cuando vio el precio de la valijita en la que se transportaba al animal. Los gatos son distintos a los perros, salen a la calle protegidos y resguardados, precisan la valijita correspondiente. Consultó la compra con su marido y él puso el grito en el cielo, no sin antes contemplar al gato, un bicho tan chiquito y tan caro de costear. Se arrepintió de haberlo traído a la casa, de haberse dejado convencer por el peso cansador de las palabras que

ella recitaba cada mañana.

—¿Y si vos se la confeccionás con hule o cuero ecológico? ¿Eh? —dijo él en una sugerencia muy inspirada. Se refería lógicamente a la valijita transportadora del gato.

Ella miró al hombre, después al gato, paso seguido cruzó los dedos de sus manos y contestó que sí, que ella se animaba.

Tres días más tarde cuando el marido llegó del trabajo vio el resultado de su manualidad: una suerte de rectángulo bastante torcido, chanfleado digamos hacia la izquierda con dos manijas y una ventana transparente hecha con celuloide. Allí, sobre la mesa de la cocina, ostentaba un cabal aspecto de intemperie. Él calculó que trasladar al gato en la manualidad recién facturada no iba a resultarle cómodo a nadie.

—¿Te gusta? —preguntó ella.

El hombre no supo qué decir y, para disimular su desagrado, agarró al gato y le dio un beso. A ella el beso intempestivo le pareció un buen indicio porque hasta aquel momento su marido no había demostrado el más mínimo afecto hacia el animal. Aquella noche los dos estuvieron de acuerdo en llevar al gato a la cama. Ella sintió que una etapa auspiciosa podría comenzar después de mucho tiempo entre los dos. El gato, por supuesto, se durmió primero.

Es blandito un gato y cualquier cuerpo, en especial el de un hombre, lo puede aplastar. Exactamente eso pasó la primera noche que el bicho durmió en la cama matrimonial. El pobrecito pegó un aullido que despertó a los dos, quienes, con gesto aterrado, se sentaron en la cama con la luz prendida y terminaron contemplando

al gato que los miraba con expresión de reproche desde un extremo de la habitación.

—¿Viste lo que hiciste? —dijo ella.

—¡Yo! ¿Por qué yo?

—Sí, vos. Sos muy grandote y ocupás mucho lugar en la cama. Como él ha sido habitualmente un hombre parco, se levantó intempestivamente y se fue a dormir al living. Hubiera sido recomendable que al irse dijera algo como “No se diga nada más, listo. Me voy”. En casos así siempre es aconsejable alguna frase que rubrique el hecho. Pero no, un hombre como él nunca había comprendido la importancia de la palabra sellando los actos de la vida. Su silencio fue lo peor. Abandonó su propia cama poco menos que si hubiese sido un delincuente. Y se echó en el suelo, sobre la alfombrita del living que, por lo visto, mágicamente hallaba su utilidad. Quien no dice nada pierde poder, del mismo modo en que quien habla mucho busca consolidar el suyo. Esta vez ella tenía la mayor cuota de poder porque no surgieron ruegos, ni frases largas, solo abrió la boca para referirse al tamaño del cuerpo de su marido: un señalamiento irrefutable. No hubo que hacer demasiados cálculos en horas tan inconvenientes de la madrugada para demostrar que él —que era, antes que nada, un hombre respetuoso de las evidencias— la evidente grandura de su talla. Posiblemente ella no había querido dar a entender que ocupar mayor espacio en el mundo fuese un pecado en sí, todo estaba en relación con el reducido tamaño del gato, fue el último pensamiento que tuvo el marido antes de volver a dormirse mientras, débilmente, se oía el



ronroneo del gato que, según presumió, debía arrebujaarse ovillado junto a su mujer.

El hombre salió a trabajar aquella mañana con los músculos de su espalda anudados y las piernas tullidas y un no sé qué en su mirada, un opaco resplandor que no alcanzó a percibir su mujer quien, astutamente se levantó más tarde, y por lo tanto ni siquiera lo vio partir rumbo al trabajo.

Por la noche el marido entró queriendo disimular su caminata en puntas de pie, quizá él también alguna vez aprendería a desplazarse entre algodones igual que el gato. La mujer estaba en la cocina revolviendo un espeso mejunje en la olla y, con una voz sonora que a él lo sobresaltó, le habló sin mirarlo.

—Ya está lista la comida —anunció elevando el tono, seca y cortante.

Cuando él bajó la cabeza vio que al lado de las pantuflas de su mujer se encontraba parado el gato, de espaldas. La cola finita se dejaba caer sobre las baldosas salpiqué en blanco, negro y gris.

—Bueno —dejó escapar el hombre en un tono que se debatía entre la resignación y el recelo. Pronto estuvieron los dos sentados en la cocina donde el gato parecía haber descubierto su lugar preferido frente a un plato humeante, muy humeante, que enturbiaba los rostros con una impecable desarmonía. No hablaron, ni una minúscula palabra se asomó a los labios de ninguno de los dos. Desde su lugar el gato los miraba.

Los miraba con gran comprensión, con esa melancolía innata que caracteriza a los gatos y que las personas interpretamos



caprichosamente. Los miró hasta que terminaron de comer. Era un pobre gatito callejero que nada entendía de costumbres hogareñas, pero un impulso le hizo dar un salto hasta la falda de la mujer. Los dos se sobresaltaron. En ese momento él le preguntó:

—¿Qué tal el bichito? ¿Comió lo que compré?

Ella contestó un sí más a regañadientes que otra cosa. Un sí un poco triste. De alguna extraña manera el gato llegó a comprender que el problema de la gente que vive en las casas son las palabras, un invento defectuoso con el que creen resolverlo todo y con el que más de una vez acaban enmarañando los asuntos. Sonidos que suben y bajan, que se revuelcan por el aire o que terminan sometidos a las más complicadas piruetas, son la moneda de intercambio que lleva a los humanos a la gloria o a la ruina.

Desde el pasillo que iba hacia la casa vecina se escuchó el silbido de un tango, al principio lejano, luego intenso y otra vez lejano. Inesperadamente el gato lanzó un largo maullido que a ella le causó mucha gracia, parecía un lamento o un quejido que imitaba el llanto de un bebé. Él se acercó a acariciar al gato y en el movimiento, la mano rozó el pecho de su mujer. Esa noche los tres durmieron en la misma cama. El gato hizo las cabriolas estratégicas y logró su cometido, al menos aquella noche. Quién sabe si las siete vidas del gato iban a alcanzar para que la convivencia del matrimonio se acomodara con cierta perdurabilidad, quién sabe si el gato viviría lo suficiente o si las palabras entre la mujer y el hombre encontrarían en el aire un trayecto abierto y llano algún día en aquella casa.

**IRMA VEROLÍN**

Argentina

Mi página web: <https://irmaverolin.blogspot.com/>

Facebook: <https://www.facebook.com/irmairene.verolin/>  
<https://www.facebook.com/Espiraldesaraswati/?fref=nf>

Instagram: <https://www.instagram.com/irmaverolin6/?hl=es>



**EL ETERNO  
GUARDIÁN**  
**EDUARDO BARRAGÁN**  
**ARDISSINO**



asi nadie lo sabe, pero existe un mito sobre el desaparecido tesoro de Moctezuma. En su momento todos lo habían oído, todos temían a la posible existencia de *La Bestia*, pero el correr de los siglos provocó que este se convirtiera en un simple cuento que cada vez menos gente conocía. Uno de mis antepasados pertenecía a ese pequeño grupo de personas, y cada uno de sus descendientes se aseguró de compartir esta historia con la siguiente generación, consiguiendo así que el mito no muriera del todo.

Lo que se decía en aquella época era que, estuviese donde estuviese todo ese oro, nadie podría jamás ser su nuevo dueño, aunque lo encontraran, ya que estaba siendo custodiado por una criatura monstruosa a quien apodaban “La Bestia”. Algunos también le decían “El Guardián”, pero este último era el nombre que más se repetía para referirse a este ser. Nadie conocía su aspecto, y las historias para explicar su origen eran muchas, pero mis antepasados solo conocían dos de estas. Una decía que el monstruo era una especie de reencarnación del mismo Moctezuma, el cual volvió para proteger lo que una vez le perteneció en su otra vida. La segunda afirmaba que algún otro emperador lo creó, o lo convocó desde el mismísimo infierno, mediante magia negra, dándole el único propósito de proteger ese tesoro.

Pero no solo abundaban las discusiones respecto a si aquel guardián existía o no. Entre todos los que creían en su existencia, algunos alegaban que el preciado botín no iba a estar seguro por muchos años, pues el monstruo moriría inevitablemente, tarde o



temprano, mientras que otros no podían concebir que esa criatura fuera un simple mortal, y los demás estaban convencidos de que, aunque muriera, sus restos sin vida continuarían con su labor eternamente, afirmando que algo como “El Guardián” no necesita un alma para vivir.

Relato todo esto por lo curioso que resulta que yo, casi la única persona en la actualidad que conoce este mito, haya sido también el que dio con la evidencia de que la historia es real. “El Guardián” existe. Antes de continuar, confesaré algo muy importante: yo fui uno de los que encontró el tesoro de Moctezuma, el que puso a la venta, desde el anonimato, ese tejo de oro en el programa “El precio de la historia”. Tal vez oyeron la noticia.

No les diré mi nombre, pero sí que los rumores son ciertos. En efecto, soy uno de los trabajadores del gobierno capitalino. Al igual que mis compañeros, hice mi hallazgo durante los trabajos de reforzamiento de la línea 2 del metro, en el subsuelo del centro histórico, pero a diferencia de ellos, yo no informé sobre mi hallazgo. Claro, ahora quisiera poder informar sobre el último que hice, pero no es así, nadie me creería una palabra, pues desapareció en cuanto desperté, y además me encontraba solo en ese momento.

Recuerdo que no podía creer mi buena suerte cuando di con aquel esqueleto. Todos los días trabajaba muy duro, con la esperanza de encontrar algo más valioso que la barra de oro, y por un segundo pensé que lo había conseguido. Hallé lo que parecía ser el esqueleto de una criatura humanoide de tres metros de altura aproximadamente, con cabeza y cuernos de cabra, además de unas

enormes garras.

Creí que era falso, una simple escultura, que quizás sería muy valiosa, hasta que lo toqué. En ese momento se movió.

Se incorporó y dirigió su mirada hacia mí (no tenía ojos, pero sentía su mirada). Traté de escapar y pedir ayuda, sin éxito alguno. Me alcanzó en un santiamén, y entonces me desmayé.

Fue uno de mis compañeros quien me despertó. Creo que el monstruo no me atacó porque yo no tenía ninguna pieza del tesoro en mi poder, a diferencia de todas esas personas que han muerto en circunstancias misteriosas estos últimos días.

Sí, sin lugar a dudas él las mató. Sus muertes son culpa mía, yo desperté a “La Bestia”, y ahora anda suelta, probablemente buscando a cada una de las piezas del tesoro y matando a quienes las tengan en su poder.

Aún me pregunto por qué sigo vivo. Tal vez me perdonó porque lo saqué de su tumba, pero creo que en realidad me salvé gracias a haber vendido esa barra de oro. Espero que nunca sepa que yo fui quien la desenterró, o vendrá por mí, para castigarme.

**EDUARDO BARRAGÁN ARDISSINO.**

Argentina

Instagram: edu.escriptor

<https://instagram.com/edu.escriptor?igshid=YmMyMTA2M2Y=>



# **LAS CONSTELACIONES SE MUEVEN Y ESTÁN VIVAS**

**VÍCTOR PARRA AVELLANEDA**





Al fin, después de un viaje largo a través de toda la galaxia, los astronautas Jacinto, Tolomanco, Cuchitrila Maiza, Onomatopeyiña Da Nacimiento y Diego Fenneti se encontraban lo suficientemente cerca de la Constelación del Pequeño Gato. Cuando descubrieron la señal de sus maullidos cósmicos, hace muchos años, los cosmonautas referidos quisieron llegar hasta ahí para conocer al pequeño gato.

Antes ya habían recorrido los brazos de Apolo, de Perseo y otras regiones vastas de la Vía Láctea para estudiar a los animales que vivían en el cielo y que en las noches danzaban con sus cuerpos hechos de estrellas rutilantes.

En las viejas bitácoras espaciales de estos cosmonautas están documentados los famosos encuentros con sapos, ranas, cangrejos, gusanos y pájaros; cómo se movían, con la atracción gravitatoria de todo su conglomerado estelar y la misteriosa fuerza de la energía oscura que, como un agua invisible, permitía el movimiento de todas las estrellas en los cuerpos cósmicos.

Visitaron así sus estrellas y sus sistemas estelares donde descubrieron que la vida en sus planetas habitables era correspondiente a la forma de la constelación.

Así fue como toda una constelación con forma de pájaro está habitada casi por lo general de civilizaciones de pájaros y una constelación en forma de pulpo la habitaban pulpos. Claro que, convivían en estos mundos otras criaturas, pero eran en menor cantidad. Las constelaciones se mueven y están vivas.



Ahora, con el descubrimiento de la constelación del pequeño gato existía la posibilidad de conocer una civilización hecha de gatos y los astronautas tenían mucha curiosidad en saber cómo era el pueblo que habitaba entre las estrellas felinas.

También querían ir allá porque a todos les gustaban los gatos y siempre habían soñado con llegar a un sistema estelar donde la forma de vida dominante fueran estos felinos.

Al llegar, vieron que la criatura maullaba y maullaba con señales electromagnéticas agudas que saturaron los paneles de control de monitoreo de rayos gamma, rayos x, rayos alpha y rayos beta. Mientras tanto, las estrellas de su gran cuerpo rutilaban con gran intensidad.

Luces azules y amarillas, pues eran estas estrellas de una constelación muy joven y esto, permitiría estudiar cómo crecen las criaturas celestes.

—¡Hermoso gatito! —dijeron los astronautas, al acercarse a través del espacio para poder apreciar mejor a la constelación del gatito.

Algunos haces de luz de novas formaban los bigotes, algunos planetas jovianos formaban sus ojos; nebulosas por aquí y por allá le daban a su pelaje una apariencia suave.

—Realmente un gatito muy tierno —apreciaron los astronautas.

Se acercaron y se acercaron y fue ahí que la constelación del pequeño gato vio a los curiosos y empezó a emitir ondas de radio y de rayos X por todo el cúmulo galáctico.

—¡Miren, sigue maullando! —dijo un astronauta, mientras estudiaba con empeño las secuencias energéticas de los pulsos de la constelación.

Unos pulsares por aquí y por allá en su garganta estelar anunciaban el maullido.

La constelación del gatito siguió maullando y maullando, como lo hacen los gatitos cuando están solos y tistes.

Fue ahí cuando la nave detectó una señal más intensa que casi destruye todos los sistemas electrónicos.

Los astronautas decidieron acercarse aún más, emitiendo un haz de laser desde la nave, que viajó a la velocidad de la luz y llamó la atención del pequeño gato hecho de estrellas.

Fue así como la constelación del pequeño gato empezó a corretear y a saltar por el firmamento celeste y en su paso rápido, la fuerza gravitatoria de las estrellas formaba perturbaciones, como cuando alguien chapotea en un estanque.

Se podría decir que el pequeño gato, al jugar con el láser, también chapoteaba dentro del estanque de la gravedad.

—¡Le gusta al gatito, está jugando! ¡Hay que seguir jugando! —dijeron los astronautas, que siguieron jugando más y más.

El juego se puso más emocionante, más rápido, más frenético, como cuando los pequeños gatos dejan de estar aburridos y se descubre su gran velocidad inacabable.

Entonces fue que la constelación del pequeño gato, mientras jugaba bruscamente a que atrapaba el láser, ensartó sus uñas de estrellas sobre un gran campo de asteroides y se atoró.

Ahí fue cuando la constelación del pequeño gato maulló muy alto y feo.

—Oh, parece que no le gusta —dijo uno de los astronautas.

—En efecto, se atoró.

Los sensores, en ese momento, sintieron una gran sacudida y la nave experimentó una contracción gravitatoria similar al golpe de una ola invisible.

—Pero ¿qué fue eso? —preguntó uno de los astronautas, asustado por la intensidad de la señal.

Volvió a presentarse y los sistemas de comandos y circuitos empezaron a lanzar chispas por aquí y por allá.

Entonces, a lo lejos, detrás de una gran nube de polvo que todo lo opacaba, se vieron destellos cuyo origen todos los astronautas ignoraban.

—¿Será acaso una tormenta espacial? ¿Alguna estrella en colisión? —se preguntaron.

Y las señales electromagnéticas siguieron y siguieron hasta que se volvieron mucho más nítidas y contundentes.

—¡MIAU, MIAU, MIAU! —decía la intensa señal.

—¿Maullidos? ¡Son maullidos!

—Sí, sí, son maullidos, pero parece que la cosa que los produce es...más grande.

—¿Más grande, dices?

De la gran nube de polvo espacial, emergieron dos enormes hoyos negros que eran los ojos de una gran Pantera hecha de miles de estrellas.



**VÍCTOR PARRA AVELLANEDA**

México

Blog: <https://virosferaficticia.weebly.com/>

Instagram: <https://www.instagram.com/vikvonsalamader/>



# CONVOCATORIA

## JULIO 2024

Invitamos a escritores (Género Cuento) a formar parte de nuestro próximo número. Los cuentos podrán ser o no inéditos y deberán estar escritos en castellano.

Extensión:

Mínima 300 palabras, máxima 2.000 palabras.

El tema es libre.

Las obras deberán enviarse por correo electrónico en archivo adjunto, formato word con asunto:

### REVISTA DIGITAL EL NARRATORIO NRO. 101

a: [elnarratorioblog@gmail.com](mailto:elnarratorioblog@gmail.com)

Deberá incluirse en el cuerpo del mail, nombre y nacionalidad de los autores y enlaces a sus páginas web y/o redes sociales. La publicación estará protegida con Creative Commons 3.0, donde se puede copiar, distribuir y comunicar libremente la obra sin fines comerciales ni obra derivada, reconociendo el crédito de los autores y la revista.

FECHA LÍMITE:

**25 DE JUNIO DE 2024**



EL NARRATORIO

G A N A S D E E S C R I B I R



# EL NARRATORIO

ANTOLOGÍA LITERARIA DIGITAL

AÑO 9 NRO. 100 JUNIO 2024

ISSN 2591-3123

# 100

ALTOMARI	ÁLVAREZ BENAVENTE	BARRAGÁN ARDISSINO	BAZÁN BRIONES
CALABRESE	CASTRO ALFARO	CONDORCALLO CCAMA	DE ESPINOSA
FEDERICI	GARCÍA.G	GARCÍA.J	GASSÓN PACHECO
GÓMEZ ANGULO	GONOROWSKY	GORÓSTEGUI	LUCCHI
MATRAJT	MONFORTE	OLIVÁN SANTALIESTRA	MACHICOTE
RAMACCIOTTI	RENGEL	SALDÍVAR ROSAS	PARRA AVELLANEDA
VEROLÍN	VIGLIETTI	VIGNERA	SOSA SPINOZA
			TOMAS VILLANUEVA PARAVICINO

PÁGINA WEB: [www.elnarratorio.com.ar](http://www.elnarratorio.com.ar)

FACEBOOK: <https://www.facebook.com/el.narratorio/>

X: @narratorioblog - INSTAGRAM: <https://www.instagram.com/el.narratorio/>

E-MAIL: [elnarratorioblog@gmail.com](mailto:elnarratorioblog@gmail.com) - [elnarratorioblog@gmail.com](mailto:elnarratorioblog@gmail.com)

